

Library

MEXICO Y LO MEXICANO

El guadalupanismo
MEXICANO

BT660
.G8M4

FRANCISCO DE LA MAZA ✓

PORRUA Y OBREGON, S.A.
México-1953



ET660

.G8M4



Digitized by the Internet Archive
in 2014

EL GUADALUPANISMO MEXICANO

MÉXICO Y LO MEXICANO

DIRECCIÓN DE LEOPOLDO ZEA

VOLÚMENES PUBLICADOS

1. Alfonso Reyes: *La x en la frente.*
2. Leopolda Zea: *Canciencia y posibilidad del mexicano.*
3. Jorge Carrián: *Mita y magia del mexicana.*
4. Emilio Uranga: *Análisis del ser del mexicano.*
5. Jasé Moreno Villa: *Cornucopia de México.* (Nueva edición, corregida y aumentada.)
6. Salvador Reyes Nevárez: *El amor y la amistad en el mexicano.*
7. Jasé Gaos: *En torno a la filosofía mexicana.**
8. César Garizurieta: *Isagage sobre lo mexicano.*
9. Mariano Picón-Salas: *Gusto de México.*
10. Luis Cernuda: *Variaciones sobre tema mexicano.*
11. José Gaos: *En torno a la filosofía mexicana.***
12. Silvia Zavala: *Apraximaciones a la historia de México.*
13. Juan A. Ortega y Medina: *México en la conciencia anglosajona.*
14. Leopoldo Zea: *El Occidente y la conciencia de México.*
15. Jasé Durand: *La transformación social del conquistador.**
16. Jasé Durand: *La transformación social del conquistador.***
17. Francisco de la Maza: *El guadalupanisma mexicana.*

EN PRENSA

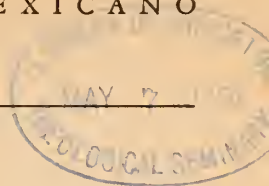
18. Paul Westheim: *La calavera.*

EN PREPARACIÓN

19. Juan A. Ortega y Medina: *México en la conciencia anglosajona.***
20. Samuel Ramos: *El mexicano del medio siglo.*
21. Jasé Luis Martínez: *La emancipación literaria en México.*
22. Jorge Portilla: *La crisis norteamericana en la conciencia de México.*
23. Agustín Yáñez: *Mexicanos de ayer y de hoy.*
24. Fausto Vega: *El mexicano en la novela.*
25. Edmundo O'Garman: *El sentido mágico de la historia de México.*
26. Andrés Henestrosa: *Cielo español y tierra india.*
27. Carlos Graef Fernández: *El mexicano en la ciencia.*
28. Andrés Iduarte: *México al retorno.*
29. María Elvira Bermúdez: *La vida familiar del mexicano.*
30. Wigbera Jimenez Moreno: *Raíz y sentida de la mexicanidad.*
31. Ramón Xirau: *Sentido de la muerte en la poesía mexicana.*
32. Salvador Calvillo Madrigal: *Formas de susceptibilidad en el mexicano.*
33. Justina Fernández: *Arte de aquí y de allá.*
34. Luis Quintanilla: *Autopsia de la Revolución Mexicana.*
35. Clementina Díaz de Ovanda: *La épica popular.*
36. Juan Hernández Luna: *El pensamiento de la Revolución sobre el mexicana.*
37. Ramón Alcorta: *Dislocación geográfica del mexicano.*
38. Bernabé Navarro: *Filosofía e historia en lo mexicano.*
39. Pedro Frank de Andrea: *Los mexicanos pintados por los extranjeros*.*
40. Rafael Corrales Ayala: *El mexicano y el Estado.*
41. Angélica Mendoza: *México al pendiente.*
42. Rafael Heliadara Valle: *Transmundo y realidad de México.*
43. Horacia Labastida: *La economía indígena y la vida nacional.*

MEXICO Y LO MEXICANO

17



El guadalupanismo
MEXICANO

por
FRANCISCO DE LA MAZA



PORRUA Y OBREGON, S. A.

México

1953

Portada de Elvira Gascón

Derechos reservados conforme a la ley
Copyright by Porrúa y Obregón, S. A.
Avenida Juárez, 30. México, D. F.

Printed and made in Mexico
Impreso y hecho en México

Al historiador
EDMUNDO O'GORMAN

Todo fiel cristiano mexicano sabe que, de los días 9 a 12 de diciembre de 1531, se apareció la Virgen María al indio Juan Diego en el cerro del Tepeyac y le mandó dijese al obispo de México, don fray Juan de Zumárraga, que le erigiese un templo. Dudó el obispo y pidió una señal al indio mensajero, el cual, por orden de la Señora, cortó rosas y flores del lugar y las llevó al prelado, admirándose los dos de que, al abrir la capa en que las llevaba envueltas, apareciese milagrosamente pintada una Imagen que hoy México venera con el nombre de Nuestra Señora de Guadalupe.

Esta tradición sencilla, ingenua y hermosa, única en el mundo en su acto final, produjo y produce un intenso y apasionado culto en el pueblo mexicano, de tal manera que la Imagen llegó a ser, en un momento dado, la señal de la Patria. Es la historia de este culto, del guadalupanismo mexicano, lo que intento escudriñar en este estudio, sin más novedad para los especialistas que el análisis de algunos viejos sermones guadalupanos que no han sido leídos por los historiadores del prodigio. Y aun alguno, el canónigo Conde y Oquendo, los despreció diciendo que eran “obri-llas de poca monta”, pero no vió que son un guión que se devela de la psicología criolla cuando los ardientes oradores del siglo XVIII recrean el milagro con su palabra. El Guadalupe y el Arte Barroco son las únicas creaciones auténticas del pasado mexicano, diferenciales de España y del mundo. Son el espejo que fabricaron los hombres de la Colonia para mirarse y descubrirse a sí mismos.

He querido explicarme el cómo se desarrolló, a través de siglos, este magnífico movimiento religioso y patriótico que hizo exclamar al bachiller poblano Juan de Viera en 1777: “Esta Divina Hermosura sola es bastante para que se tenga a la América por la mayor parte del mundo, y a ti sola, Ciudad de México, por la mayor del Orbe”, y al padre José Antonio de Lema, en 1798: “Entiendo que esta So-

berana y Milagrosa Pintura, por medio de un secreto y poderoso influjo, atrae los corazones y arrebatada las voluntades para rendirle todos nuestros afectos sin conocer la causa del movimiento interior que los dirige." Ese secreto es lo que trato de explicarme, por lo que no pretendo polémica ni hay lugar a ella. Ni ataco ni defiendo. Me explico. Es la admiración la que me impulsó a escribir estas líneas que son un férvido homenaje a mis hermanos criollos del México que se llamó la Nueva España.

Este modesto ensayo historiográfico es para intelectuales y no para el pueblo. Quien crea o diga que puede causar un mal en la fe religiosa de los mexicanos, o se equivoca o miente. El vulgo no puede leer ni siquiera novelas, menos erudiciones históricas. Es éste un libro de buena fe. Eso es todo.

F. DE LA M.

“Ya no quiere el Redentor del Mundo que se hagan milagros, porque no son menester, pues está nuestra Santa Fe tan fundada por millares de milagros como tenemos en el Testamento Viejo y Nuevo. . .” Estas palabras aparecen escritas en el libro *Regla Cristiana*, editado en 1547, compilado, examinado y aprobado por el obispo de México don fray Juan de Zumárraga. Tales frases espantaron al famoso historiador don Joaquín García Icazbalceta, quien se preguntó: “¿Cómo decía eso el que había presenciado tan gran milagro?” Y se le quedaron a Icazbalceta en el tintero estas otras: “No debéis hermanos, dar lugar a los pensamientos y blasfemias del mundo, el cual tienta a las almas para que deseen ver por maravillas y milagros los que creen por fe. . .” “No queráis, como Herodes, ver milagros y novedades por que no quedéis sin respuesta: lo que Dios pide y quiere es vidas milagrosas, cristianas, humildes, pacientes y caritativas, porque la vida perfecta de un cristiano es continuado milagro en la tierra. . .” Tenemos, pues, que a los quince años de que, según la tradición, se apareció milagrosamente la Virgen María, como no lo había hecho nunca antes en el mundo, el segundo actor del dichoso suceso lo negaba, de una manera indirecta pero clara, en una obra dirigida al clero de México desde su alta investidura episcopal. Fáciles son de explicar estos párrafos en Zumárraga sabiendo que fué erasmista y, por ende, lleno de cautela, o más bien, muy poco favorable a los milagros. No hay que olvidar que el ambiente milagrero de las luchas de la Conquista estaba tan recargado de leyendas, que muchos reaccionaban en contra, desde la sana rudeza de un soldado como Bernal Díaz, hasta la serena sabiduría de un príncipe de la Iglesia como Zumárraga. El que cronistas como Motolinia, o Mendieta, o Grijalva, acepten tantos “milagros”, algunos tan pueriles que mueven a risa, no demuestra sino la sencillez de sus almas, carentes de la severa crítica de un discípulo de Erasmo, si bien lejano, como Zumárraga.

Mas a pesar de esta primera e importante contradicción, el culto guadalupano se extendía por la ciudad de México y ganaba los corazones de sus habitantes, como lo sabemos por un documento un poco posterior al primer obispo de la Nueva España. Es la *Información* que mandó hacer el segundo obispo, don fray Alonso de Montúfar, en 1556, a propósito de un sermón que pronunció el Provincial de los franciscanos, fray Francisco de Bustamante, en la iglesia más importante del México de entonces, la capilla de San José de los Naturales del convento de San Francisco, en presencia del virrey don Luis de Velasco, de la Real Audiencia, de los altos miembros de las comunidades religiosas y de numeroso público. A medio sermón, que versaba sobre la Inmaculada Concepción, atacó abiertamente el culto que se hacía a la Imagen de Guadalupe en la ermita del Tepeyac. Dijo el predicador —elogiado ya como orador desde 1553 por don Francisco Cervantes de Salazar— que “le parecía que la devoción que esta ciudad ha tomado en una ermita e casa de Nuestra Señora que han intitulado de Guadalupe, es en gran perjuicio de los naturales porque les da a entender que hace milagros aquella imagen que pintó el indio Marcos... que decirles [a los indios] que una imagen que pintó un indio hace milagros, sería gran confusión y deshacer lo bueno que estaba plantado, porque otras devociones que había, como Nuestra Señora de Loreto y otras, tenían grandes principios y que ésta se levantase tan sin fundamento, estaba admirado...” Añadió que los indios “adoraban” a la Imagen llevándole limosnas y ofrendas, sobre todo ofrendas de comidas, cosa que le parció idolatría.

Aprovechando el momento, atacó Bustamante al arzobispo Montúfar, al dominico Montúfar, quien, según Mendieta, fué un “tigre” para los franciscanos, diciendo que protegía el culto y hablaba en favor de los milagros de la Imagen sin tratar de averiguar su seriedad y certidumbre. Este ataque al arzobispo fué, en realidad, lo que provocó la

Información jurídica, no el ataque al culto guadalupano, y Montúfar trató de defenderse diciendo que él sólo predicaba “dando a entender cómo no se hace reverencia a la tabla ni a la pintura, sino a la Imagen de Nuestra Señora por razón de lo que representa”. Lamento tener que asombrarme ante Montúfar, como Icazbalceta ante Zumárraga, de que el arzobispo hablase así de la “tabla” o “pintura”, si sabía o debía saber, que era obra divina y no humana. Pero todo se resuelve viendo que en toda la *Información* no se trata jamás de la Virgen de Guadalupe como *aparecida* y ni una voz se levantó en contra de la afirmación de que había sido pintada por el indio Marcos —Marcos Cipac de Aquino, el famoso pintor elogiado por Bernal Díaz— ni el mismo pintor, que aún vivía, se opuso.

Ahora bien, no sólo Bustamante atacaba entonces el culto guadalupano, sino los principales religiosos de la ciudad, pues dice un testigo: “los religiosos de las órdenes que residen en México han procurado de estorbar la dicha devoción”, aunque el pueblo contestó reaccionando en contra, pues dice el mismo testigo, con una firmeza que resultaría profética verdad: “y no les aprovechará nada, antes serán espuelas para que con más ardor visiten y sirvan a la ermita”. Es la natural revancha ante lo prohibido y respuesta lógica del sentimiento popular ante las autoridades españolas, enclavadas en sus tradiciones religiosas europeas y que no pudieron ver que la Virgen de Guadalupe comenzaba a ser *nuestra madre*, que sustituía a la otra *nuestra madre*, a la Tonantzin prehispánica, adorada allí antes y que tenía para el pueblo, para el indio, mucha más razón de ser que Loreto, Atocha, Covadonga o cualquier imagen europea.

Mas no sólo los indios veneraban a la Imagen; también las familias españolas, encabezadas por las señoras, iban a pie a orar ante la Imagen. Y esto es explicable por la misma *Información* citada: el arzobispo, viendo que los domingos se paseaban los habitantes en las huertas de los al-

rededores en puro devaneo y sin santificar la fiesta, encauzó los pasos al Tepeyac, donde encontraban los vecinos, además del descanso de la ciudad, una ermita donde oír misa. Con claridad meridiana lo describe la *Información*: “Han cesado en esta ciudad muchos juegos y placeres ilícitos, como era que muchas personas se iban a las huertas desde la mañana hasta la noche, y muchos de ellos sin oír misa”, añadiendo el testigo que esta mala costumbre la había observado desde los tiempos del señor Zumárraga, pero que “después acá que se divulgó la devoción de Nuestra Señora de Guadalupe, ha cesado mucho”. La devoción, pues, se divulgó “después acá” de Zumárraga, el obispo erasmista a quien hemos visto atacar la milagrería inicial del Nuevo Mundo. Otro testigo español, muy devoto, propone que no debe estorbarse el culto “para que los españoles oigan misa y no vayan a las huertas”. Don fray Alonso de Montúfar, pues, convirtió al Tepeyac en día de campo para los españoles, y con todo y misa, para que estuviesen completos. Hay que recordar que la ciudad de México entonces, tal como nos la muestran los veraces *Diálogos* de Cervantes de Salazar, era una ciudad inclemente, de recios caserones de tipo militar, construídos así por el espíritu lleno de resabios medievales de los conquistadores y por el miedo a una reacción indígena, ciudad sin jardines ni desahogos, de tal manera, que se hizo necesaria esta escapada dominical a las huertas de Tacubaya o de Tlalpan. Esto para los españoles. Para los indios siguió siendo el Tepeyac, como antes, lugar de peregrinación por la Tonantzin, y llevándole comida como ofrendas, también para estar completos.

El porqué la Imagen se llamó de Guadalupe, haciendo a un lado, con todo respeto, a la tradición, creemos que es porque a los principios se colocó en la ermita una imagen de la Virgen de Guadalupe de Extremadura, virgen tan reverenciada por los principales conquistadores, que se criaron a su vera, y como dice Juan de Céspedes de los con-

quistadores, “no hay otra invocación en sus necesidades sino Sta. María de Guadalupe” (la española), a más de que era bien fácil traer una pequeña escultura de España, cuyo ejemplo claro lo tenemos en la Virgen de los Remeidos, traída por un conquistador. O más bien un grabado o estandarte, pues por autoridad pontificia estuvo prohibido reproducir en escultura a la Guadalupana española. Por eso las varias imágenes que hay de Ella en Sudamérica son de pintura. Sobre la primera ermita habla terminantemente Torquemada: “nuestros primeros religiosos determinaron de poner iglesia en Tonantzin a la Virgen que es Nuestra Señora y Madre”. Se ha objetado que esta frase es un invento gratuito de Torquemada, pues si Sahagún había declarado antes que ignoraba el origen de la ermita, no tenía por qué saberlo Torquemada posteriormente. Sin embargo, no obsta que lo que ignoró Sahagún lo supiese Torquemada, a más de que a Sahagún le molestaba tanto la devoción guadalupana, como se verá, que no tenía por qué decir que el origen de la primera ermita había sido franciscano. ¿Sería una de las quinientas capillas que en el valle de México elevó fray Pedro de Gante?

Al principio sólo se llamó ermita de Nuestra Señora, según dice un testigo de la *Información*, y en 1574, el visitador jerónimo fray Diego de Santa María, que vino a averiguar lo del culto —y las limosnas— de su patrona (que así lo creyeron los frailes jerónimos encargados del monasterio de Guadalupe en Extremadura) escribió que “doce años antes se llamaba por otro nombre”. En lo del tiempo se equivocó fray Diego, pues ya en 1562 se llamaba bien claro de Guadalupe, pero no tenía por qué inventarlo e informar a sus superiores con mentiras, a más de que le interesaba que sí fuese de Guadalupe para poder recoger parte de las limosnas y enriquecer el ya crecido tesoro de su convento. El franciscano fray Alonso de Santiago, en 1556, decía “que permitir el culto como estaba era escandalizar a los indios porque creerían que aquélla era la ver-

dadera Nuestra Señora” y propone se llame “Nuestra Señora de Tepeaquilla, así como la de Guadalupe de España se llama así por el lugar”.

Al sustituirse la imagen de Guadalupe española por la actual pintura, siguió llamándose, por costumbre y comodidad, de Guadalupe, a pesar de que la Virgen mexicana no tiene nada que ver, plásticamente, con la extremeña.

Es posible pensar también que hubo al principio alguna imagen hecha de flores, costumbre que se usó al inicio de la Conquista para sustituir la falta de pintores y escultores. Una Virgen hecha de flores nos lleva, sin querer, a recordar la parte central de la hermosa tradición de que la guadalupana se pintó de flores, y es dato éste, de ser cierta mi suposición, de suma importancia, pues justifica que no fué una “invención” consciente y hasta política de los primeros frailes como quieren neciamente algunos antiaparicionistas, sino que hubo una Virgen hecha, en efecto, de flores, que se fué transformando, en plena poesía creadora, en la estampación divina del ayate juandieguino. Primero una imagen guadalupana española que dió el nombre; después una imagen de flores que se cambió por la pintura. Para la imaginación fantasiosa del indio la transmutación de las flores a la pintura no es ninguna cosa extraña.

No tenemos más noticia del culto tepeyacense hasta una nueva negación en boca y pluma del más importante y respetable historiador del siglo xvi: fray Bernardino de Sahagún. En 1570, escribía, firme y convencido, al repasar el último traslado de su *Historia de las Cosas de Nueva España*: “Cerca de los montes hay tres o cuatro lugares donde solían hacer muy solemnes sacrificios y que venían a ellos de muy lejanas tierras. El uno de éstos es aquí en México, donde está un montecillo que se llama Tepeyac, y los españoles llaman Tepeaquilla, y ahora se llama Nuestra Señora de Guadalupe. En este lugar tenían un templo dedicado a la madre de los dioses, que llamaban Tonantzin, que quiere decir *nuestra madre*; allí hacían sacrificios a

honra de esta diosa y venían a ellos de muy lejanas tierras, hasta más de veinte leguas, de todas estas comarcas de México, y traían muchas ofrendas; venían hombres, mujeres, mozas y mozos a estas fiestas; era grande el concurso de gente en esos días y todos decían ¡vamos a la fiesta de Tonantzin!; ahora que está allí edificada la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe, también la llaman Tonantzin, tomada ocasión de los predicadores que a Nuestra Señora la Madre de Dios la llaman Tonantzin.”

Los indígenas, pues, siguieron oyendo en los nuevos *teopixques* o sacerdotes, el mismo vocablo que usaban los antiguos y fué “Tonantzin” o “nuestra madre”, tanto el antiguo ídolo como la posterior Imagen cristiana. (Hay que recordar que “una figuración de la antigua diosa madre debió verse en Tepeyac hasta 1694, como se anota en el plano de Santa Isabel Tolla, la cabeza que demuestra, con lo demás del cerro, una figura extraña, deshecha en el día, por haberse levantado en dicho lugar la calzada que sube al cerro”, según nos enseña don Primo Feliciano Velázquez.)

Los indios no podían acabar de distinguir bien entre la una y la otra, en esos momentos en que “estaban tan tiernos en la fe”, como dice Grijalva, o en que se sentían *nepantla*, es decir, en medio, entre un culto y otro, como le explicaría en 1585 un indio al cronista fray Diego Durán: “que como no estaban arraigados en la fe, que no me espantase —dice Durán—, que aun estaban neutros, que ni bien acudían a la una ley ni a la otra, o por mejor decir, que creían en Dios y que juntamente acudían a sus costumbres antiguas y ritos del demonio”.

Y continúa Sahagún: “De dónde haya nacido esta fundación de esta Tonantzin, no se sabe de cierto, pero lo que sabemos verdaderamente es que el vocablo significa, de su primera imposición, a aquella Tonantzin antigua, y es cosa que se debería remediar, porque el propio nombre de la Madre de Dios, Señora Nuestra, no es Tonantzin,

sino Dios y nantzin. Parece esta invención satánica para paliar la idolatría bajo la equivocación de este nombre Tonantzin, y vienen ahora a visitar esta Tonantzin desde muy lejos, tanto como de antes, la cual devoción también es sospechosa, porque en todas partes hay muchas iglesias de Nuestra Señora y no van a ellas, y vienen de lejanas tierras a esta Tonantzin [¡Sahagún llamarla, por tercera vez, “esta Tonantzin” a una imagen que debería saber que era divinamente aparecida!] como antiguamente.”

Vanas resultan, a mi modo de ver, las explicaciones ante esta tremenda negación, desde las extrañas y mal urdidas por don Carlos María de Bustamante, hasta las del obispo Vera, quien se explica este ataque de Sahagún debido al “respeto” que tenía a su provincial Bustamante, el primer *inimicus homo* de las apariciones. ¡Como si necesitara Sahagún, por respeto a un provincial que lo había sido quince años antes y ya estaba muerto, decir lo que con toda sinceridad y con toda firmeza se ha visto que escribió! Y aun en el Códice de la Biblioteca Nacional remachó su aserto al decir que la “disimulación idolátrica es tomada de los nombres de los ídolos que allí se celebraban, que los nombres con que se nombran en latín o en español significan lo que significaba el nombre del ídolo que allí adoraban antiguamente, como en esta ciudad de México se adoraba un ídolo que antiguamente se llamaba Tonantzin y entiéndenle por lo antiguo y no por lo nuevo”. Y por vía de curiosidad, pero con la significación que merece, hay que recordar que los indios que ayudaban a Sahagún a hacer su *Historia* fueron, entre otros, Alonso Vejarano y Pedro de Sanbuena-ventura, los dos de Cuauhtitlán, de donde se dice era Juan Diego, y, sobre todo, el famoso sabio Antonio Valeriano, de quien se pretende escribió la “primera historia guadalupana”.

Es evidente que todos los franciscanos del siglo XVI no sólo “dudaron” del milagro guadalupano, como quiere Bravo Ugarte, sino que lo negaron abierta y francamente.

Otra noticia del siglo xvi, negativa también, es el *Informe* del virrey don Martín Enríquez, que dió a conocer don Juan Bautista Muñoz. Contestando el gobernante a la real cédula de 15 de mayo de 1575, dice al rey: "Sobre lo que toca a la fundación de la ermita de Nuestra Señora de Guadalupe y que procure con el arzobispo que la visite: visitarla y tomar las cuentas siempre se ha hecho por los preladados y el principio que tuvo la fundación de la iglesia que ahora está hecha, lo que comúnmente se entiende es que el año de 1555 o 1556 estaba allí una ermitilla en la cual estaba la Imagen que ahora está en la iglesia y que un ganadero que por allí andaba publicó haber cobrado salud yendo a aquella ermita y empezó a crecer la devoción de la gente. Y pusieron nombre a la Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe por decir que se parecía a la de Guadalupe de España." Cierto que no estaba muy bien informado don Martín Enríquez, pues en 1556 ya se vió que existía un culto organizado, pero eso mismo demuestra que había confusión, incertidumbre, decires, respecto al origen del culto guadalupano, como que no era cosa de "intelectuales", sino del pueblo.

La única mención española afirmativa, y que es la primera, que sepamos, de que la Virgen fué "aparecida", es la de Juan Suárez de Peralta. "A cada pueblo que llegaba el virrey le hacían muchos recibimientos y así llegó a Nuestra Señora de Guadalupe, que es una Imagen devotísima que está en México como a dos legüechuelas, la cual ha hecho muchos milagros. Aparecióse entre unos riscos y a esta devoción acude toda la tierra", dice en su *Tratado de las Indias*. Es curioso que sólo Suárez de Peralta lo dijese, pero hay que recordar que fué criollo, que se le creyó hereje y anduvo en líos con la Inquisición. Su libro, por otra parte, no es un "Tratado de las Indias", como lo mal-llamó don Justo Zaragoza, sino una apasionada defensa de sus amigos los hermanos Ávila, degollados por traidores a la Corona española en la famosa conjuración del segundo

marqués del Valle. ¿No sería una afirmación de petulancia de que la Virgen se apareció también en su tierra, ante los peninsulares, de este criollo defensor de rebeldes? Debió ir, cuando niño, llevado por su madre, al Tepeyac, y allí oyó decir de la aparición. Tenía que ser un criollo y un ciollo tan especial como Suárez de Peralta, el único que lo afirmara.

Mas recordemos los documentos indios del siglo xvi:

1) Mapa de don Fernando de Alba: Dice Becerra Tanco que vió entre los papeles de Alba Ixtlixóchitl “un mapa de insigne antigüedad en el que estaba figurada la milagrosa aparición”. Bueno, pero ¿cuál era esta “insigne antigüedad”? Y el cómo estaba figurada o representada la aparición, según la vió Becerra Tanco, nos deja un poco pensativos al recordar que también “vió pintura y tradición” de la predicación de Santo Tomás Apóstol en México. . .

2) Mapa de Juana de la Concepción: En 1666 declaró esta señora que su padre, un cacique, “asentaba y ponía en mapas” todo lo que sucedía y, que, “si mal no recuerda”, está figurada la aparición. Este testimonio, dice García Gutiérrez, “no hay que darlo por seguro”, e Icazbalceta, más sincero, dice “no sé para qué pueda servir”.

3) Mapa de Boturini: Era un mapa grande, con figuras, desde la Conquista hasta el siglo xviii. En él estaba pintada la Imagen de Guadalupe “con la perspectiva de su primera ermita”. No cabe duda que es un interesante dato. . . iconográfico. Si estas figuraciones en códices son como la que reproduce el padre Cuevas en su *Album Histórico Guadalupeño*, p. 50, queriendo que sea la guadalupana, no llegamos a ninguna parte.

4) Manuscritos de Boturini: Uno, que trataba de muchas cosas del Imperio Mexicano, en forma de renglones concisos y en algunos de ellos “refiere haberse aparecido la Santísima Señora”. Aclara Boturini que el autor no puso correctos los números arábigos en que sucedió la aparición.

Otros dos manuscritos decían lo mismo. Según el encargado de los bienes de Boturini, tenía éste una copia del testamento de Juan Diego. Es tan insólito esto del testamento de Juan Diego, que tenía pintados “un mapa, una iglesia y un religioso franciscano exhortando a un indio”, que los escritores guadalupanos han preferido no comentar cosa tan extraña y sólo García Gutiérrez, con mejor seso, se decide a creer que es alguno de los testamentos en que “se cita a Juan Diego”.

5) Anales de Bartolache: En la Universidad vió el doctor Bartolache “un cuadernillo” que no era original, sino copia, que tenía sucesos desde 1454 a 1737. En el folio 7 decía, en náhuatl, que en 1531 los españoles fundaron Puebla y que “Juan Diego manifestó a la amada Señora de Guadalupe de México”.

6) Anales de la Catedral: El canónigo don Agustín de la Rosa vió unos anales tlaxcaltecas que iban del siglo xv a 1739. Dicen lo mismo que los de Bartolache y deben ser los mismos.

7) Códice Gómez de Orozco: Es un cuaderno “con figuras de estrellas, mitras, cometas y esqueletos”, que va del siglo xvi a 1691; en una página, enmendando la fecha de 1510 por la de 1530, se dice que “llegó nuevo presidente de la Audiencia, que llegó Zumárraga y que se apareció nuestra Amada Madre de Guadalupe”. Ninguno de los tres sucesos pasó en 1530. Y tiene razón el padre Cuevas de que no fué interpolación, pues ésta se hubiera hecho correctamente. Hay algo peor que interpolar y es confundir o saber mal las cosas.

8) Anales de Tlaxcala: Manuscrito que perteneció a Federico Gómez de Orozco. Dice lo mismo que el anterior, aunque sin enmendar la fecha absurda de 1510.

9) Las *Noticias curiosas*. Manuscrito de Gómez de Orozco, sacado de un “cuadernillo” que dice... exactamente lo que los Anales de Bartolache.

10) *Diario* de Juan Bautista. Este indio fué un alga-

cil de Tlatelolco que llevó un libro destinado a asentar los tributos de los indios vagamundos, es decir, de los que venían a la ciudad por unos días y se volvían a sus pueblos. En sus ocios, que parece fueron muchos, escribía de cosas muy diversas. En un folio escribió: "En el año de 1555 se apareció Santa María de Guadalupe en el Tepeyac." Es tan absurdo el error para la tradición, que se piensa en otra aparición posterior. El padre Cuevas, tratando de salvar el error, dice, basándose en un párrafo de don José Fernando Ramírez, que los indios se equivocaban en las fechas por el cambio de su calendario al europeo, pero hay que hacer constar que, salvo en el caso de la mención guadalupana, Juan Bautista no se equivoca. . .

11) Anales de Chimalpain: Dicen también que se apareció en 1555.

12) Anales de México y sus contornos: "Año de 1556, descendió la señora al Tepeyac." Dice García Gutiérrez ante estos galimatías cronológicos: "Seguramente hubo en 1555 y 1556 algunos hechos que se referían al culto de la Virgen de Guadalupe que llamaron la atención de los indios de una manera particular. . ." Es curioso que sean las fechas de que habla el virrey Enríquez y el año en que predicó Bustamante. El padre Cuevas, tratando también de que es un error cronológico, se apoya en que en los Anales se agrega que "el año que bajó la Virgen echó humo la estrella". Indagó Cuevas que el Citlaltépetl o Cerro de la Estrella echó humo "aparentemente" por un eclipse en 1531; en resumen: "la Virgen bajó el año de la estrella humeante; es aquí que esto fué en 1531, luego la aparición fué en 1531". Me recuerda esto los afanes de Kepler identificando a la estrella que bajó del cielo y se posó en el portal de Belén, con la conjunción de Júpiter y Saturno, en el año 748 de Roma.

13) Anales del Padre González: Dice Florencia que "tuvo noticia" de que este jesuíta poseyó un escrito de mano de un indio que comprendía la historia de los cul-

huas y toltecas hasta 1642, y que entre los casos de la serie estaba el milagro. Es curioso que el infatigable Florencia se quedara con la noticia y no buscara el original de su hermano de hábito.

14) Testamento de Juana Martín: *Parece* que fué hecho en 1559, en la “ciudad” de Cuauhtitlán. En él se dice que “a los cuantos días después (no se explica el después de qué) mediante el joven (Juan Diego pasaba de los cincuenta años en 1531) se verificó una cosa prodigiosa allá en Tepeyac, pues en él se descubrió y apareció la hermosa Señora que nos pertenece a los de esta ciudad de Cuauhtitlán. . .” Desde el siglo XVIII se discute sobre este llamado testamento y no se ha llegado a nada en limpio. “Si existiese —dice Velázquez—, sabríamos bien su antigüedad.”

15) Testamento de don Esteban Tomelin: Fué otorgado en Puebla en 1575 y deja un legado a Nuestra Señora de Guadalupe.

16) Testamento de don Francisco Verdugo: De 1573, en el cual deja a la ermita del Tepeyac cuatro pesos de limosnas. (No sé qué puedan probar estos testamentos.)

17) Cantar de don Francisco Plácido: *Dice* el padre Florencia que se lo prestó Sigüenza y afirma que se cantó el día de la translación de la Imagen. ¿Qué diría?

18) El Pregón del Atabal: Así llamó el padre Cuevas a un cantar que se encuentra en una recopilación de fines del siglo XVI, que Cuevas adjudicó, sin más, a la Virgen de Guadalupe.

En 1746 decía don Cayetano Cabrera y Quintero que “lo que debemos creer de estos mapas sobre el portento de Guadalupe es lo que testificaron con juramento los sacerdotes párrocos y canonizables ministros que cuando se usaban vieron, leyeron y entendieron de los mismos indios”. Pero fuera de Becerra Tanco no sé quiénes sean los “canonizables” sacerdotes que hablaron de mapas.

Tales son los “Documentos” indios del siglo XVI de la

Aparición, de los cuales sólo existen los números 7, 8, 9, 10, 11 y 12, es decir, los equivocados. De los demás *se dice*. Debe el curioso lector examinar las sutiles, acuciosas y detalladas explicaciones sobre estos “documentos” en el *Primer Siglo Guadalupano*, del señor canónigo don Jesús García Gutiérrez; el *Álbum Histórico Guadalupano del IV Centenario*, del padre Mariano Cuevas; *Cuestiones Guadalupanas*, del padre José Bravo Ugarte, y *Las Apariciones de Santa María de Guadalupe*, de don Primo Feliciano Velázquez.

Otras noticias nos quedan del siglo xvi:

En 1566, según el citado *Diario* de Juan Bautista, el millonario don Alonso de Villaseca regaló a la ermita una imagen de plata de la Virgen de Guadalupe. Esta estatua bien la vió en 1568 el inglés pirata que fué traído a México prisionero, Mr. Miles Philipps, quien escribió: “tienen una imagen suya de plata sobredorada tan grande como una mujer de alta estatura, y delante de ella y en el resto de la iglesia hay tantas lámparas de plata como días tiene el año...” Es interesante señalar que en 1568 estaba la imagen de Villaseca en el Altar Mayor, pues allí la vió Philipps; ¿sería influencia de los ataques de Bustamante y de los otros frailes que quisieron, en un momento dado, ir sustituyendo ante el pueblo la imagen de pintura que consideraban idolátrica y perjudicial?

Todos los historiadores guadalupanos no dejan de citar las palabras referentes a Guadalupe, de Bernal Díaz en su *Historia Verdadera*, pero ya sabemos que lo único que dice es incontrovertible, es decir, que era una imagen devota y que hacía muchos milagros, pero no afirma, en absoluto, que fuese aparecida.

Más interesante es un apunte, que no sermón, que publica el padre Cuevas en el citado *Álbum del IV Centenario* en el que se relata, en forma concisa, pero completa, la historia de la Aparición. Cuevas se aferró a que era del

siglo xvi, pero el primer dueño del apunte y gran sabio, que lo fué don José Fernando Ramírez, dice que “el carácter de la letra es el que se usa en algunos manuscritos del siglo xvi y que alcanza hasta mediados del siglo xvii, sin que sea fácil determinar su época precisa”. Este breve documento, de todas maneras, es de gran importancia, pues es el primer relato en prosa anterior al libro de Miguel Sánchez, si bien quedó manuscrito y bien poca pudo ser su utilidad como testimonio.

Antes de pasar al siglo xvii quiero hacer notar que desde 1576 se había bendecido un “suntuoso” templo —el segundo— a la Virgen de los Remedios, que se había “aparecido” al indio Juan, que en el siglo xviii sería ya un Juan Diego también. “Esta soberana imagen —dice la *Gaceta* de septiembre de 1728— se presume ser la misma que en la arquilla, junto con el infante don Pelayo, arrojó al río su madre doña Luz, la que vino a parar a las márgenes del Tajo de la villa de Alcántara, y es la propia que Juan Rodríguez de Villafuerte, uno de los primeros conquistadores de este reino, trajo de España, y la Noche Triste, por hallarse imposibilitado, por las muchas heridas, de poderla cargar, la dejó en un maguey, hasta que andando a caza, en el mismo cerro, el venturoso indio Juan Diego Cequantzin, encontró con el tesoro y muy contento se lo llevó a su casa, y viendo que se le ausentaba la encerró en una arca y con simple sinceridad le ponía de comer y atole, suplicándole no se ausentase, y juzgando que alguna persona la llevaba, dormía sobre la misma arca por asegurarla y, con todo, repetía el irse al monte, hasta que conociendo era su voluntad el que allí se le fabricase templo. . .”, etc. Este templo, decorado en 1595 por el pintor Alonso de Villasana en forma grandiosa, contrasta notablemente con la “ermitilla” guadalupana de la misma época. Es que fué costeadado por las autoridades españolas, mientras que el del Tepeyac se sustentaba con las limosnas del pueblo. Resulta también una negación, aunque indirecta, esta contraposi-

ción de rico templo a humilde ermita, de la cual se escribía en 1574 por el fraile jerónimo Santa María: “la ermita no está adornada y el edificio es muy pobre”. En 1621 publicó fray Luis de Cisneros su *Historia de Nuestra Señora de los Remedios*, en la que habla de la Virgen de Guadalupe diciendo: “es una imagen de gran devoción y concurso, casi desde que se ganó la tierra, que ha hecho y hace muchos milagros”, y aunque reconoce su antigüedad, no proclama que fuese aparecida. ¿Hasta qué punto es antecedente de Miguel Sánchez la historia de la Virgen de los Remedios? ¿El Juan del Águila a quien se apareció la de los Remedios, influyó en el Juan Diego Cuauhtlatonzin guadalupano, así como éste, a su vez, originó al Juan Diego de la Virgen de Ocotlán? Interesante sería comparar estos tres cultos, con resultados tal vez muy positivos para la comprensión del espíritu religioso del México colonial.

No existe, según se ha visto, el “silencio universal” alrededor de la Virgen de Guadalupe en el siglo xvi, que fué el argumento negador por excelencia de los antiaparicionistas desde don Juan Bautista Muñoz. Y, si no hay silencio, hay algo peor: negación. Cuando se habla del silencio universal refiriéndose a cronistas que no dijeron nada del milagro guadalupano, hay que hacer la diferencia entre los que no tocaron el tema de lo milagroso en general, de los que subrayaron los milagros americanos sin citar el de Guadalupe, que resulta una negación implícita. Pongo sólo dos ejemplos: Motolinia, que escribía en 1536, dice en su capítulo segundo: “Quedó tan destruído la tierra que quedaron muchas casas yermas del todo y ninguna hubo donde no cupiese parte del dolor y llanto, lo cual duró muchos años, y para poner remedio a tan grandes males, los frailes se encomendaron a la Santísima Virgen María, norte y guía de los perdidos y consuelo de los atribulados y juntamente con esto tomaron por capitán y caudillo al glorioso San Miguel...”, pero ¿no es obvio que al encomendarse a la

Virgen María debió ser a la de Guadalupe? ¿Lo ignoraba Motolinia o, como después sus hermanos en religión, no le daba beligerancia? Una negación no es nada más decir “no”. Y ¿cómo aceptar ante esto lo de don Primo Feliciano Velázquez de que no sabemos si habló Motolinia de Guadalupe porque su obra no está completa? El padre fray Juan de Grijalva, en su *Crónica* agustiniana, en el capítulo xxiii, al que titula: “De la poca razón con que algunos dicen que no hubo milagros en la conversión de los indios”, los defiende y “por no mendigar de las historias extranjeras” —dice orgulloso el criollo Grijalva—, refiere los milagros en América de la Virgen y de Santiago; pero debiendo citar el magno prodigio, no lo hizo, y si no quería “mendigar” los milagros europeos, ¿cómo no recordar el milagro, mexicano, americano, por excelencia? ¿Y cómo, otra vez, aceptar la casi indignante explicación de Velázquez de que Grijalva no habló de la Aparición porque su obra trata de los sucesos de 1533 a 1592? Y así podríamos citar, y ya lo han hecho muchos, ejemplos sin cuento. No cabe duda que el guadalupanismo era, hasta principios del siglo xii, cosa del pueblo y no de los sabios. En 1636 fray Alonso del Castillo predicó un sermón en Oaxaca sobre la Purísima Concepción, afirmando que ésta es la misma que vió San Juan y que describe en el capítulo xii del Apocalipsis, mas no se le ocurrió compararla con la guadalupana, feliz descubrimiento que haría cuatro años después Miguel Sánchez. Y en otro sermón sobre Santo Domingo en Soriano nos habla de que, precisamente en 1531, Santa Catarina se apareció al provincial de los dominicos en la ciudad de Soriano y le entregó la pintura de Santo Domingo que allí se conserva, diciéndole: “has de saber que esta imagen no se pintó en la tierra, sino en el cielo”, a lo cual añade Castillo: “sabemos que la imagen que llaman de los Reyes en la célebre ciudad de Sevilla, que es un retrato de la Reina del Cielo, se tiene por cosa cierta que la pintaron los celestiales espíritus”; ¿no era ocasión espléndida para

recordar a la Virgen de Guadalupe, *manu divina depicta*? Mas no se le ocurrió al predicador mexicano porque faltaba en el cielo del guadalupanismo mexicano su astro de primera magnitud: Miguel Sánchez.

Muy débiles resultan, pues, las pocas afirmaciones de 1531 a 1648 en comparación con la fuerza, la claridad y la calidad de las negaciones. Mas esto no ensombrece al milagro y sólo asusta a los tímidos o a los oficiosos “historiadores”. A pesar de los ataques de frailes, virreyes y cronistas, de los “intelectuales” de entonces, el culto guadalupano crecía pujante en el pueblo, de donde dimanaba toda fuerza y toda “verdad” religiosa. Crecía en los indios, como Tonantzin o como Guadalupe; en los criollos, como señal distintiva y propia; en los habitantes de la amarga ciudad de México. Se nutría del sentimiento indígena, mestizo y criollo, que comenzaba a ver algo propio, no prestado, y por eso triunfó del ambiente de negación en que creció durante el siglo xvi. La decepción de los criollos de sentirse “colonos”, es decir, de que todo viniese “de allá” y nada hubiese “de aquí”, comenzó a sentir *suya* esta devoción, este milagro de origen netamente indígena, pero de floración absolutamente criolla, nueva y sin raíces europeas, de México solamente. ¿Qué interés tenía para indios y criollos que la Virgen de los Remedios —imposición española— fuese la de don Pelayo sino se sentían hijos de don Pelayo? Serán, pues, los criollos quienes, en el siglo xvii, darán su puesto definitivo en la Historia al guadalupanismo mexicano con todas las fuerzas de su fe, de su amor, de su saber y de su orgullo.

En el primer tercio del siglo xvii aparecen algunos documentos de carácter poético que hay que señalar. El padre Cuevas nos habla de un *Coloquio* que mandó copiar don José Fernando Ramírez de los papeles de Boturini. Tal vez sea alguno de los “cantares” de que habla el italiano, pues si no lo hubiera mencionado aparte. “Sin provecho no-

table resultaría el estampar aquí (en el *Álbum del IV Centenario*) todo el *Coloquio*", y con esta peregrina afirmación nos deja sin el documento. Reproduce también parte de un "sermón" que narra, "sin variante", el ya citado apunte de Ramírez.

Mucho más importante es el poema del capitán Ángel Betancourt a la Virgen de los Remedios, de principios del siglo, en el que, si bien de paso, cita a la Virgen de Guadalupe. Hace decir a una ave, que se dirige a un Juan Diego, lo siguiente:

Mira la sangre de los sacrificados
que en aqueste idolismo está caliente;
vendrá a purificarse de los vicios
la cristiandad de mi rosado oriente;
y porque tengas de tu gloria indicios,
a Tepeaquilla baja diligente,
y entre tajadas peñas y redondas
verás mi imagen cerca de las ondas.

No como aquí, de bulto, de pinceles,
que en la blanca manta el grande Apeles tupe,
porque Dios, verdadero Praxiteles,
allí me advocará de Guadalupe.
Harásme un templo allí cuando los fieles
la cruz levanten, y este hemisferio ocupe,
después de la Conquista de esta tierra,
porque no hay cosa buena con la guerra.

Dijo, y fuese la garza imperiosa
y el cacique devoto bajó al valle;
halló el precioso lienzo de la rosa,
y hubo, con la primera, de guardalle
hasta que la ciudad majestuosa
se vistió por España a nuestro talle,
y a la de Guadalupe, flor bendita,
don Juan labró de pinos una ermita.

Algo se desprende de estos forzados versos, como de que la Virgen de Guadalupe fué pintada por Dios, así

como de que la de los Remedios fué hecha por Él —Apeles y Praxiteles a la vez— de que la Virgen de los Remedios le ordena ir al valle a encontrar el “lienzo de la rosa”, al cual hace una ermita de pinos después de “guardarla” con la primera, es decir, la de los Remedios y parece ser uno y el mismo Juan para las dos imágenes, confusión que se aclarará años más tarde. Para nuestro propósito, por ahora, nos basta la clara cita de la pintura divina de Guadalupe, primera por cierto, hasta casi cien años después de la tradicional aparición, pues hay que recordar que es un hecho muy distinto el de la *aparición* al de la *imprimación* o pintura hecha por manos divinas y no humanas. Que esto se sabía en el pueblo es evidente, pues no lo inventó el español Betancourt, que llegó a México en 1608, pero es curioso que no se hubiese dicho antes, que sepamos, y que ésta sea la primera mención —y poética— del prodigio de la hechura divina de la Imagen o “aquiropoietá”, como dicen los españoles, de algunas imágenes no hechas por manos de hombres.

La segunda vez que se dice ser pintada por Dios es poco después, y también en verso, en el folleto impreso con el nombre de *Partida de nuestra Señora de Guadalupe*, de 1634, o sea las coplas con que despidieron a la Virgen después de que vino del Tepeyac a la catedral para salvar a la ciudad de México de la inundación de 1629. El anónimo versificador, con excelente inspiración poética, a la vez que con sus puntillos de teólogo, nos dice:

De vuestra Sagrada Imagen
 hay vocaciones diversas
 que consolar aseguran
 tan amarga y triste ausencia

Confieso que toda es una
 y en una toda se encierra,
 y que se derivan todas
 de la original primera,

Pero son acá pintadas
de humanas manos diversas,
con matizados colores
que humanos hombres inventan;

Vos, Virgen, sois dibujada,
del que hizo cielos y tierra
cuyo portento no es mucho
dé indicio que sois la misma...

La alusión a la pintura como cosa divina es absoluta. Las dudas, que siempre han existido, no tenían el favor popular; eran cosa de eruditos, como ahora.

La inundación de 1629 fué la más terrible que ha padecido México, en la que miles de gentes, indios en su inmensa mayoría, perecieron; muchas familias emigraron y fueron a engrandecer a Puebla; se perdieron millones de pesos y el desastre fué irreparable en mucho tiempo. Cinco años duró la ciudad bajo las aguas:

“cadáver de piedra hundido
en cristalino sepulcro...

Para consuelo, la desesperada ciudad trajo a la Virgen de Guadalupe (lo que quiere decir que se le prefirió por entonces a la de los Remedios) a la Catedral. Mas nada se benefició con su presencia, por lo que fué la primera y última vez que se recurrió a la Guadalupana para casos tales, aunque los oradores del siglo XVIII, como veremos, la hicieron por fuerza patrona contra las inundaciones, tal vez para contrarrestar la influencia de la de los Remedios, que servía para traer las lluvias. ¿Por qué no decayó la fe en Ella y, antes bien, se le agradeció el “milagro” de la desecación? Porque ya estaba la fe demasiado arraigada y había que mantener las esperanzas del pueblo, por eso prosigue el poeta:

para rendiros las gracias
 por tantas mercedes hechas,
 en medio de penas tantas,
 a México, Patria nuestra,

cuyas esperanzas tristes
 sólo con Vos se consuelan
 pues con vuestro Hijo sois
 la más cierta medianera.

El “milagro”, en realidad, fué Ella:

si venís de tales manos
 ¿qué mucho llore la tierra
 una ausencia que es forzosa
 de un Milagro que se ausenta?

Superó el gran símbolo, la “señal” mexicana que era, a la triste realidad. Ni el arzobispo don Francisco Manso, que se había empeñado en traerla, ni la Audiencia y alto clero, dieron su brazo a torcer y la volvieron, a pesar del fracaso, con todos los honores:

Pero ¿qué puedo deciros
 si el pastor Manso, que os lleva
 con obras que el Mundo admiran
 silencio pone a las lenguas?

Es esencial a la fe ganarle la partida a la razón y a la realidad. Y pocos años faltaban para el triunfo definitivo del guadalupanismo mexicano. Por eso logran sentido y profunda verdad poética estos hermosos versos de las mismas coplas:

No olvidéis de la memoria
 la tierra que hicisteis Nueva,
 cuyas nuevas esperanzas
 en Vos se lograron puestas.

Esta cuarteta vale más que cien disertaciones eruditas para entender y sentir el guadalupanismo mexicano del siglo xvii. Claro está que, después, se hizo necesario justificar el “milagro” de la inundación y *se* dejó que el arzobispo Cuevas y Dávalos *contó* que una monja había visto a Cristo indignado contra México, por lo que le había enviado la calamidad de las aguas, pero que, a ruegos de Santa Catarina y de la Virgen de Guadalupe, había suspendido su ira retirándolas.

Entre el poema de Betancourt y las coplas de la *Partida*, aparecen las primeras efigies conocidas de la Virgen de Guadalupe, después del original. Son el grabado de Samuel Stradano, anterior a 1620, y la pintura de Lorenzo de la Piedra, de 1625, en San Luis Potosí. El primero fué dado a conocer por don Manuel Romero de Terreros en 1948 en lujosa publicación de “Ediciones Arte Mexicano”, y en él aparece la Imagen sin sus rayos solares circundantes, con una minúscula corona de ocho picos y varios querubines dentro de la nube. Estos querubines fueron borrados a mediados del siglo xvii por ser creencia de que eran añadidura a la pintura original. El padre Florencia supone que “pareció a la piedad de los que cuidaban del culto de la Imagen que sería bien adornarla de querubines que alrededor de los rayos del sol le hiciesen compañía”, y el padre Cuevas comenta, con acierto, aunque no conoció el grabado: “no creemos que esos querubines hayan sido pintados tan sólo alrededor del sol, sino también dentro de ese sol, cual se ve en muchas imágenes españolas”, y justamente por esto creo que no fueron añadidos, sino originales, como están, querubines o ángeles, en las imágenes de parecido plástico con la guadalupana, desde el siglo xiv al xvi. La iconografía referente a la Virgen de Guadalupe de México, tema de primer orden, está por hacerse. La otra imagen, la primera pintura al óleo que conocemos, está en el Santo Desierto de San Luis, llevada

en 1629 por don Juan Barragán Cano. Es una de las mejores copias que conozco del original y se conserva en perfectas condiciones.

La muchedumbre de reproducciones guadalupanas, a pesar de los decires imaginados por Veytia y por Cabrera y Quintero, parten de Miguel Sánchez.

Y llegamos a Miguel Sánchez.

En 1648 apareció el primer libro impreso sobre la Virgen de Guadalupe. Lo escribió un criollo, el bachiller presbítero Miguel Sánchez, famoso predicador en su época y excelente teólogo, con la suficiente perspicacia para no quedarse en el dato escueto, sino adentrarse en la interpretación y en el descubrimiento de los símbolos. Aprendió bien de su admirado maestro San Agustín lo de *interrogemus ipsa miracula*, y así lo hizo. El libro es *Imagen de la Virgen María Madre de Dios de Guadalupe celebrada en su historia con la profecía del capítulo doce del Apocalipsis*.

Antes, en 1640, había publicado un *Sermón* sobre San Felipe de Jesús, en el cual anunció: “quedo con esperanzas de otro mayor escrito: la segunda Eva en nuestro Santuario de Guadalupe”, que cumplió ocho años después. Desde este Sermón se nos muestra Miguel Sánchez como un ferviente patriota mexicano a quien le interesa, sobre todo, el problema de su clase, es decir, de la clase criolla. El cariño con que trata a San Felipe, quien hacía trece años había sido beatificado, le hace renunciar al “amor de la patria” para que no se tome a mal su elogio y así “resuenen mis voces con más sonoros ecos, merezcan mis discursos más solemnes aplausos, encuentren mis conceptos más vivas atenciones y gocen las alabanzas créditos más lucidos”. Llama a San Felipe el “Jesús indiano”, y describe con tal doloroso realismo su muerte, que no puedo dejar de transcribir el trozo: “Erraron los verdugos en la cruz que le cupo el lugar de los palos donde había de estribar el crucificado inocente; levantaron en alto aquel cruzado tronco y el cuer-

po, con el peso, se deslizó a lo bajo, sirviendo las argollas de los pies, del cuello y de las manos de particulares verdugos, pues con las unas se lastimó las piernas descarnándose hasta los huesos, y la del cuello ahogándole, en cuyas ansias y dulces agonías comenzó a pronunciar el nombre de Jesús. ¡Jesús, Jesús, Jesús! clamaba con instancias, ocasionándose con ellas las de sus enemigos, que, por tatarle la boca, a que no pronunciase, corriendo a toda prisa uno de los verdugos con una lanza, rompe el sagrado pecho con tres golpes todos penetrantes, pues muere al primero". Así murió, según Sánchez, "el venturoso de México, el más logrado de todos sus criollos, el más dichoso de toda nuestra tierra" y se duele "le sigan aún las envidias", a pesar de haber sido "buena tierra por ser pedazo de esta tierra".

Y a propósito de México, un poco salido del tema, anuncia a la Virgen de Guadalupe y esboza una queja en defensa de los criollos. Dice: "Eres tú, México, Patria mía, una mujer portento, que vió Juan en términos del cielo con lucimientos suyos y preñada de un hijo; en mucho te pareces: alas tuvo de águila; el dragón que te sigue se vale de las aguas y si estando en el cielo con un hijo pretende allí tragarte ¿qué pasarán tus hijos en la tierra? Padece cada uno lo que la estatua enigma: la cabeza de oro, pecho de plata, vientre de cobre, piernas de hierro y pies de barro". De esta idea o sentimiento de México como "mujer portento" —intuición estupenda de América— que le recuerda la dama del Apocalipsis, saldrá toda su tesis guadalupana. Y si cada hijo de México "padece" lo que la bíblica estatua derribada por una piedra que esconde la mano, "su desdicha —dice Sánchez— está en los pies de tierra, de ser de *esta tierra*, que se presume por el mayor defecto".

Ya en su gran obra, la *Imagen*, también hace resaltar su criollismo. Confundiendo, simbólicamente, a la Mujer apocalíptica con la Ciudad de México, le pregunta al dragón perseguidor de la Mujer (o de la Ciudad) el porqué de

su encono si tiene “prendas tan loables” con el sol “engendrando el oro que tributa”, como la luna “la plata que ofrece”, con las estrellas “escogiendo siempre las mejores para repartir a los extraños, permitiendo siempre tener quejosos y pobres a sus hijos por contener y enriquecer a los ajenos”. Y nos habla de la paciencia de los criollos ante “los informes mal sonantes, en las relaciones malescritas, en las presunciones sin caridad imaginadas”. Al recordar la ingratitude de los hebreos que se aburrieron del maná celestial y renegaron de él, dice: “aquí se pinta bien la desdicha de México en su propia liberalidad, pues dando tanto, que aun sobra y se guarda, se preguntan siempre: ¿qué es esto? o lo toman en nada”. (En 1620 había escrito fray Juan de Grijalva: “no sé qué estrella influye en esta miserable tierra o qué causa oculta haya de tan grande ofensa como siempre ha padecido y padece, que siendo sus cosas tan grandes y tan claras, tocándolas con las manos y viéndolas con los ojos, no las creen. . . de todo el mundo se desnaturalizan los hombres por venir a vivir a esta tierra y, cuando gozan de un temple del cielo, suspiran por el invierno de su patria y siempre viven descontentos y cuando están más ricos, más honrados y con mayor estimación, juran: ¡así Dios me vuelva a mi tierra! Déjenme quejar, pues tengo razón. . .” (capítulo XII del libro I.)

Y prosigue Sánchez: “No sé cómo darme a entender en este discurso; quédese en cifra, y cuando se experimente la envidia que el demonio ha engendrado contra los hijos de esta tierra, se persuadan a lo que yo, aunque no tengo autoridad para ello”. ¿A qué se persuaden los hijos de esta tierra? En verdad que habla en cifra, aunque bien se vé, otra vez, la dolida queja del criollo, del hijo de esta tierra? En verdad que habla en cifra, aunque bien se ve, eran en el siglo xvii eran los españoles. Agrega: “Cada uno de los hijos de México puede ponderar a su propósito y sentido el salmo XVI y, en secreto, aplicar todos sus versos, pronunciando el último en sonoros ecos, tiernas de-

clamaciones y amorosos acentos: Yo, Señor, os quiero por mi Juez, quedaré satisfecho cuando apareciere vuestra gloria. . ." y como *gloria* se puede interpretar como *Imagen*, según comentarios de algunos santos padres, concluye Sánchez: "entiéndase lo dicho así, que todos los trabajos, todas las penas, todos los sinsabores que pueda tener México se olvidan y se remedian, recompensan y alivian, con que aparezca en esta tierra y salga de ella, como de su misterioso y acertado dibujo, la Semejanza de Dios, la Imagen de Dios, que es María en su santa Imagen de nuestra mexicana Guadalupe". Ya que no hay el poder ni la riqueza, que tienen los españoles, busquemos el consuelo en lo nuestro —pensaría Sánchez— en lo que no nos trajeren los "gachupines", en el Cielo, en Dios mismo, en la Virgen de Guadalupe.

Es fácil comprender la actitud espiritual del primer adalid del guadalupanismo; después del santo criollo, la Divina Criolla, en alabanza y beneficio de los criollos. Por eso dice al final de su libro este párrafo admirable: "Movíome la Patria, los míos, los compañeros, los ciudadanos, los de este nuevo Mundo, teniendo por mejor descubrirme yo atrevido ignorante para tanta empresa, que dar motivo a que se presumiese de todos olvido tan culpable con reliquia de tal Imagen, y *originaria de esta tierra y su primitiva criolla.*" He aquí el capullo magnífico del guadalupanismo patriótico mexicano, que comenzó con una bandera religiosa, como no podía ser de otra manera en el siglo xvii, en la mente ya tan lúcida de su mexicanismo de este insigne criollo hasta hoy injustamente ignorado.

Como el análisis de los cuatro primeros escritores guadalupanos lo he hecha ya en mi estudio "Los Evangelistas de Guadalupe y el Nacionalismo Mexicano", en *Cuadernos Americanos*, año viii, vol. 6, diciembre de 1949 y, a pesar de las refutaciones de don Alfonso Méndez Plancarte, aún estoy de acuerdo conmigo, lo traslado aquí con algunas correcciones.

Cuatro fueron, también, los evangelistas de la Virgen de Guadalupe: Miguel Sánchez, Luis Lasso de la Vega, Luis Becerra Tanco y Francisco de Florencia. Tres bachilleres presbíteros y un jesuíta profeso.

Miguel Sánchez, nacido en la ciudad de México en 1594, buen teólogo y famoso predicador “que se sabía de memoria las obras de San Agustín”, publicó en 1640 —como ya se dijo—, un *Elogio de San Felipe de Jesús Hijo y Patrón de México*. Este sermón debió tener gran éxito patriótico, pues ese mismo año comenzó a estudiar la historia de la Virgen de Guadalupe, que publicaría después, en 1648, con el citado título de *Imagen de la Virgen María de Dios de Guadalupe*.

Dice Sánchez en el Prólogo: “Determinado, gustoso y diligente, busqué papeles y escritos tocantes a la santa imagen y su milagro; no los hallé, aunque recorrí los archivos donde podían guardarse; supe que por accidentes del tiempo y ocasiones se habían perdido los que hubo; apelé a la providencia de la curiosidad de los antiguos, en que hallé unos, bastantes a la verdad. . .” No nos dice cuáles fueron estos papeles, pero sí afirma que aunque no hubiera tenido uno solo de ellos habría escrito su libro apoyado en la pura tradición.

Es en este primer impreso guadalupano donde se cuenta, por primera vez, la completa relación de las apariciones del Tepeyac, con ese sabor tradicional ingenuo que Sánchez respetó de los “papeles”, tal vez indígenas, que consultó. Mala suerte, sin embargo, ha tenido este primitivo y venerable relato, pues sólo se ha reimpresso tres veces: en el *Tesoro Guadalupano* del entonces bachiller y después obispo don Fortino Hipólito Vera, en 1887; en la revista infantil *Juan Diego*, del año x, Núm. 109, de diciembre de 1948, y, últimamente, en Cuernavaca, el libro íntegro, aunque con la mala fe de no insertar el prólogo. Y eso que de Miguel Sánchez parten, quiérase o no, todos los demás relatos de las apariciones. En 1665 decía don Fran-

cisco de Siles en el prólogo a otro libro de Sánchez, las *Novenas*: “libro tan provechoso (la *Imagen*) que no sé si antes que se diese a las prensas se conocía bien aun en nuestra América este milagro” y don Antonio de Lara: “sacó a luz esta RARA y MISTERIOSA aparición con tradiciones y fragmentos débiles”.

Comienza el libro con una Aprobación de don Juan de Poblete, canónigo chantre de la catedral, en la cual dice que el milagro guadalupano lo hizo Dios “para calificación de lo que su poder obró en la conquista de este nuevo Mundo”. Tenemos, pues, que Dios quiso “calificar”, *qualisfacere*, es decir, hacer de calidad, hacer buena, la conquista de América con la presencia de María, acto con el cual adquiere sentido, para los creyentes del siglo xvii, la violencia conquistadora del siglo xvi; pero juntemos a esta frase las siguientes de Sánchez: “Si Dios, para la primera imagen suya que había de aparecer en la tierra [Adán] por veneración y estimación quiso prevenir de tan acertado dibujo [del ser humano], aquí, hablando a lo piadoso y discurrendo a lo tierno, podremos asentir y decir que siendo María Virgen la imagen más perfecta y copiada del original de Dios y siendo la suya en NUESTRO MEXICANO GUADALUPE tan milagroso en las circunstancias y tan primero en esta tierra, PREVINO, DISPUSO Y OBRÓ SU DIBUJO PRIMOROSO EN ÉSTA SU TIERRA MÉXICO, CONQUISTADA A TAN GLORIOSOS FINES, GANADA PARA QUE APARECIESE IMAGEN TAN DE DIOS. . .” y agrega: “La conquista de esta tierra era PORQUE EN ELLA HABÍA DE APARECERSE MARÍA VIRGEN EN SU SANTA IMAGEN DE GUADALUPE. . .”

Así, según los criollos bachilleres y chantres del siglo xvii, Dios llevaba fines determinados y precisos al permitir, favorecer y aun hacer Él mismo el descubrimiento y conquista de América: que en ella se apareciese la Virgen de Guadalupe, Madre de Dios. De estas audaces expresiones se desprenden las siguientes premisas: Dios creó al Viejo Mundo para que naciese Adán, “la primera imagen

suya”, y luego para que Cristo, el “segundo Adán”, según la tradición mística, fuese crucificado sobre la tumba del primer hombre para dar fe y redención al género humano. Mas la segunda Eva aún no había nacido; esperaba un nuevo Paraíso. Y viene a cuento recordar que a las tierras encontradas por Colón se les llamó *paraíso* y esa palabra anduvo en bocas y plumas de los primeros cronistas de Indias. Ahora bien, si en un “paraíso”, es decir, en una especie de segunda creación, se aparece o se presenta María, resulta, precisamente, la “segunda Eva”, la verdadera coredentora que viene a dar fe y redención al Nuevo Mundo, creado, digamos, para ella. Por esto Miguel Sánchez dirá también que el ostentar la Virgen de Guadalupe sol, luna, estrellas, nubes y ángel y “lucirlo todo a un tiempo”, es “fundar UN NUEVO PARAÍSO”.

Cúmplese así, para estos teólogos, de manera rotunda, cerrando el círculo, las primeras profecías del Viejo Testamento, las mesiánicas, con Cristo en el monte Calvario, y las últimas, las del Nuevo Testamento, las marianas del Apocalipsis, con la Virgen María en el monte Tepeyac. No es casual que el bachiller Lasso de la Vega, el segundo evangelista, dijera a Sánchez en carta laudatoria impresa en su libro: “yo y todos mis antecesores hemos sido adanes dormidos poseyendo a esta Eva segunda en el paraíso de su Guadalupe mexicano”. Encuentro gozoso de un segundo paraíso, de una segunda especial creación, de algo nuevo que se inicia entre adanes humanos y evas divinas. Un tema, por fin, mexicano; de mexicanos para mexicanos; de Dios para México. Es perfectamente comprensible que Sánchez y Lasso poseídos de este hallazgo, vean la razón esencial, la razón teológica del descubrimiento y conquista de América, en que en ella floreciese la segunda Eva, la Virgen de Guadalupe y cumpliera, de manera real y efectiva, lo que sólo en raptó de visionario contempló San Juan en el Apocalipsis. (Tal vez por eso un historiador moderno, el Sr. canónigo don Ángel María Garibay, ha escrito: “cada

beneficio de la gracia en el Universo a través de la historia, no es sino una extensión de la Redención obrada en el Calvario; la venida de María al Tepeyac, máximo beneficio de los que Dios ha hecho a México, es la más expresiva realización". *Ábside*, XIII, abril-junio, 1949.)

Pero... ¿y España? España resulta tan sólo la intermediaria del Altísimo; es el instrumento de una determinación divina trascendental, más allá de toda historia y de todo derecho humano. Por eso pudo afirmar Sánchez en algún lugar de su libro: "Grave energía encierra este milagro." La antigua tesis de la justificación de la Conquista por el acarreo de la verdadera fe en que quisieron creer los conquistadores y canonistas, se convierte aquí en la justificación por hacer posible la aparición de Guadalupe. De un salto queda México colocado como la segunda nación privilegiada y escogida de la Historia Universal; Judea para Cristo; México para María. Dos redenciones de dos mundos con sus ciudades capitales progenitoras del milagro, hecho carne, uno, hecho materia, otro, "por nosotros, los pecadores".

Ahora bien, ¿son todo esto delirios teológicos de dos bachilleres barrocos? No. La Nueva España está dejando de ser "nueva" y de ser "españa", en esta segunda mitad del siglo xvii y pugna por una personalidad propia y diferente de la Vieja España. Es esto el balbuceo de una nueva sensibilidad que necesitaba expresarse de alguna manera. Cada época habla como puede y en estos teologismos se esconde una intuición espléndida que inicia una esperanza de intereses comunes, independientes y radicales. A esto, precisamente, llamamos nacionalismo.

Pocos años después don Carlos de Sigüenza y Góngora, el "erudito barroco", cuando le fué encomendada la erección de un arco triunfal a la llegada del virrey conde de Paredes, no recurrió al tema eterno, al clásico, sino que ideó un "Theatro de Virtudes Políticas que constituyen a un Príncipe advertidas en los Monarcas antiguos del

Mexicano Imperio con cuyas efigies se hermosteó el Arco thriunphal. . .”, es decir, que eran Tizoc y Axayacatl, Motecuzuma y Cuauhtémoc quienes daban el ejemplo de nobleza y de “virtudes políticas” y no el repetido Julio César o el manoseado Carlos V.

(Un “poeta” resentido, el bachiller Juan Ramírez Santibáñez observó en su horrendo poema *Piérica Narración*, de 1680:

Un arco bien levantado
la ciudad sin interés
aquí le tuvo formado,
que alabándolo cortés
no dejó de estar *aindiado*.)

Y Sor Juana, en un momento dado, tuvo que exclamar:

Levante América ufana,
la coronada cabeza
y el águila mexicana
el imperial vuelo tienda. . .

Volvamos al libro. Agrega Poblete: “con especial atención y más que por humana disposición, se ha reservado empresa tan grande (la de escribir la historia guadalupana) después de ciento diez y seis años, al superior genio, agudo pensar, elocuente decir y delgada pluma del autor”. El buen chantre no comprende por qué tuvieron que pasar ciento diez y seis años para que se escribiese la historia de Guadalupe y se diese a conocer para todos; por ello lo encuentra en “una más que humana disposición”. Y así es. Sólo que lo superhumano de la disposición no es de origen divino, sino histórico; no es de esencia personal, sino social; no de una voluntad particular y temporal, sino del devenir. La hora guadalupana no había sonado antes, sino hasta entonces; no en el siglo de la conquista hispánica, sino en el de la colonización criolla.

Y sigue Poblete: “por más que se diga hemos de que-

dar cortos; ápices, átomos, letras y palabras contienen preñeces grandes de soberanos misterios”. ¡Magnífica frase de cuyo valor psicológico no tuvo idea el viejo chantre mexicano! En efecto, ápices y átomos son las leyendas populares indígenas y mestizas primero y luego criollas, del milagro del Tepeyac; humildes letras y palabras comienzan esta gran “preñez” de Guadalupe, que llegó a convertirse en un problema nacional.

Miguel Sánchez oye la tradición y la escribe en su inicial sencillez. Pero esto no basta. Hay que fundamentarla y a ello acomete su entusiasmo, su religiosidad y sus conocimientos teológicos. Saca punta a su sensibilidad mística y se coloca en la tesitura necesaria para abordar el tema. Poco a poco va comprendiendo los pasos del símbolo y él mismo entra a ser parte de él: “puse atención a la relación de San Juan —nos dice— y oí que entre los ángeles asistentes y aficionados de la Imagen del Cielo se nombraba por primero a San Miguel Arcángel; al punto, valiéndome del sagrado nombre y gloriándome de tenerle, me sentí no solamente animoso en mi deseo, sino reconvenido a justa obligación de escribir...” La magia del nombre, la necesidad de responder a lo inexplicable; el sentirse llamado, predestinado a altos fines, hace que sienta la “justa obligación” de cumplirlos. Por eso en otro lugar dice: “nos hallamos tan movidos del espíritu de Dios, tan alumbrados de su caridad, tan encendidos de sus fervores...” y agrega convencido: “siendo del Apocalipsis a que está inclinado mi ingenio, LLEVA CONMIGO DIVINA BENDICIÓN”. Juzguen los teólogos estos párrafos. O los psicólogos.

Pero no quiere Miguel Sánchez partir él solo y busca padrino. Lo encuentra en San Agustín, quien le va a descifrar las oscuras palabras apocalípticas. “San Agustín [¡oh qué feliz principio para que dé luz a mi entendimiento, entendimiento a mi pluma, pluma a mis palabras, palabras a mis conceptos, conceptos a mi devoción y a mis discursos], me señaló el sagrado paraje donde estaba y me descubrió

el apostólico dueño que la poseía: *In apocalipsis Joannis. . .*” Y así, con San Agustín y San Miguel como guías, se embarca Miguel Sánchez hacia Patmos en busca de San Juan. Vayamos con él y veamos el famoso capítulo mariano del Apocalipsis.

“Y una grande señal apareció en el cielo: una mujer vestida del sol, y la luna debajo de sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas” (cap. 12, ver. 1).

“Y estando preñada clamaba con dolores de parto, y sufría tormento por parir” (cap. 12, ver. 2).

“Y fué vista otra señal en el cielo; y he aquí un gran dragón bermejo, que tenía siete cabezas y diez cuernos, y en sus cabezas siete diademas” (cap. 12, ver. 3).

“Y el dragón se paró delante de la mujer que estaba para parir, a fin de devorar a su hijo cuando hubiese parir” (cap. 12, ver. 4).

“Y ella parió un hijo varón, el cual había de regir a todas las gentes con vara de hierro: y su hijo fué arrebatado para Dios y a su trono” (cap. 12, ver. 5).

“Y la mujer huyó al desierto, donde tiene lugar aparejado de Dios, para que allí la mantengan mil doscientos y sesenta días” (cap. 12, ver. 6).

“Y fué hecha una grande batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles lidiaban contra el dragón; y lidiaba el dragón con los ángeles” (cap. 12, ver. 7).

“Y cuando vió el dragón que él había sido arrojado a la tierra, persiguió a la mujer que había parido al hijo varón” (cap. 12, ver. 13).

“Y fueron dadas a la mujer dos alas de grande águila, para que de la presencia de la serpiente volase al desierto, a su lugar, donde es mantenida por un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo” (cap. 12, ver. 14).

Hay, pues, tres momentos, muy claros, de posible representación plástica de la Virgen apocalíptica que, como las avemarías finales del rosario, serían: antes del parto, en el parto y después del parto.

En el primero es la mujer que aparece en el cielo vestida de sol, es decir, irradiando fulgores y rayos; va de pie sobre la luna y con estrellas en la cabeza. No lleva, naturalmente, al niño. Tres elementos astronómicos primordiales la determinan: el sol como envoltura, la luna como escabel y las estrellas como corona. Ya en el cap. 6, ver. 10 de los Cantares, se había dicho: “¿Quién eres tú que se presenta como el alba, hermosa como la luna, esclarcida como el sol y terrible como un ejército en orden de batalla?”

En el segundo momento concibe la mujer, al parecer en contradicción con el parto indoloro de María, pero ya estaba esto resuelto antes, para cumplir las Escrituras, en Miqueas e Isaías, a quienes San Juan tuvo muy presentes al escribir su Apocalipsis. Este segundo momento es el de la madre. Dura poco, porque el hijo le es arrebatado y llevado al trono de Dios.

Otros elementos entran en él: el dragón o serpiente y los ángeles; de aquí y del cap. 3, versículo 15 del Génesis: “Y enemistad pondré entre ti y la mujer... ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar...” ha nacido la figura de la Inmaculada Concepción que lleva sol y estrellas y pisa la luna y la serpiente.

El tercer momento es cuando la mujer adquiere las dos grandes alas de águila y vuela con ellas al desierto para estar guardada ese tiempo misterioso, inexplicable, que proviene, tal vez, de las oscuras “semanas” de Daniel y de su cap. 7, ver. 25, que San Juan transcribe casi literalmente.

Ante todo esto Miguel Sánchez se arrodilla agradecido y le dice a San Agustín: “se la pedí, le declaré el motivo y le propuse la pretensión de celebrar en ella a María Virgen en una imagen milagrosa que gozaba la ciudad de México con título de Guadalupe, cuyo milagro, pintura, insignias y retoques hallaba que de allí, con toda propiedad se habían copiado”. Y su primer capítulo, después de la narración tradicional, lo titula: “Original profético de la

Santa Imagen de Guadalupe piadosamente prevista del evangelista San Juan en el cap. 12 del Apocalipsis.”

Miguel Sánchez se arroba ante el descubrimiento y aplica a la Virgen de Guadalupe todas y cada una de las palabras del célebre capítulo, con intervenciones de los profetas y de los libros del Viejo Testamento. Comienza con la palabra “señal”, *signum*, y recuerda las varias veces que en la Biblia se pide una señal: *da mihi signum quod tu fis...* (“nos dió por señal a su Madre, que es señal de predestinados...” diría después Florencia en sus *Meditaciones*).

Una, sin embargo, le interesa más, la pedida por Gedeón en el vellocino que se llenó de rocío después de la destrucción del altar de Baal. La comparación es forzada, pero Sánchez la ve muy clara y nos dice que “el cap. 6 del libro de los Jueces estaba singularmente profetizando y avisando que había de haber en tiempos venideros una imagen que fuese vellocino en el campo apareciéndose en una manta de los indios y que para ello había de preceder petición de señal de milagro”. Es entonces, por esto, que fray Juan de Zumárraga pide una señal, que la Virgen da a Juan Diego en forma de flores, cuyo significado lo encuentra Sánchez en las varas florecidas de Aarón e Isaías, y se embelesa en el versículo aquél: “Y acontecerá en aquel tiempo que la raíz de Isaí, la cual estará puesta por pendón a los pueblos, será buscada de las gentes...” ¡Cómo hubiera gozado Sánchez si hubiera vivido varios siglos al ver a la Virgen de Guadalupe de pendón y buscada por las gentes en las dos revoluciones de México: la política de 1810 y la democrática de 1910!

La luna hace recordar a Sánchez que *luna dominatur aquis et humidis* y como México era todo agua, encuentra muy apropiada la conjunción. El sol es la zona tórrida, donde está colocada la ciudad de México, y las estrellas son aquellas aparecidas en el espejo que llevaba en la cabeza el pájaro presentado a Moctezuma por un indio de

Tezcoco, según cuentan las *Décadas* de Herrera. Nada tiene que ver el vaticinio indígena con las estrellas de Guadalupe pero Sánchez necesitaba mexicanizar en todo y por todo el prodigio y no le importaba traer de los cabellos las comparaciones. El dragón de siete cabezas lo resuelve muy a lo cristiano: son las siete tribus nahuas, paganas, adoradoras “del diablo”, redimidas después por la Virgen de Guadalupe. Con San Miguel y sus ángeles se le va la pluma y tiene que compararlos con Hernán Cortés y sus soldados, que luchan con “el dragón de la mentira” y hacen posible la aparición y salvación de la mujer, de la Virgen. El desierto apocalíptico es, claro está, el Tepeyac, junto a la “ciudad prodigiosa”, la “ciudad de paz”, que es México, la nueva Jerusalén prevista por San Juan.

Las alas, en fin, son el águila mexicana. “Pongamos en lo temporal y humano esta dádiva en México —dice Sánchez— CUYO BLASÓN Y ESCUDO DE ARMAS FUÉ UN ÁGUILA REAL SOBRE UN NOPAL” y agrega estas palabras sorprendentes: “Advertí que cuando estaba en la tierra la mujer apocalíptica se vestía de Alas y Plumas de Águila para volar: ERA DECIRME QUE TODAS LAS PLUMAS Y LOS INGENIOS DEL ÁGUILA DE MÉXICO SE HABÍAN DE CONFORMAR Y COMPONER EN ALAS PARA QUE VOLASE ESTA MUJER PRODIGIO Y SAGRADA CRIOLLA. . .”

No se han conocido ni entendido estas palabras del primer evangelista guadalupano que son, en síntesis, una interpretación de la Virgen de Guadalupe como Escudo Nacional, un escudo que supera al totem ancestral del Águila con la Mujer, mujer que es la madre de Dios. Y aquí comienza esa conjugación íntima del Águila y la Virgen que ha hecho de Guadalupe un emblema nacionalista mexicano, que es, en el fondo, patriotismo, pero no religiosidad. Las alas de la Escritura, de águila precisamente, se las da México y por eso no necesita llevarlas puestas Guadalupe, así como tampoco necesita pisar a una serpiente si sus plantas se posan en la tierra de Quetzalcóatl.

No en vano Sánchez puso una viñeta para su libro muy especial: está la Virgen no sobre el ángel, sino sobre un nopal; atrás van dos águilas, a modo de alas, que en apariencia son el escudo de los Austria pero que en realidad son las alas del águila mexicana. En lugar del AVE se posa la VIRGEN y un nuevo símbolo heráldico surge, la mujer-águila *Guahtli-Guadalupe*. ¡Cómo le hubiera gustado también a Sánchez si hubiera visto plasmado esto en una pintura del siglo XIX que está en el Museo de Toluca, en la que el ángel o querubín de Guadalupe adquiere cuerpo y se monta sobre el águila nacional que lleva en triunfo a la Virgen del Tepeyac!

Pero sigamos con las comparaciones. La mujer apocalíptica se aparece a un Juan; la Virgen de Guadalupe a tres juanes: Diego, Bernardino y Zumárraga. Y recuerda inmediatamente Sánchez: "nombre a quien entrega Cristo con esta filiación a María en el Calvario". Además, Salomón, el rey más poderoso de la Edad Antigua buscaba una "mujer-águila" que no encontró; Felipe IV, el rey más poderoso de la Edad Moderna, la encontró en Guadalupe. (En realidad Sánchez debió decir Carlos V, pero se olvidó con la obligada adulación del momento en que reinaba Felipe llamado el Grande.)

Podemos hacer el siguiente esquema apocalíptico-guadalupeano:

Mujer apocalíptica = Virgen de Guadalupe.

San Juan = Juan Diego

San Miguel = Hernán Cortés

los ángeles = los conquistadores

el dragón = la idolatría,

las alas = el águila mexicana,

la ciudad = la ciudad de México

el desierto = el Tepeyac,

el sol = la zona tórrida

la luna = las lagunas de México.

las estrellas = el nuevo paraíso.

Pasando ya Miguel Sánchez a la interpretación de los hechos de la tradición, se encuentra con que se aparece la Virgen a un pobre indio ignorante, y ve en ello cumplido el versículo bíblico de *quod abscondisti haec a sapientibus revelasti ea parvulis...* y se enternece de que se pinte en una burda tilma indígena. “Esto —dice— es amor; esto es misericordia; esto es intersección.” Y concluye triunfante: “Empeño semejante de María Virgen me da licencia a QUE ADELANTE LAS ESPERANZAS POR LOS NACIDOS EN ESTA TIERRA...” y exhorta, “A LOS NACIDOS EN MI PATRIA Y MIS CRIOLLOS DE AQUESTE NUEVO MUNDO...” a que lean y mediten el capítulo 8 del Deuteronomio. ¿Qué dice el capítulo 8 del Deuteronomio que “adelante” las esperanzas de los criollos mexicanos? Veámoslo:

“Cuidaréis de poner por obra todo mandamiento que yo os ordeno hoy, porque viváis, y seáis multiplicados, y entréis, y poseáis la tierra, de la cual juró Jehová a vuestros padres” (ver. 1).

“Porque Jehová tu Dios te introduce en la buena tierra, tierra de arroyos, de aguas, de fuentes, de abismos que brotan por vegas y montes” (ver. 7).

“Tierra en la cual no comerás el pan con escasez, no te faltará nada en ella; tierra que sus piedras son hierro y de sus montes cortarás metal” (ver. 9).

“Y comerás y te hartarás y bendecirás a Jehová tu Dios por la buena tierra que te habrá dado” (ver. 10).

¿No parece todo esto una invitación a pensar que la tierra, esta tierra, dada por Dios, es de los criollos, a quienes se dirige Sánchez, y no de los gachupines a quienes se les considera detentadores de algo que no es suyo? Si el lenguaje del cura Hidalgo a los criollos fué el de: “señores, vamos a coger gachupines”, fué porque estaba en 1810, después de la experiencia del siglo de la Ilustración, de la filosofía enciclopedista y de las revoluciones francesa y norteamericana. El lenguaje del bachiller Sánchez, en 1648, no podía ser sino disimulado y simbólico, “en cifra”, como

hemos visto que dice en páginas anteriores. Tal vez el cura Hidalgo conoció estas obras guadalupanas nacionalistas, patrióticas y hasta subversivas, y de ellas tomó la idea de poner de estandarte a la Virgen de Guadalupe y no simplemente de una "ocurrencia" momentánea al tomar chocolate con el vicario de Atotonilco.

Miguel Sánchez se acoge, pues, a la tradición guadalupana y la desarrolla, dándole su fundamentación teológica, sin la cual hubiera seguido siendo una leyenda informe y sin substancia como tantas otras. Por eso pudo escribir estas significativas frases: "Yo me constituí pintor de aquesta Santa Imagen describiéndola; ha puesto el desvelo posible copiándola; AMOR DE LA PATRIA DIBUJÁNDOLA. . ."

Y termino este somero análisis de la interesante y desconocida obra de Miguel Sánchez con un párrafo de una carta manuscrita de un amigo suyo, el presbítero Francisco de Bárcena: "quiero salir afuera y desde lejos admirarme del ánimo con que vuestra merced —nuevo Jonás— HA QUERIDO EXPONERSE POR SU PATRIA a diversas censuras de algunos que quizá no lo miran afectos o lo fiscalizan apasionados. . . ha escrito vuestra merced las glorias de México, NUESTRA PATRIA, ejecutoriadas con su milagrosa imagen de Guadalupe".

El segundo evangelista, Luis Lasso de la Vega, publica en 1649, el *Huei tlamahuizoltica omonexiti ilhuicac tlatoca ihwapilli Sancta Maria*, o sea, *El gran acontecimiento con que se apareció la Señora Reina del cielo Santa María*, cuyo texto comienza con las conocidas palabras *Nican mopohua motecpana. . .*, es decir: Aquí, en orden y concierto se refiere. . .

Lasso era el clérigo encargado de la iglesia de Guadalupe desde 1645, amigo de Sánchez, a quien hemos visto declararle ser el "Adán dormido" que ignoraba a la segunda Eva. Ha espantado a todos que el no saber nada de Guadalupe a mediados de 1648, para principios de 1649

pudiera ya escribir su folleto y añadirle un amplio apéndice de milagros; pero lo insólito y hasta ahora ignorado es que el *Huei tlamahuizoltica* estaba escrito por Lasso desde 1646, según puede comprobarse por el manuscrito original, firmado y fechado, que poseyó el Sr. G. R. G. Conway. ¿Cómo se explica entonces el famoso párrafo de Lasso en la carta a Miguel Sánchez? Cosa sencilla: las cartas laudatorias se escribían antes de publicarse los libros, pues están en ellos insertas, cuando los autores prestaban sus manuscritos a sus amigos pidiéndoselas. Lasso debió tener el manuscrito de Sánchez desde años antes de su publicación y pudo haber escrito su carta desde 1645 o 1646. Además, esta ignorancia de Lasso se refiere no a la impresión del libro, pues si era amigo de Sánchez sabía lo que éste andaba estudiando, sino que fué el Adán dormido hasta que a Sánchez se le ocurrió hurgar en la historia guadalupana, o sea desde 1640.

¿De qué se sirvió Lasso para escribir su libro en náhuatl? Para Icazbalceta no es más que una traducción del relato de Sánchez. Para algunos aparicionistas no es más que el plagio de una relación indígena anterior, que quieren a todo trance sea escrita por el famoso sabio indígena don Antonio Valeriano. Las dudas comienzan temprano, pues el propio tercer evangelista, Luis Becerra Tanco, en un folleto publicado en 1666, dice que “vió un cuaderno escrito con las letras de nuestro alfabeto en la lengua mexicana de mano de un indio, en que se referían las cuatro apariciones de la Virgen Santísima a Juan Diego y la quinta a Juan Bernardino, el cual fué el que se dió a las prensas en la lengua mexicana por orden del Licenciado Luis Lasso de la Vega, año de 1649...” Seguramente que Lasso, que aún vivía, le reclamó, pues en el segundo libro de Becerra Tanco, la *Felicidad de México*, de 1675, se apresuró a suprimir el parrafito y no volvió a hablar palabra del asunto. Viene después Boturini, quien dice, como si lo hubiera visto, que Lasso “casualmente halló un manuscrito antiguo de autor

indio y no hizo más que imprimirlo y ponerle su nombre, quitando con simpleza, no sólo a los naturales la honra de haberla escrito, sino también la antigüedad de la historia. . .” Ahora bien, Bartolache en el siglo XVIII y actualmente don Primo Feliciano Velázquez y el canónigo don Ángel María Garibay, han encontrado en Lasso frases y trozos de náhuatl arcaico, que seguramente trasladó de los *Anales* que, según su prologista, consultó. Pero de esto a que haya plagiado íntegramente un documento viejo, hay un abismo. ¿No dice Lasso en su prólogo, varias veces, que él escribió en náhuatl el milagro y aun le pide a la Virgen interceda con el Espíritu Santo para que le envíe sus lenguas de fuego —don de idiomas y de sabiduría— para escribir bien su libro? Si estuviera plagiando ¿podría el sacerdote Lasso decir todo esto? El padre Cuevas publica en su *Álbum Histórico Guadalupano* el primero y último folios de un *Nican Mopohua* existente en Nueva York. Según él es del siglo XVI. Examinadas las fotografías del manuscrito completo, que el Sr. Conway prestó a Cuevas, resulta ser una copia de Lasso de fines del siglo XVII o principios del siglo XVIII. . .

Y lo que es inadmisibile es que el *Nican Mopohua* sea de Valeriano. Recordemos la hipótesis de los aparicionistas: el “cuaderno” que vió Becerra Tanco era de don Fernando de Alba Ixtlixóchitl, de quien pasó a don Carlos de Sigüenza y Góngora; cuando Florencia se puso a escribir su historia guadalupana se lo pidió a Sigüenza, el cual, exagerando su conocida cautela, le prestó solamente una “traducción parafrástica” sin explicarle nada, por lo que Florencia, de su cosecha, y por consejo de su amigo el cronista franciscano Betancurt, declaró que el cuaderno era de fray Jerónimo de Mendieta, y así lo escribieron ambos, Florencia en su *Estrella del Norte* y Betancurt en su *Theatro Mexicano*. Sigüenza se molestó y aprovechando que escribía su libro *Piedad Heroica de Hernán Cortés*, que publicó en 1689, dice y jura, en un conocido párrafo, que el

cuaderno en cuestión es de letra de don Antonio Valeriano y que este mismo famoso indio fué su autor. De esto concluyen que Lasso plagió la relación de Valeriano y la imprimió con su nombre. Esta hipótesis aún no era creída por don Primo Feliciano Velázquez en 1926, cuando tradujo el *Huei tlamahuizoltica* como obra de Lasso, y hasta su prologuista, el entonces presbítero don Jesús García Gutiérrez, regaña al obispo Vera porque publicó como de Valeriano unos trozos de Lasso. Sin embargo, para 1931, fecha del cuarto centenario guadalupano, todos los aparicionistas eran firmísimos creyentes del plagio de Lasso, y Velázquez publica su traducción como “La Historia Original Guadalupana” de Valeriano.

Pero ¿por qué había de ser este cuaderno de Alba el usado por Lasso? Si así hubiera sido ¿por qué no lo dijo Sigüenza? Si ya Lasso lo había impreso ¿para qué le prestó Sigüenza a Florencia la “traducción parafrástica” en lugar de mandarlo, tranquilamente, a que estudiase el *Huei tlamahuizoltica*? Y hay más, el mismo Sigüenza lo niega claramente. En el capítulo XI, párrafo III de la citada *Piedad Heroica* dice: “que le mandó la Sma. Virgen al dichosísimo indio Juan Diego fuese a la casa del obispo y que allí le manifestó la imagen, es cosa que dicen uniformes cuantas relaciones históricas hasta aquí se han impreso, y con especialidad una antiquísima que *aun tengo manuscrita* y estimo en mucho y *es la misma que presté* al R. P. Francisco de Florencia para que ilustrase su historia”.

El padre Florencia dice en el capítulo XIII, párrafo IX de su obra que va a explicar “algunas particularidades” que contiene la Relación que le prestó Sigüenza, “que no se hallan en otras Relaciones”, y entre esas “otras” relaciones, evidentemente, está la de Lasso de la Vega, en la cual no se hallan las “particularidades”. Si fuese la misma, ¿para qué destacar diferencias? Huelgan comentarios. Sólo recuerdo la increíble ceguera de Velázquez y de Cuevas a pesar de haber estampado el párrafo de Sigüenza en sus

libros guadalupanos, pág. 416 de *La Aparición de Santa María de Guadalupe*, y pág. 149 del *Álbum Histórico Guadalupano*.

En cuanto al apéndice de milagros no necesitó Lasso de papeles (como tampoco Sánchez) ni recurrir a ese misterioso cuaderno de Alba Ixtlixóchitl, pues le bastó transcribir los retablos o ex votos que rodeaban a la Imagen, según puede comprobarse por documento irrefragable: el precioso grabado de Samuel Stradano dado a conocer por don Manuel Romero de Terreros, en el que aparece la Virgen con los retablos que relatan los milagros descritos por Lasso.

Pero no me interesa, en el fondo, si Lasso copió o no copió; me interesan los motivos que lo impulsaron a publicar su libro. Dice en el Prólogo, hablando con la Virgen: "Procurando con empeño tu culto, he escrito en idioma náhuatl tu milagro..." y da como principales razones para ello el que fué en ese idioma en el que hablaron la Virgen y Juan Diego y porque había leído en San Buenaventura que los grandes sucesos deben ser escritos en muchos idiomas para ser conocidos en todas partes. Además, Lasso quiere que los indios tengan su manual de historia guadalupana, como los criollos lo tenían con el libro de Sánchez. "Esto me ha animado —dice— a escribir en idioma náhuatl tu maravillosa aparición PARA QUE VEAN LOS NATURALES Y SEPAN EN SU LENGUA CUANTO POR AMOR A ELLOS HICISTE Y DE QUÉ MANERA ACONTECIÓ LO QUE MUCHO SE HABÍA BORRADO POR LAS CIRCUNSTANCIAS DEL TIEMPO."

Quiere, pues, el bachiller Lasso de la Vega extender, generalizar, dar a conocer a todo México, para gloria de su patria, el milagro del Tepeyac; pero también hace otra cosa de sumo interés: indigeniza el relato, es decir, lo pone al alcance de los indios dándole un sabor popular y propio para ellos; todo el carácter "culto" de Sánchez se convierte aquí en ternuras y cordialidad. Los diálogos entre

la Virgen y Juan Diego son más vivos y cariñosos; el “hijo mío” de Sánchez se convierte en “xocoyote mío” o “el más pequeño de mis hijos”; los pájaros que cantaban momentos antes de la aparición, “ruiseñores, calandrias o filomenas” de Sánchez, son en Lasso “coyoltototl” y “tzinizcan”; en Sánchez Juan Diego, al oír la música, “con los ojos comenzó a rodear las raíces del monte, acechar sus retiros y tantear su altura”; en Lasso el indio famoso reacciona a la pagana: “¿dónde estoy? ¿acaso en el paraíso terrenal que dejaron dicho los viejos nuestros mayores?” etc.

Y con Lasso se han dado dos pasos más en el desarrollo histórico del acontecer guadalupano: su extensión idiomática y su acercamiento al espíritu indígena.

Entre este discutido evangelista y el siguiente deben recordarse las *Informaciones* de 1666, provocadas por estos libros, en las que veinte testigos, unos indígenas y otros criollos, fueron preguntados de lo que sabían tradicionalmente de la aparición, para enviarlas a Roma como testimonios de la petición de Oficio propio para la festividad guadalupana. El Vaticano les hizo tan poco caso que se perdieron y son conocidas por los extractos de Florencia y por una copia que quedó en el archivo de la catedral de México. Nada nuevo añaden estas *Informaciones*, salvo noticias pintorescas de Juan Diego que no atañen a la tradición. Hablaré de las *Informaciones* después.

El tercer evangelista fué Luis Becerra Tanco, imponente personaje que deja muy atrás a sus dos compañeros anteriores. No fué un simple bachiller. Fué conocedor profundo de idiomas como el hebreo, el griego y el latín; el náhuatl y el otomí; el francés, el italiano y el portugués. Buen abanico lingüístico, por cierto. Fué físico y químico, naturalista y profesor de Astrología y Matemáticas de la Universidad. De aquí que su obra sea distinta de las de sus dos predecesores.

Publicó primero un opúsculo, un *Papel*, en 1666, que llamó *Origen Milagroso del Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe. Fundamentos verídicos en que se prueba ser infalible la tradición en esta ciudad acerca de la Aparición*. . . Se ve, desde el título, la diferencia. Aquí ya se habla de “fundamentos verídicos”, de “pruebas”, de “infalibilidad tradicional”.

Después, con más calma, compuso su *Felicidad de México en el principio y milagroso origen del Santuario de la Virgen María de Guadalupe*. . . que publicó su amigo don Antonio de Gama en 1675 después de la muerte del autor. Este libro alcanzó hasta dieciséis ediciones, dos de ellas en España y en el propio siglo xvii.

Comienza Becerra Tanco, como todos, quejándose de la falta de documentos: “por no haberse hallado en los archivos del Juzgado y Gobierno Eclesiástico escritos auténticos QUE PRUEBEN la tradición que tenemos de tan insigne prodigio, el cual había de sepultar la incuria y omisión en el túmulo del olvido, juzgué me corría la obligación poner por escrito lo que sabía de memoria y que había leído y registrado en mi adolescencia en las pinturas y caracteres de los indios mexicanos que fueron personas hábiles. . .” Hago notar, de paso, pero con la significación que merece, que Becerra Tanco escribió a los 70 años, muy pasada su estudiosa juventud y después de las memorables fechas de 1648 y 1649. . .

Se basa en la tradición y en algunos papeles indígenas que, según él, traduce, pero como no podía ignorar los trabajos de Sánchez y Lasso, se refiere a ellos sin citar sus nombres, con un encubierto menosprecio: “aunque otros ingenios muy aventajados han expresado con más vivos colores esta tradición, no han sido tan exactos en el escrutinio de esta historia que no les haya quedado algo por falta de noticias, con que el progreso de lo historial quedó diminuto”. Y vemos ya clara la intención de Becerra Tanco de que lo TRADICIONAL se convierta en lo HISTORIAL y no

se quede, para el científico Becerra Tanco, en lo anecdótico o en lo teológico. Quiere “lo verídico”, lo que se pueda probar, y de aquí que dé un paso más: la fundamentación científica. Comienza por declarar que escribe “EN DECORO DE LA PATRIA, CUYAS GLORIAS DEBEMOS CONSERVAR SUS HIJOS”, y este decoro de los hijos de México consiste en “ser sobrios al escribir”, buscando “la verdad desnuda”, sin “adornar los escritos con letras divinas o humanas”. La pedrada, como se ve, es directa para Sánchez. Ya Becerra Tanco no es el teólogo o el divulgador; es el científico que desprecia “los vivos colores” y los sustituye por “verdades reales”.

Pocas añadiduras hace a Sánchez en el relato tradicional de las apariciones: que Juan Diego era de Cuauhtitlán pero que vivía en Tlpetlac; que era casado con una india llamada María Lucía; que los buscados “autos originales” de la aparición no se perdieron robados o vendidos en épocas de escasez de papel como dijo puerilmente Sánchez en las *Informaciones* de 1666, sino que, como hasta 1534 no hubo catedral, canónicamente hablando y, por lo tanto, tampoco cabildo, estos autos quedaron en poder de algún notario o secretario de Zumárraga, quien, tranquilamente los perdió. Discurre que la aparición debió ser el 22 de diciembre porque en ese día comenzaba el año astronómico mexicano, en el día *Tlalpilli ce tecpatl* y “da tormento”, como dice Icazbalceta, al nombre de Guadalupe en su afán de aztequizarlo, queriendo que la Virgen se llamó *Tecuatlanopeuh* o *Tecuantlaxopeuh* y que los españoles, al oír estos nombres en boca de Juan Diego, los convirtieron en Guadalupe.

Lo más importante es lo de la vecindad de Juan Diego en Tlpetlac, que es la necesaria corrección a los absurdos viajes tradicionales de Juan Diego desde Cuauhtitlán hasta Tlatelolco. Becerra Tanco estudió mapas o recorrió los lugares y se dió cuenta de que viniendo de Cuauhtitlán a Tlatelolco no se pasaba por el Tepeyac, entonces sitio yer-

mo y rodeado de agua, sino que el camino habitado era: Cuauhtitlán—Tlalnepantla—Azcapotzalco—Tlatelolco. ¿Para qué iba a dar Juan Diego el innecesario paseo al Tepeyac? En cambio por Tulpetlac pasaba por fuerza por el lado oriente del cerrito y lo bordeaba para llegar a la iglesia de Tlatelolco. De una plumada el realista y lógico Becerra Tanco enmienda la tradición y desbarata errores colados antes sin discernimiento.

Al terminar su relato de las apariciones nos asegura que: “ésta es la tradición sencilla y sin ornatos y es en tanto grado cierta esta relación que cualquiera circunstancia que se le añada, si no fuese absolutamente falsa, será, por lo menos, apócrifa...” ¿Sabía el profesor Becerra Tanco que las leyendas, como bolas de nieve, engruesan al correr, y quiso, con estas palabras, fijar para siempre el texto definitivo de la aparición guadalupana? No lo sabemos, pero sí lo logró. Nada se ha podido añadir a las “cinco apariciones”, después de Becerra Tanco.

Mas donde está la importancia y la novedad del tercer evangelista es, como he dicho, en su deseo de darle bases científicas al milagro, para lo cual comienza con un capítulo llamado: “Discúrrase el modo en que pudo figurarse la Santa Imagen” y, muy patriota, se apresura a decirnos que la Virgen dió su imagen a Juan Diego “PARA QUE NO VINIESE DE AFUERA”. Pónese luego a estudiar física para explicarse la impresión divina en el ayate, y después de consultar muchas obras científicas hebreas, árabes y latinas, concluye que fué un proceso de impresión lumínica, algo así como un antecedente de la fotografía, en el cual la lente sería la propia Virgen y el ayate la película. “Considerando —dice—, el tiempo y lugar, es preciso y constante que el indio tenía el rostro al sur y hacia donde salía el sol, y la Virgen Santísima, que tenía de frente al indio, vuelto el rostro al septentrión; con que es visto que el lado derecho de éste caía al siniestro de la Virgen y al contrario y de aquí se convence que a tener sombra

el bulto de la Virgen y teniendo el sol a sus espaldas, había de herir la sombra sobre el bulto del indio y sobre la manta que le cubría desde el cuello hasta los pies, y esta es la razón porque el cuerpo de la Imagen se ve como si estuviese dentro del sol y los rayos de luz que la cercan en contorno parece que nacen de sus espaldas hiriendo en la noche que la rodea y dándole el colorido naranjado al hueco”. ¡Qué lejos andamos del vestido de sol apocalíptico!

Y sigue: “Cuando se imprimió la Virgen Santísima tenía el rostro al septentrión y la mano derecha al oriente y la siniestra al occidente, teniendo al indio de frente, luego tenía éste el rostro al austro y la mano derecha al occidente y la siniestra al oriente, con que las especies del hombro derecho de la Virgen hirieron en la parte siniestra de la manta del indio y las del hombro siniestro en la parte diestra; la manta, como se la ponen los indios a su usanza, tenía lo que de ella se recoge plegado por las esquinas superiores sobre el hombro derecho del indio y la diestra de la imagen cayó sobre los dobleces de la manta en la parte diestra del indio, que en su original era siniestra (es de advertir que lo que vemos hoy es la imagen y no el original) [*sic*] de que se infiere que el hombro izquierdo de la imagen es el diestro de la Virgen, que se imprimió en la parte curva de la manta del indio, ajustada al cuerpo que caía en el hombro izquierdo de éste. El rostro de la Virgen se figuró en el trecho que caía debajo de la barba, que de necesidad había de ser doblez, por no estar cortada al justo en el modo que usamos nosotros las sotanas; luego, extendida la manta en bastidor (como está hoy), es preciso que el hombro izquierdo de la Virgen, que se imprimió sobre el diestro del indio, cogiera mayor trecho extendido que ajustado, porque se representó en lo plegado de la manta y, con que después igualada en plano, decaeció el rostro un poco sobre el hombro derecho en la imagen, según parece, el día de hoy, por haberse extendido el doblez que correspondía al cuello de la imagen y que traía origen

del nudo de la manta al sesgo y el otro dobléz a lo largo que venía de alto a bajo, y después de tirado fué causa de que sobresaliese afuera el hombro izquierdo de la Imagen. . .”

“De aquí nace también que forme pliegues oscuros la túnica de la Imagen en el lado derecho de ella, porque se figuró sobre los dobleces de la manta que venían de alto a bajo del hombro derecho del indio al suelo, en que la luz no penetraba tanto y tenía sombras, por no estar eminentemente la superficie, sino acanalada y porque asimismo la rodilla izquierda de la Imagen, que fué diestra en el original, reververó sobre la rodilla izquierda del indio, que sin duda causaba eminencia en la manta al ponerse de pie para recibir las rosas, por eso lo claro de la rodilla izquierda de la Imagen parece más corto de lo que pide la buena proporción de un cuerpo delineado, y por esta causa en las superficies irregulares, como espejos torcidos, o en las olas del mar, aparecen los rostros monstruosos. . .”

Y sigue así explicándonos en detalle la posibilidad de la impresión de la Imagen en la manta juandieguina, terminando que “todo aquello que parecen imperfecciones en la imagen” lo son solamente “A LOS POCO AFECTOS A LAS COSAS DE ESTE REINO”.

Para nosotros basta. Lo importante es señalar la angustia del pobre sabio Luis Becerra Tanco tratando este asunto de fe en un plano de realidad tan objetivo que sobrepasa al positivismo del siglo XIX.

Por fortuna, sale a respirar mejores aires y discurre, poéticamente, sobre el ángel, llegando a convencerse de que fué él quien la pintó, es decir, quien dió los colores y se estampó al pie en plan de rúbrica. “Y este ángel —dice— no puede ser otro que el custodio de esta ciudad y reino para dar a los que tiene a su cargo tan ínclita protectora.”

Y termina nuestro Becerra Tanco un poco fatigado y un mucho decepcionado de su empeño: “Todo esto

—dice—, es en cuanto al modo en que pudo figurarse, y por más que parezca sutileza, es a Dios todo posible.” Después de su esfuerzo de explicación científica, vuelve al mundo de la fe y descansa su inútil empresa en la Omnipotencia divina.

Entre Becerra Tanco y Florencia se escribió en Roma, en 1681, una *Relación histórica de la admirable aparición de la Virgen Santísima de Guadalupe para universal edificación de los devotos...* por el padre Anastasio Nicoseli, valiéndose del libro de Sánchez y de las Informaciones de 1666. Más a pesar de sus deseos de “universal edificación”, no tuvo el menor éxito en Europa, pues el Vaticano, en 1740, cuando la deseada coronación de Boturini, preguntaba si la Virgen tenía niño o no...

Con el jesuíta Florencia cambia el panorama. No son la teología ni la ciencia lo que le interesan. Es la devoción su fin primordial. No en vano Florencia fué el historiador de todas las imágenes milagrosas de México. Su obra guadalupana es una síntesis de lo ya publicado, pero añade cuanta poesía, cantar, leyenda o milagro se relaciona con Guadalupe, así como las donaciones de los creyentes y las “peregrinaciones” que él mismo inicia. Nos platica que conoce todos los célebres santuarios marianos de Europa, pero que ninguno le da tanta emoción como el de Guadalupe “aunque por desinterés nacional siempre he atribuído esto a AQUELLA NATURAL AFICIÓN EN TODAS LAS COSAS QUE SON DE LA PATRIA”. Compone unas “piadosas” novenas con diálogos entre el devoto y la Virgen, con tiernas “reflexiones” que acercan al lector al culto de la Virgen y le da tal tono a su obra que, después del incomprensible aparato bíblico de Sánchez o las abstrusas consecuencias científicas de Tanco, resulta el libro de Florencia “todo método, claridad, erudición, piedad y candor”, como diría Bartolache.

El libro es *La Estrella del Norte de México aparecida*

al rayar el día de la luz evangélica en este Nuevo Mundo en la cumbre del cerro del Tepeyac, orilla del mar texcucano. . . para luz en la fe en los indios; para rumbo cierto en los españoles en la virtud; para serenidad de las tempestuosas inundaciones de la Laguna. . .

Guadalupe tiene una utilidad práctica. Es fe, es virtud, es tranquilidad. La pregunta del ¿porqué? y el ¿cómo? de los anteriores evangelistas se traducen aquí en ¿para qué sirve?

Comienza el libro de Florencia con la Dedicatoria de rigor, del bachiller Jerónimo de Valladolid, quien empieza diciendo: "La mujer apocalíptica se representó para prodigiosa señal del nacimiento y progreso de la primitiva Iglesia de Europa; ÉSTA, para señal portentosa de los exordios y aumentos de la primitiva Iglesia de NUESTRA AMÉRICA". Otra vez la separación de Europa y América; la validez igualitaria que, según estos criollos, quiso dar Dios a los milagros europeos y americanos; la no necesaria sumisión al Viejo Mundo en el orden mágico y supraterráneo de lo milagroso. Para ellos América, México, pueden presentar al mundo EL MILAGRO por excelencia después del milagro supremo de la Redención. Casi huele a herejía esta división de iglesias y esa equiparación de prodigios, pero no cabe duda que sólo haya buena fe en estas patrióticas exaltaciones.

Ante la eterna falta de documentos, Valladolid agarra el toro por los cuernos y nos asegura: "aquella, la mujer apocalíptica, necesitó de escritos; ésta, como está pintada, no necesita escritos porque ella misma es la escritura impresa en el papel de una manta", y en gran plan mexicanista llega su hermosa audacia a afirmar que la Virgen se pintó para seguir la costumbre indígena de los jeroglíficos, haciéndose ella misma una especie de códice para la fácil comprensión de sus hijos indios. "Tiene la pintura de esta milagrosa Imagen —dice—, su sentido, PUES ES ESCRITURA DELINEADA A LA USANZA DE LOS INDIOS EN LA MANTÁ

DE UNO DE ELLOS.” Y ya en pleno delirio, este pequeño evangelista Valladolid, imaginando un diálogo entre la Virgen y Zumárraga, la hace decir: “los indios han de ser el adorno y atavío de tus vestidos, ellos los que te has de rodear al cuello como palio y capa de tu primado, los que han de ser tu lustre, tu adorno, tu lucimiento...” Y lo remacha: “La Virgen buscó a Zumárraga en su obispado pintada en la manta de un indio; en esto se ve que los prelados deben buscar, amar y estimar a los naturales pobres y despreciados de su obispado.” ¡Qué magnífico compromiso para la mitra archiepiscopal de México!

Hablando ya Florencia, en el Prólogo, dirigiéndose al lector, le explica que siente obligación (hay que hacer notar esta obligación que han sentido imperiosamente estos señores del siglo xvii) de escribir nuevamente para “completar” las anteriores historias y que lo hace “por afecto a TU Santa Imagen y por afecto a México, TU PATRIA”. Pero también hay otro motivo para que Florencia ponga en ristre su pluma: un sermón predicado en Madrid en 1681 sobre la Virgen de Guadalupe en un devoto sarao en casa de los marqueses de Mancera, en el cual el predicador dijo, picado por la exaltación mexicana, que si bien México había dado la manta para el portento, España había dado las rosas.

El criollo Florencia se molesta y no concediéndole a España intervención alguna, recuerda que hubo rosas mexicanas, por la una parte, y por la otra, que Guadalupe se pintó con variedad de flores. “Quien habla con sinceridad —dice—, no quite a México la gloria de ser suya, como aparecida en sus casas arzobispaes, como aparecida en una manta suya, con los colores que dieron las rosas de su país, que son suyas. . .” Y concluye en plan de desafío: “NO DEBE QUITARNOS MADRID LO QUE EL CIELO DIÓ A MÉXICO.”

Nociones míticas se le ocurren después al recordar que México, la ciudad, nació con el nombre de la luna, *metzli*, *Metzico*, “donde se apareció la luna” para relacionarlas con

la Virgen sobre una luna, resultando que "México TUVO EL SER DE SU VIDA CRISTIANA CUANDO SE LE APARECIÓ MARÍA, que domina sobre el lago en que está fundada como la luna sobre el mar". Y volvemos, como en Sánchez, a la obra divina en México, que tiene su ser en lo supraterráneo universal y no en lo histórico y temporal de la obra española.

Ahora, a nosotros, todas estas cosas no nos parecen tan importantes y vemos con indiferencia estas inmersiones en teologías y filosofías que no son nuestras, mas para entonces, para los escolásticos criollos del siglo XVII, era definitivo el unir o desunir las realidades humanas al vínculo cristiano, pues sólo eso les daba su validez y su legitimidad históricas.

Es Florencia, por otra parte, el primero que encuentra y adapta la famosa cita bíblica atribuída falsamente a Benedicto XIV del *Non fecit taliter omni nationi*, pues hasta la ordenó reproducir en las estampas que grabó de la guadalupana, que tanto éxito tendría posteriormente y que se convertiría en la divisa de la leyenda guadalupana. Otro punto toca Florencia que ya dolía desde entonces: el silencio de los cronistas e historiadores españoles, pues el único que habla de Guadalupe como milagro es el criollo Juan Suárez de Peralta, y eso de paso y por casualidad. Trata de disculparlos con razones tan infantiles como las de los actuales aparicionistas, para concluir con que "la tradición es apoyo tan grande que no ha menester más pruebas", y se acoge a las *Informaciones* de 1666 dándoles un valor histórico definitivo que no pueden tener, para rehacer a sus anchas una biografía legendaria y piadosa de Juan Diego, con tan bellas íntimas virtudes y excelencias tales, que los devotos lectores deben haberse quedado compelidos a imitarle.

El agua del Pocito (elemento mágico indispensable en los grandes milagros) tiene su acuciosa historia, así como los primeros favores concedidos por la Virgen, descritas para "el fervor" de los lectores. No falta la promesa, en el cielo, a los tres Juanes "para ver el original peregrino de

que habían visto juntos sacada en esta tierra la peregrina copia que dejaban a México venida de los cielos". Describe cariñosamente a la imagen: "Y aunque el bulto sagrado en el todo de él es admirable y mucho más su bellissimo rostro, hermoso con tan rara modestia, modesto con tan indecible apacibilidad, apacible con una gravedad tan majestuosa que pone admiración, que causa respetos, que llena de consuelos, de esperanzas, de alegrías y de amor a los que la miran y parece que se arranca el alma y abalanza el corazón a mirarla y remirla y a quererla con mil ternuras. . ."

Explica la impresión en la tilma de una manera popular y poética, al alcance de todo el mundo; para él la Virgen se pintó con el zumo de las flores recogidas por Juan Diego, y ve en la policromía de la imagen el blanco y el rojo de las rosas, el azul de los lirios y campánulas, el morado de las violetas, el dorado de la retama, etc.

Con todo esto, los lectores de Florencia, "prontos siempre a las demostraciones de afecto", como dice él mismo, vieron cumplidos los elementos de las leyendas milagrosas europeas que sólo conocían de oídas; y no sólo contenidos estos elementos, sino superados, en la mexicana aparición del Tepeyac. ¿Para qué, entonces, volver los ojos a Europa si aquí tenían lo que la Virgen no hizo en otra nación alguna?

Se comprende el éxito de Florencia y su aceptación inmediata. Llegó a la sensibilidad, aun a la más rudimentaria del pueblo y completó la visión del gran mito mexicano de Guadalupe.

Hasta los títulos mismos de los libros de estos primeros evangelistas tienen su sentido subconsciente de enorme interés. El primero es, sencillamente, *Imagen*, tan de acuerdo con la fecunda imaginación teológica y poética de Sánchez y como una primera presentación de la Virgen; el segundo es *El Gran Acontecimiento*, dando la nota enfática; el tercero es ya la *Felicidad de México* comprobada científicamente y el cuarto es la *Estrella del Norte de México*, es

decir, la fijación celeste, norte y guía, dominando *urbi et orbi*, a la ciudad y al mundo. . .

Un admirador de Miguel Sánchez, el canónigo don Francisco de Siles, escribió a Roma en 1663 pidiendo a la Santidad de Alejandro VII concediese que los días doce de diciembre fuesen fiestas de guardar y que hubiese oficio y misa propios de Nuestra Señora de Guadalupe. Envió al Pontífice “una narración histórica y otros recados”, es decir, una copia del libro de Sánchez y representaciones de los Cabildos, de la Universidad y de las Órdenes religiosas. Contestó la Curia Romana que: “por no ir testificados en forma y manera como lo exige en tales casos la Congregación de Ritos, le parecía que lo más que por ahora se podía esperar era un Rescripto Remisorial que contendría las preguntas por cuyo tenor se examinarían los testigos del milagro”. Como tardaban tanto las preguntas de Roma, Siles formuló un *Interrogatorio* para “que por el tenor de las preguntas se examinaran los testigos” y lo presentó al Cabildo Metropolitano el once de diciembre de 1665, el cual, reunido en la Sala Capitular de la Catedral, acordó nombrar como jueces al deán don Juan de Poblete, al chantre don Juan de la Cámara, al tesorero don Juan de la Barrera y al provisor don Nicolás del Puerto, personajes que al padre Cuevas le parecen “sabios y fidedignos”, pero de los cuales, en realidad, bien poco sabemos. Del Puerto fué electo obispo de Oaxaca sin pena y sin gloria y Poblete no es muy recomendable, pues fué de los acérrimos propagadores del “milagro” que su hermana María efectuaba con los “panecitos de Santa Teresa”, asunto del cual ya se burló con justicia don Luis González Obregón en su *México Viejo*.

De este interrogatorio nacieron las *Informaciones* de 1666, en las que fueron preguntados ocho indios ancianos de Cuauhtitlán, analfabetos casi todos y doce, entre criollos y españoles, residentes en la ciudad de México.

Para el interrogatorio en Cuauhtitlán fué comisionado el doctor Antonio de Gama, el cual encontró a los ancianos con gran rapidez, pues pudo cumplir su cometido de los días 7 a 22 de enero de 1666. "La pregunta que sobre el punto capital les fué hecha sugiere la respuesta porque contiene la relación suscita del prodigio", nota certeramente don Primo Feliciano Velázquez. En efecto, hay que imaginar a los ocho octogenarios oyendo al imponente don Antonio de Gama preguntar: "Si saben así de vista, de oídas, o cierta ciencia, como a los doce del mes de diciembre del año pasado de 1531, siendo prelado de este arzobispado el Ilmo. Sr. D. fray Juan de Zumárraga, de buena memoria, llegó a su casa y palacio arzobispal Juan Diego, indio natural y vecino que en aquella ocasión era del pueblo de Cuauhtitlán y hizo avisar a su Ilma. que quería hablarle de parte de la Señora, de quien antes le había traído otros recados, y habiendo entrado a su presencia, dijo que la Señora le había mandado dijese a Su Ilma. que para que diese crédito a dichos recados, tomase aquellas flores que traía envueltas en la tilma que tenía puesta y al descogerlas, queriéndolas reconocer, halló y vido dicho señor arzobispo estampada la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, del altor, cuerpo, tamaño y hermosura que hasta el día de hoy ha tenido y que yendo descogiendo dicha tilma se fueron cayendo por el suelo y sitio de su Ilma. mucha cantidad de hermosísimas flores de varios y singulares olores y colores y entre ellas muchas rosas de Alejandría, que comúnmente llaman de Castilla, de que quedó maravillado con el demás resto de su familia que a lo referido concurrió..." o la pregunta en la que se refiere a la tilma, diciendo que es "un género de lienzo de la tierra tan burdo y basto que por ninguna manera, ni por diligencia humana, es capaz de admitir ni recibir en sí la imprima-ción y aparejo de que los artífices en el arte del pincel se valen para poder pintar cualquier imagen y pensamiento..." y así las otras nueve preguntas. Pero ¿sabían los indios

octogenarios lo que es aparejo? En la Comisión se pide “se saquen escritos y escrituras y otros despachos y recados que condujeran a dicha aparición”.

Como no es posible aquí hacer un análisis detallado del famoso *Interrogatorio* y lo que me interesa es destacar lo que influyó en la conciencia criolla (en los extractos que imprimió el padre Florencia, pues los originales se perdieron unos, en el Vaticano, otros en los archivos de la Catedral de México, hasta que fueron encontrados estos últimos en el siglo XIX y publicados por el obispo Vera), anoto los caracteres generales del documento y las noticias nuevas que, respecto de los libros impresos, dieron a la historia. Recuerdo sólo que, el valor que se les dió antes a las *Informaciones* no es el mismo que le podemos dar ahora. La pura tradición oral no es válida sin documentos que la corroboren. La escuela psicológica moderna toma la tradición oral, más que como un “documento” histórico, como “un análisis del desarrollo psicológico histórico y para encontrar cuáles son los deseos, los temores, las esperanzas de las comunidades en que existe”, dice H. Bernard, y estas *Informaciones* son un espléndido ejemplo de ello. Por otra parte los informantes no deben ser ni muy jóvenes ni muy viejos y sus respuestas deben ser personales, es decir, variadas dentro del mismo tema, pues la uniformidad es absolutamente sospechosa. Pero, repito, lo interesante es lo que sirvieron como fuente guadalupana. Los ocho ancianos de Cuauhtitlán, afirmaron que algún pariente, cercano o contemporáneo de las apariciones se los había contado todo y había conocido a Juan Diego. De estas *Informaciones* y sólo de ellas, sale la imagen histórica de Juan Diego, hasta ciertos caracteres íntimos, como su castidad después del bautizo y otras virtudes que crearon al personaje. Lo demás estaba ya impreso en Miguel Sánchez. Los habitantes de México leyeron los extractos de Florencia, los predicadores los aprovecharon hasta el cansancio, y todos quedaron conformes con lo que los veinte ancianos juraron

del milagro. Con esto se olvidó el silencio o la negación del siglo xvi y el *Interrogatorio* fué el “documento” por excelencia del guadalupanismo mexicano.

Los indígenas fueron los más explícitos. Don Marcos Pacheco de más de 80 años, hijo de un español y de una india, supo del prodigio por su tía María Pacheco, hermana de su padre y, por ende, también española, la cual, siendo Marcos “mocetón”, es decir, a principios del siglo xvii, a él y a sus hermanos los llamaba “en muchas y diversas ocasiones a primera noche y les daba algunos documentos y les decía que Dios los hiciera como a Juan Diego”, y también que había conocido personalmente al indio mensajero y a su mujer María Lucía y a su tío Juan Bernardino “porque a todos los trataba por parientes de la suegra de la dicha su tía”, y que asistió a la translación de la Imagen. Resulta que María Pacheco tuvo que llegar a México poco después de la Conquista, pues María Lucía, según una leyenda murió en 1529, y había nacido a principios del siglo xvi, lo cual le da una edad de más de 100 años cuando hablaba con Marcos, cosa que va en contradicción con lo afirmado por el mismo Marcos de que murió “de 70 u 80 años”. En cuanto a los “documentos” que les daba en las noches a los muchachos, dijo Marcos que “constará de papeles especiales”, pero no aparecieron por ninguna parte. Debe haberle impresionado aquello de que mostrasen escritos del milagro y no tuvo empacho en decir eso, tan extraño, de que les daba “documentos”. Gabriel Juárez “no supo decir su edad”, pero le adjudicaron 110 años “porque dice se acuerda haber visto de primer virrey a Don Luis de Velasco y declara que era tuerto de un ojo y que lo vido gobernar y que pasó al Perú por virrey en cuya ocasión tendría como nueve años”. . . . , es decir, que nació hacia 1586, pues en 1599 don Luis Velasco el II, en su primer gobierno, pasó al Perú. Y no hay lugar a duda, pues Velasco I ni fué al Perú ni fué tuerto, mas el doctor Gama, ignorando o fingiendo, juntó

la infancia de Gabriel Juárez con el primer Velasco y le dió más de 110 años, y un moderno Gama, don Primo Feliciano Velázquez, se ingenia en dotarlo de 119 años. . . Da noticias sobre la primera ermita de adobes y de que Juan Diego “era un indio buen cristiano, temeroso de Dios y de su conciencia. . . que era un varón santo y que le llamaban el Peregrino porque siempre lo veían andar solo y solo se iba a la doctrina de la iglesia de Tlaltelolco y después que se le apareció al dicho Juan Diego la Virgen de Guadalupe, dejó su pueblo, casas y tierras y se fué a vivir a una casita que se le hizo pegada a la ermita. . .” etc., etc. Y no hay que olvidar que Becerra Tanco advirtió que “a todo lo demás que dijeren los naturales el día de hoy, aunque sean muy ancianos, acerca de sus antigüedades, no debe darse crédito, por haber faltado las personas de suposición que había entre ellos y porque lo que hoy afirman los indios de su antigüedad es con muchos errores y confuso. . .” Y así los demás. Los criollos y españoles, sin añadir novedad alguna a lo dicho por Sánchez y Lasso, juraron que “de personas de autoridad” habían oído decir siempre. . . lo que les preguntaba el *Interrogatorio*. Hubo uno, fray Juan de Herrera, que “se remite a los autos que en razón de dicha aparición se hubiesen procesado”, ignorando que no había tales autos y con reticencias declaró que “se debe entender y presumir piadosamente” que Juan Diego sería buen cristiano. Vea despacio el lector las *Informaciones* y forme su propio juicio. Don Joaquín García Icazbalceta se pone nervioso ante este documento: “No me haría fuerza el caso si solamente tratara de los testigos indios, porque siempre han sido propensos a las narraciones maravillosas y no muy acreditados por su veracidad, pero cuando veo que sacerdotes graves y caballeros ilustres afirman la misma falsedad, no puedo menos de confundirme considerando hasta dónde puede llegar el contagio moral y el extravío del sentimiento religioso. No cabe decir que estos testigos se acercaban a ciencia cierta con un perjurio,

pero es visto que afirmaban bajo juramento lo que no era verdad. Es un fenómeno bastante común en los ancianos, y lo he observado muchas veces, llegar a persuadirse de que es cierto lo que han imaginado. Se juzgará, sin duda, absurdo y atrevido desechar así un instrumento jurídico, pero el hecho es que la demostración histórica no admite réplica y que las afirmaciones de veinte testigos de oídas, por calificadas que sean, no pesan más que la terrible *Información* de 1556 y el mudo pero unánime y desapasionado testimonio de tantos escritores y no menos autorizados que aquellos testigos y que llevan a su frente al Ilustrísimo Zumárraga". Mas olvidó Icazbalceta que ellos decían "su verdad" y no vió que lo importante es el caudal de afirmaciones que harían fuerte el apogeo del guadalupanismo que llegaría a su triunfo con la oratoria sagrada, que comienza en esa época y sigue una brillante curva de ascenso hasta el siglo XIX.

Mas no sólo los libros históricos, los informes y los sermones hacían su labor religiosa y patriótica mexicana, sino la Poesía. Se ha visto ya la anterior a Miguel Sánchez; después tuvo un auge excepcional. Don Luis Sandoval Zapata "caballero de la más calificada nobleza de México, excelente filósofo, teólogo, histórico y político", según decía de él el padre Florencia, escribió un soneto "a la transustanciación admirable de las rosas en la peregrina Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe", en cuyo título se ve al teólogo recordando el milagro de la Eucaristía.

El Astro de los Pájaros expira,
aquella alada eternidad del viento
y entre la exhalación del movimiento
víctima arde olorosa de la pira.

En grande hoy metamórfosis se admira
mortaja, a cada flor más lucimiento:
vive en el lienzo racional abierto
el ámbar vegetal que respira.

Retratan a María sus colores;
corre, cuando la luz del sol las hierre,
de aquestas sombras envidioso el día.

Más dichosas que el Fénix morís, flores:
que él, para nacer pluma, polvo muere,
pero vosotras, para ser María.

José de López y Avilés con su “rústica vena y bronca pluma”, según dice él mismo, escribió un poema o “Laudatoria a la Calzada de Guadalupe”, en 1676, que por desgracia no conocemos, pero en el cual exalta “sus obsequios a María gloriosa, en su imagen de flores milagrosas”. Años antes, en 1652 don Ambrosio de Solís Aguirre, “con robusta elegancia y desnuda grandeza” como dice don Alfonso Méndez Plancarte, escribe las “bellas digresiones” sobre la “Criolla Mexicana” en su *Altar de Nuestra Señora la Antigua*:

Es Guadalupe un sitio que al Oriente
una legua distante del poblado,
tiene un cerro que a muchos hace frente,
más que galán, soberbio y arriscado;
mana a sus pies una pequeña fuente,
cortos caudales y cristal menguado,
quizá porque su heroica pesadumbre
tiene donde mirase a mejor lumbre.

Mas ¿qué mucho, si goza resplandores
de quien el sol apenas es un rayo;
si sabe producir tan nuevas flores
que no produce ni conoce el Mayo?

Duplicando María los Tabores,
en éste quiere hacer primer ensayo
de lo que estima hacerse nuestra hermana,
naciendo en él Criolla Mexicana.

Caminaba Juan Diego a la doctrina
que en Tlaltelolco entonces se enseñaba,

y entre muchas oyó una voz divina,
 que por su propio nombre lo llamaba:
 los retiros al cerro le examina
 confuso, y aún pensando que se engaña,
 cuando descubre, en su mayor altura,
 el Prodigio mayor de la Hermosura...

Bien se ve que no es sino la adaptación en verso, en magnífico verso, del libro de Sánchez, hasta en lo de "examinar" o "acechar los retiros" del cerro y "tantear" o "descubrir" su altura.

¡Oh prodigio que al Cielo se levanta
 con nombre del mayor de los mayores!
 mándale que en su limpia y pobre manta
 recoja del peñasco varias flores;
 el tiempo, que era invierno, al indio espanta,
 el lugar no acostumbra estos primores,
 pues cuando mucho, espinas y jarales
 producen sus helados pedernales.

Sube a buscarlas y a uno y otro lado
 la vista vuelve apenas cuidadosa,
 cuando del Paraíso trasladado,
 mira un cuartel de primavera hermosa,
 corta las flores, tráelas al Prelado,
 dícele que son señas de la Rosa
 que halló entre las espinas por su suerte;
 suelta los nudos y las flores vierte...

El célebre don Carlos de Sigüenza y Góngora se inicia en las letras con su canto a Guadalupe que titula *Primavera Indiana*, hecho en su noviciado de Tepozotlán y publicado, al parecer, en 1662, en donde en gongorinos versos canta el milagro y lo describe minuciosamente, así como después, en 1680, en su *Canción* del libro *Glorias de Querétaro*. Mucho jugo habría que extraer de Sigüenza como poeta, pero en cuanto a lo guadalupano no hay nada nuevo u original que deba destacarse. Como Sánchez, ve los colores de las flores puestos en la Imagen:

la púrpura, el clavel y los candores
 la azucena y el jazmín no retrujeron
 lo azul del lirio y para más decoro
 desprendió Clicie sus madejas de oro...

Más importante resulta el jesuíta madrileño Francisco de Castro con su poema *Octava Maravilla y sin Segundo Milagro de México perpetuado en las Rosas de Guadalupe*, escrito en 1680 pero publicado hasta 1729, aun cuando tan bien conocido como manuscrito, que Sor Juana le dedicó aquel soneto, único poema en que alude a la Virgen de Guadalupe, y que comienza:

La compuesta de flores maravilla,
 Divina Protectora Americana,
 que a ser se pasa Rosa Mexicana
 apareciendo Rosa de Castilla...

El editor de Castro junta otro poema sobre los sufrimientos de Cristo, dedicado al Niño Dios, lo cual le hace decir: "mucho me parece que hacen la Gruta de Belén y las quiebras del Cerro del Tepeyac y adecuada semejanza es, a mi parecer, la del diciembre helado en que María se imprime y aquel en que la palabra de Dios se abrevia; ambos son descensos..." y encuentra también en la estampación guadalupana un "remedo" de la Encarnación.

Castro, en su largo poema, toca muchos puntos interesantes que no es el caso señalar aquí, pero sí uno en el que valoriza, creo que por vez primera, la belleza de la raza indígena, vista por amor a la Virgen de Guadalupe, a quien Castro; en contra de sus contemporáneos en general, que consideran a la Virgen casi siempre como criolla, él la ve mestiza. Dice en una hermosa octava:

De allí el varón, mujer, el grande, el niño,
 sin otro adorno que el de su hermosura,
 ni más que el de su forma, hermoso aliño,
 más pureza a los ojos asegura
 que la de acá fealdad con desaliño;

viendo tanta beldad en carnes pura
y en tanta desnudez tanta decencia,
dije: aquí es el país de la inocencia

y la paz mexicana lo entusiasma:

¡Oh feliz, exclamé, tierra, si hay tierra,
de lauros fértil y erial de guerra...!

“Oh mundo, mundo, mundo, sin tragedia
necio es, el que pudiendo, no te asedia...!

Hablando ya de la Virgen recuerda que se apareció en
el “floricida” mes de diciembre y le dice a España:

Deba en mi estilo y en mi pluma deba
a la virgínea madre aquesta fama
el para todo de la Nueva España:
sepa la Antigua, de raíz, la trama
del lienzo estéril donde tanta lleva
florida copia de Jesé la rama,
que de corteza a flor, milagros tupe
en su Imagen del nuevo Guadalupe...

Nos dice, como Sánchez, que estaba pintada al temple
le Virgen:

persiste en sus colores tan florida
que siendo al temple pasma los pinceles,
cansa pintores y delicia fieles...

y después de describir la Imagen, vuelve al tema de la
permanencia milagrosa y de la incorruptibilidad del lienzo:

tan primavera ahora como entonces,
¡Oh lienzo envidia a los azules bronce!

Y, por último, esta entusiasta octava cuyo final parece
referirse a lo que tanto dijeron los cronistas del siglo xvii
del olvido en que estaba la guadalupana antes del libro de
Sánchez:

La maravilla, digo, continuada,
 que a México envidiar, no ya Castilla,
 mas la parte del Orbe más pintada
 puede; la que ya admirable maravilla
 hoy, como cuando a flores ostentada
 en un diciembre que al abril humilla
 se vió florida maravilla, extraña
 aún en su patria de la Nueva España.

El padre Florencia cita unas *Octavas heroicas en loor de La Santísima Virgen de Guadalupe*, probablemente de 1664. Y de 1667, según Beristáin, es una *Loa* que se recitó en la colocación de la Imagen en su nueva "ermita". (La historia de las "casas" —como decían en la colonia— que ha tenido Nuestra Señora de Guadalupe, es de lo más interesante; desde la "ermitilla" primitiva a la grandiosa Basílica moderna, han pasado generaciones de fe, esperanza, caridad y... política que nos dan todo un índice precioso de lo que ha sido y es este país que se llama México.)

En 1680 el canónigo de Morelia don Bernardo de Ríofrio publicó su *Centonicum virgilianum monumentum mirabilis apparitionis Purissimae Virginis Mariae de Guadalupe*, que habrá que examinar cuando lo traduzcamos.

Felipe Santoyo, en 1690, vuelve a los teologismos de Miguel Sánchez volcados en poesía:

El Mundo se admire;
 el Cielo, las Aves, los Angeles y Hombres
 suspendan los ecos,
 repriman las voces:
 que en la Nueva-España
 de otro Juan se oye
 nuevo Apocalipsis,
 aunque son distintas las revelaciones!...

De América en el desierto
 y en lo escabroso de un Monte,
 Patmos de la Nueva-España,
 otro nuevo Juan se esconde,

Recién plantada la Iglesia,
a sus primeros albores,
vió una visión toda luces
contra Gentílicas noches.

Grande señal en el cielo
de Guadalupe, desgoce
una Concepción en rosas
que al pie los Ídolos pone;
que si el Otro vió al Dragón,
éste de profanos Dioses
la Madre, por quien respuestas
daban engaños Fitones.

La que Juan vió, fué con alas;
Ésta, las mismas compone
para sombra a Mexicanos
por su escudo y sus blasones...

... La visión dice que el purto
con la Luna adorna porque
con las luces de María
no tenga veneraciones:

porque si el Gentil, en viendo
Luna nueva, hace oblacones,
viéndola al pie de María
las víctimas se le borren.

Si la Señal al desierto
voló, presumo que entonces
fué para formar de humildes
los más grandes de su Corte...

Vengan a ver una Zarza
que arde, que brilla, que no se consume,
y toda de flores y rayos corona
los llanos, los montes, los valles, las cumbres!
Corran, corran, corran
y el paso apresuren,
que exhala fragancias,
que arde, que quema, que halaga, que luce!

¿Qué es aquello, Cielos, donde
más en un Cerro descubre

para ser Luz, muchas Rosas,
para Vergel, muchas Luces?

Allí el Horeb Mexicano
de resplandores difunde
sin consumirse una Zarza,
aunque hay llama que la inculque.

Allí, al mirar el prodigio
de la Flor de Guadalupe,
no hay Diciembre que no acabe
ni Abril que flor no tribute

Aquél que a Moisés imita
cándidamente descubre
no sólo en la Zarza el Ángel,
más La que en flores se esculpe.

Descalzo inquiere el Milagro,
que aun él, Templo se construye,
y en tempestades de rosas
golfos navega de luces.

Para una Copia, qué asombro!
hace que a un tiempo se aúnen
en tosco urdimbre sin honras
Flores, Llamas, Astros, Nubes.

Tierra Santa es donde estás,
Juan Diego: a ese Cerro sube;
que no sólo te habla un Ángel,
la Reina es de las Virtudes!

Para tan alta Pintura
el Cielo da sus azules,
la Azucena pone el blanco,
la Rosa su nácar pule.

En vez de Pinceles raros
para que el Sol se dibuje,
la imprimen, Copia celeste,
en Ayate los Querubes.

¡Oh feliz, tosca materia,
que Trono te constituyes!
¡Qué dicha halló quien te viste!
¡Quién habrá que no la emule?

María le dió a Ildefonso
traje de Aarón, y aquí cumple

el desempeño Juan Diego,
 que el ornato restituye,
 Feliz Horeb, feliz María,
 Sinaí feliz, que destruye
 la caliginosa Sierpe
 por la Columna de nube!...

—Pronóstico que publica
 el más florido Milagro,
 que dice que habrá en las Indias
 rosas para todo el año!

—¿Oyes, muchacho? Daca uno de ellos.

—No quiero, si no paga de contado.

—Di ¿Cuánto vale?

—Vale un Tesoro, vale un Milagro!...

—Veráse el signo de Virgen
 en el Cielo Mexicano,
 y de Ariadna la corona
 al natural en retrato.

También en las Cinco Zonas
 cinco espantosos milagros,
 pues tantas Apariciones
 serán cintas de los Astros.

Conjunción de Sol y Luna
 en Guadalupe observando,
 estarán sin Tierra en medio,
 sin oposición entrambos.

Juan Diego, sin conjeturas
 ni gastar en Astrolabios,
 verá la Estrella de Venus
 y en su Tilma hallará el Carro.

A la Cola del Dragón
 Cintia vencerá de espanto,
 y la laguna verá
 el Piscis alborotado.

En la copia de Amaltea
 faltarán Rosas, por cuanto
 aunque fueron instrumento,
 harán un cuerpo rosado.

Con este Retrato, pienso

morirá el signo de Cancro,
pero de León el signo
tendrá un Panal sazonado.

Los efectos naturales
se verán en estos campos:
con muchas Mieses de Fe,
los Gentiles agostados.

Abundancias de salud
promete, pues dominando
estará en Juan Bernardino
Venus de influjos sagrados.

Contra el Maguey y sus puntas
se armará batalla, tanto,
que —saliendo de él la Trama—
cesará el ser enredado.

Veráse en esa calzada,
de buen aspecto y gallardo,
una Señora que pida
que hagan el sitio Templado.

Y a los Doce de Diciembre
sucederá que un Collado
aventaje de Vertumno
y de Chipre los espacios.

En 1697 don Antonio Morales Pastrana publica su *Canción Real Histórica de la milagrosa Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe de México...* Todo es ya “real e histórico” a fines del siglo xvii, siglo-germen de toda mexicanidad.

La oratoria sagrada de los siglos xvii y xviii no ha sido estudiada; hasta al más acucioso erudito le causa tedio el aparato de un sermón y para no leerlos es fácil autoconvencerse de que no sirven para nada. El erudito apologista Conde y Oquendo decía ya desde 1794 “no hay que citar sermones impresos de Guadalupe... son obrillas de poca monta”, y así ha parecido a sus seguidores, pues nadie, que yo sepa, se ha puesto a estudiarlos, error craso que ha depreciado una documentación tan importante.

Olvidamos lo que fué un sermón en los pasados siglos. La autoridad del predicador, reconocida de antemano, era indiscutida. El público, siempre numeroso, bebía los conceptos y pensamientos del orador sagrado y se nutría con ellos; los aceptaba, los comentaba, y no se ocurría contradecirlos. Era la verdad misma la que brotaba de los labios del predicador, a quien las autoridades eclesiásticas y civiles aplaudían y premiaban después costeando o permitiendo la publicación del sermón. Quiénes no lo oyeron lo podían leer y prestar a sus amistades, impresionados por los entusiastas elogios de censores y prologuistas. En un sermón de 1711 de fray Manuel Argüello se dice que se publicaba “para resarcir, por medio de la imprenta, el menoscabo de la ausencia o de la distancia” y un censor declara: “pido que salga al público para que todos lo vean y se agraden y pídolo con el mismo memorial que Góngora pedía para su *Tisbe*:

Digno sujeto será
de las orejas del vulgo...”

De un sermón del jesuíta Lazcano decía, con toda su autoridad, Eguiara y Eguren: “Atrae a Jesús y a María a sus oyentes, a sus lectores, a los eruditos, a los ignorantes, y a todos los que logran la fortuna de su conversación y enseñanza, o por la voz viva o por la pluma.” Y en algún otro se encuentra este elogio del predicador: “mostró haber nacido orador, pronunciando en movimientos y acciones naturales lo que articulaba la lengua, a fuerza de porfía y enseñanza hasta hacer inteligibles, con la mutación del semblante, los afectos más interiores, que no tienen otro lenguaje para explicarse que el ímpetu de la pasión que los mueve”.

En un sermón de 1761 dice el prologuista: “Vemos que el orador domina en el pueblo, que arrastra tras de sí a las gentes, que mientras habla las tiene pendientes de su boca, que en pasos tiernos llega hasta a exprimirles las lá-

grimas; en asuntos demostrativos los aficiona a los santos, en los morales hace que muchos de su auditorio formen resoluciones de reglar más cristianamente su conducta; esto, digo, es un público testimonio de que el orador es perfecto, que posee el secreto de persuadir, que, en una palabra, penetra a las almas de aquellos que no se las abren a sí mismos”.

Una sociedad que no leía sino libros de devoción y vidas de santos y una que otra novela no fácil de conseguir y a veces a hurtadillas, acogía los sermones como novedad y los leía y comentaba; servían como modelos para predicadores incipientes y curas de pueblo; se leían en refectorios y tertulias y corrían hasta España y Filipinas. Varios de ellos llevan notas históricas para apoyar sus afirmaciones y hasta un ambiente polémico, en afán de superación, se establece en muchos al pretender los oradores decir y proponer asuntos cada vez más originales. De aquí que lo oído o leído en un sermón no fuese palabra perdida, sino bien aprovechada; doctrina segura y veraz para los creyentes, que lo eran todos.

El estudio de la oratoria guadalupana nos puede dar muchas luces sobre los pensamientos que se expresaban en el púlpito y se leían después en casa, de los cuales analizo los principales entre los que pude conocer.

El primero en el tiempo es el de don José Vidal de Figueroa, de 1660, con el impresionante título de: *Teórica de la prodigiosa Imagen de la Virgen de Guadalupe en un Discurso Teológico...* La semilla de Sánchez comenzaba a dar sus frutos. Como andaba tierno el asunto guadalupano en las letras, le parece necesario al autor hacer una “prevención al lector” recordando que San Bernardo reprendió una vez a los canónigos de León por celebrar una nueva fiesta de la Virgen sin consultar al papado, pero salva la situación diciendo que Inocencio X, el rudo pontífice de Bernini y de Velázquez, “tenía en su cámara apostólica una copia de este milagro”, noticia de la cual hay que investi-

gar su certidumbre, y añade que “hoy vemos medallas romanas” por lo que, valiéndose de su “ingenuidad” y de que el mismo San Bernardo perdonó a los canónigos por ver que esa devoción era de corazones sencillos y de afectos sin malicia, acomete su empresa del *Discurso Teológico*. La última fiesta —dice— “que anda hoy más válida” es la de la Limpia Concepción, y se propone celebrarla con la Virgen de Guadalupe, tal como Sánchez había aprovechado la exégesis agustiniana del Apocalipsis. Anuncia que no quiere distraer al auditorio con paradojas (¿acaso habían abusado de ellas sus predecesores en el púlpito?) “sino encender la devoción con razones.”

“Idea es una imagen que pinta el artífice de la obra, primero en su entendimiento que en la tabla. . . Dios pintó a la Virgen en su entendimiento primero que la criase y esa Imagen aparecida [la guadalupana] es copia de la que pensó Dios cuando la eligió para su madre.” Los pasos son claros: Idea en la mente divina; creación en el vientre de Santa Ana; copia o retrato en Guadalupe. “Cotejar las líneas de aquel pincel con los decretos de Dios es el afán de mi oración”. Si el padrino de Sánchez fué San Juan, el de Figueroa es San Pablo, del cual toma, no sin petulancia, los versículos 8 a 10 del capítulo 3 a los Efesios: “A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, es dada esta gracia de anunciar entre los Gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo, y de aclarar a todos cuál sea la dispensación del misterio escondido desde los siglos de Dios, que creó todas las cosas. Para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora notificada por la iglesia a los principados y potestados en los cielos”.

El nuevo Pablo americano comienza: “Aparecióse a un indio este RETRATO DE LA IDEA DE DIOS [subyariado por él] para que los indios fuesen convertidos a la fe, para probar que eran racionales y desvanecer los malos informes”. Nos descubre una curiosa duda que había en su tiempo consistente en este “bizarro” argumento: “¿qué importa que

digán los menos afectos a las cosas de las Indias que conversión donde no se derramó sangre de mártires no puede tener consistencia?” ¿Acaso hubo sangre en vida de Cristo?, responde Figueroa, y si Cristo se presentó a sus discípulos en Emaus *apareciendo*, en México fué su Madre la que se apareció para corroborar la obra redentora a pesar de la falta de sangre. (Si bien pudo recordar Figueroa el martirio de los niños tlaxcaltecas; el de San Felipe de Jesús y sus compañeros y los de jesuítas y agustinos de Oriente.)

Después, la relación bíblica se establece. Dice David: “Jehová reinó, regocíjese la tierra; alégrense sus muchas islas; nube y oscuridad alderredor de él; justicia y juicio son el asiento de su trono”. San Jerónimo interpretó este pasaje con referencia a Egipto, mas Figueroa disiente y ve que es clara la alusión a América: “las señas son de América; alégrense un mundo que se compone de tierra firme y muchas islas, pues reina en él Cristo cercado en trono de una nube”. ¿Pero de dónde saca que esté Cristo en la nube de que habla David? Pues por su Madre, la Virgen de Guadalupe, ya que está vestida de sol y rodeada de una nube y “lo más fácil que se me ofrece es que el sol sea Cristo, Dios-Rey adorado en las Indias”, y juntando a Isaías, que dice en el capítulo 19 que Dios, representado como una nube, destruyó ídolos, así Cristo-Sol-Guadalupe-nube destruyó a Tonantzin y a los demás ídolos. Pasa después a satisfacer dudas respecto de la Imagen guadalupana: ¿porqué no tiene niño en sus brazos y se presenta “con señas más aínas de estéril que con bendiciones de fecunda”? Porque Guadalupe es “un retrato del ejemplar de María en la eternidad para Madre de su Hijo y entonces traía en los brazos, no al Verbo hecho hombre, sino al Hijo de Dios transformado en luz, que es la que le ilumina las manos”. Así que la Virgen de Guadalupe es la “idea” de Dios, conforme se dijo arriba, antes de nacer corporalmente, cuando “en la eternidad” llevaba al Hijo como luz y no como car-

ne, y por eso tiene esos toques de luz en las manos. No explica de dónde saca tan peregrinas conclusiones, pero esto le da pie para investigar eso de la luz. Según algunos santos padres la creación de la luz fué el primer día y la del sol el cuarto ¿cómo podemos entender esto? Pues muy sencillo: los tres primeros días hubo una luz “difusa, vaga y sutil”; estos tres días recuerdan a la Trinidad como personas, más al juntarse la luz, ya brillante y clara en el Sol, se alude sólo a la Segunda Persona en su humana Encarnación y he aquí la previsión providencial que tiene la Virgen de Guadalupe, previsión que arranca del propio Génesis: “Aparece María en México —dice Figueroa— sin el niño en los brazos, sino rodeada de luz, porque lo estupendo del milagro es lo antiguo del misterio, pues trae desde la eternidad el origen, cuando el Hijo era luz y no era hombre, que esto fué mucho después”. En América, en México, pues, se renueva el origen del mundo. Existió una vez la luz, acabada de crear, en el principio de los tiempos; la Virgen de Guadalupe se presenta como madre del Hijo-Luz, no del Hijo-Hombre y parece que, místicamente, vuelve a oírse el *fiat lux* en este mundo nuevo, no por su novedad geográfica o histórica, sino teológica. . .

Por otra parte le salen el querubín y la tilma. El salmo 17 dice: “conocí que era Dios porque le vi sobre un querubín”, pero aquí no es Dios, sino una persona humana, por más que sea la Virgen; es que allá, en el Viejo Mundo, Dios tuvo por trono y escabel un ángel; aquí, en el Nuevo, fué su Madre quien se posó sobre el ángel y “este fué el misterio que se reveló a la Iglesia de México”. En cuanto a la tilma “¿porqué no creó Dios —se pregunta con deliciosa ingenuidad— una toalla milagrosa como las flores?” Porque si en una ocasión los judíos cubrieron con sus mantas a los ídolos, según el capítulo 16 de Ezequiel, “aquí Cristo, por despicarse de esta insolencia judaica, cogió la manta de un indio y, si la manta judía fué sambenito de

idolatría, sea la mexicana el estandarte que Dios enarboló en este Reino para convertir a los indios”.

Dos últimos puntos toca el predicador: ¿por qué no se autopintó mejor el propio Cristo, según murmuraban los incrédulos del siglo xvii? Porque para la “predestinación” de María, asunto sobre el cual no hay —según dice— autoridades que lo fundamenten, eran necesarios milagros, ¿qué mejor que este único milagro del Tepeyac para probar la Inmaculada Concepción de María predestinada como tal en la mente de Dios desde siempre? El otro punto, el discutido punto sobre la aceptación plena de los indios en el seno de la Iglesia en cuanto a ciertos sacramentos, le hacen exclamar este hermoso párrafo digno de los labios de Las Casas: “Venid acá, ministros de mi Evangelio en las Indias —le hace decir a Dios— que todo lo que afectáis de celo de mi honor estrecháis los fueros de mi redención, pues queréis repartir a gotas mi sangre cuando yo la derramé a raudales; decir que los indios son bárbaros e incapaces, yo digo que, con ser infinitamente sabio, me hace gusto el traje y forma de los indios para que no los extrañen de la Iglesia por incapaces de su ley y Sacramentos.”

En 1671 publicó el jesuíta Juan de San Miguel un *Sermón* en la Catedral, que por desgracia no he podido consultar, para celebrar la dedicación de una capilla a la Virgen de Guadalupe. Muy oportunamente el Cabildo se acordó que sólo había estado la Imagen de paso en 1629 y le perpetuó un culto que antes no se había ocurrido en nuestro templo máximo.

En 1672 le tocó el turno al franciscano Juan de Mendoza quien predicó en San Francisco el sermón del 12 de diciembre. Uno de los censores fué el jesuíta Juan de San Miguel, quien no deja de observar que “el original se apareció en el cielo a un Juan Evangelista; en la tierra a un Juan Neófito y la trasuntó en su estudio un Juan Seráfí-

co...” Como se ve, la magia de los juanes prosigue. El canónigo Hoyos, otro censor, dice que “los nacidos en esta tierra agradecen al autor nos dé trasuntada a esta Soberana Criolla para gloria suya y aplauso de todos”. Comienza Mendoza con la siguiente proposición: “la Virgen de Guadalupe es traslado tan del Cielo que del Cielo debía tener su original, y aunque esto no es de fe, bien puede la devoción dar fe de que este traslado es del Cielo y de que concuerda con el Original del Cielo.” Reconoce que la creencia en las apariciones no es de fe, pero que la devoción puede darle esa fe... como en efecto sucede. “El Cielo —prosigue— dibujó en su lienzo una idea misteriosa de donde se copiase esta Imagen Santísima” y los ángeles “andaban pavoridos porque había de correr por cuenta suya la aplicación de los colores y el manejo de los pinceles” y que “oficiales fueron los ángeles en el meter los colores y el subir de punto los relieves, pero la mano de Dios fué quien principalmenete hizo esta obra”. Y exclama en un arrebató: “¡Oh Imagen Santa, toda eres prodigios, toda asombros, toda un esfuerzo del poderío de Dios y toda fábrica de su mano... los cielos destilaron dulzuras y llovieron mieles al tiempo y cuando la mano de Dios estuvo fabricando a esta Señora, el *me fecit* de la mano de Dios, que es esta Virgen de Guadalupe!”

No es casual que años después se pintaran lienzos como el espléndido y monumental de San Juan Tilapa, en el Estado de México, en el que el Padre Eterno y el Hijo sostienen el ayate mientras el Espíritu Santo, figurado como un sacerdote en gran ceremonia, con capa pluvial, sentado en un sillón y tiento en mano pinta a la guadalupana tomando su pincel los colores que en rebosantes vasijas le presentan los ángeles. O en otra pintura, posterior, en que el propio Padre Eterno pinta a la Virgen, pendiendo el ayate del cuello del Hijo, convertido momentáneamente en un Juan Diego divino, mientras el Espíritu Santo, como paloma, aprueba la escena.

Cuando habla de los niños inocentes sacrificados por Herodes, verdaderos protomártires del cristianismo, y de los cuales dice San Agustín que fueron “flores de martirio” y el padre Mendoza, en bella y retórica frase: “o daban la sangre en leche o daban leche por sangre” y explica que “los colores, los materiales y pinceles que se les vienen a las manos a los ángeles (a los que andaban pavoridos) para el dibujo, son los inocentes que mueren, los cuales son flores hermosas en quienes están los colores más subidos y los pinceles más pulsados. . . con estas flores y con estas rosas pincelaban la idea y efigiaban el original de la Imagen Sma. de Guadalupe”. La sangre de los Niños Inocentes de Jerusalén, que en lenguaje místico no sólo precede, sino prefiija, la sangre derramada después por el Redentor, es el elemento colorido de la Virgen María; la de los niños inocentes posteriores que mueren es la sustancia que policroma a la Virgen de Guadalupe. A tal pintura divina no bastaban las tierras, sales y aglutinantes de la naturaleza; era necesario un elemento más noble: la sangre. Y hay que imaginar la admirativa sorpresa de sus oyentes ante alegoría tan rebuscada como atrevida, pero, eso sí, efectiva. Entra después a terrenos más objetivos y se pregunta algo que no se había ocurrido antes: “¿Por qué si Guadalupe es la copia terrenal de la que celestial vió San Juan en Patmos, no lleva, como la apocalíptica, las doce estrellas a guisa de corona?” La contestación la encuentra en el abad Ruperto, quien dice: “llegará un tiempo en que los gentiles, convertidos en estrellas flamantes, servirán de corona a María”. La cita no podía ser más oportuna. “¿Qué más —se pregunta feliz Mendoza— que los miles de gentiles indígenas convertidos por Ella, a los cuales bajó a su manto y en mayor número?” He aquí comenzadas a explicar las pequeñas diferencias de la Mujer apocalíptica de Patmos con la Mujer apocalíptica de México. Los atisbos de Miguel Sánchez van a quedar completados con sus entusiastas sucesores. La exageración, forma necesaria de la explicita-

ción convincente de todo milagro, hace decir al predicador, a propósito del día 12 de diciembre: “día tan helado que de su rigor no se libra ni en sus alcobas el río, ni en sus guaridas el arroyo, ni los brutos en sus vivares, ni las ave-cillas en sus nidos”. Bien sabían sus mexicanos oyentes que esto es falso, pero la oratoria barroca cumplía con su cometido tan real como la geografía: recreaba la tradición y la hacía historia. Estas flores son las que administraron la sustancia de la pintura y valen más que las que brotaron de la vara de Aarón. El criollo franciscano aconseja: “cesen admiraciones, callen milagros, a vista de otro mayor y más sagrado prodigio que veneramos en esta santísima Imagen de Guadalupe”, pintada “con nuestras rosas mexicanas”, con “nuestras rosas patriotas”. El que sea mayor y más sagrado prodigio el milagro del Tepeyac que el del Génesis (y más entonces que no tenía aprobación pontificia) suena a herejía, mas a pesar de eso el sermón fué aprobado por el Santo Oficio y es que los censores inquisitoriales, estaban ya tan enamorados de la guadalupana como el predicador.

Es Mendoza, por otra parte, uno de los primeros que indianiza a la Virgen de Guadalupe: “formóse esta Imagen santa de Guadalupe —dice—, a semejanza de los gentiles naturales de esta tierra; dícelo su rostro, que muestra un color apagado, moreno, semejante al que tienen ellos, y púsose asimismo en su traje, vistióse las ropas de su usanza para que viéndola los gentiles formada a su semejanza y vestida en su traje, se enamorasen y convirtiesen”. Triunfo fué su color y su traje, pues el sol, la luna y las estrellas estaban ya en las mentes religiosas de los indígenas preguadalupanos, por lo cual lo novedoso, lo atractivo, lo especial, fué vestirse y representarse como india. “No lo duden —exclama Mendoza— y noten el traje de las mujeres naturales de esta tierra y hallarán que es una cobija que les coge de la cabeza a los pies, algo recogida en el brazo izquierdo; pues miren aquel manto de la Imagen y conocerán que es con propiedad una cobija; adviertan el modo

con que se pone el cabello, que es partido por medio de la frente en dos mitades, preso en cinta alguna, sino suelto en la madeja; pues vuelvan a mirar aquella Imagen y le hallarán el cabello en esta forma; reparen en aquella túnica ceñida que tiene el ángel que está a los pies y verán que es propiamente un cotoncito abotonado como los que usan y visten los niños naturales de esta tierra. . .”

Lejos andamos de los juicios implacables y certeros de los críticos de arte, cuando dice, por ejemplo, la autoridad de un Diego Angulo en su *Historia del Arte Hispano Americano*: “De una gran belleza y con ese recogimiento que suele distinguir a las imágenes todavía medievales, la Virgen de Guadalupe tiene no poco de gótica y en los rastros de ese estilo hacen pensar también el dibujo del brocado de la túnica y los plegados, tanto de ésta como del manto”, aunque es cierto que los dibujos no se pliegan, lo que hace pensar al padre Cuevas que son añadidos posteriores, cosa que va de acuerdo con el probable modelo, o sea la Virgen de Berlín, grabado flamenco de fines del siglo xv, que no tiene los arabescos, si bien hay el antecedente español, anónimo, de una bella pintura del siglo xvi que lleva casi los mismos arabescos o dibujos, publicada en la revista *ABC* de Madrid de agosto de 1951.

Ya se vió que cronistas y poetas consideraron a la Virgen tepeyacense como criolla, salvo Jerónimo de Valladolid que ya atisba lo de la forma de códice con que se figuró, pero a Mendoza le parece evidente que es una india. Se necesitarán tres siglos más para la transacción, cuando el padre Cuevas declare convencido que es “una amable y santa mesticita”. Y termina Mendoza: “¿Qué mucho que los gentiles dejasen sus dioses falsos si miraban en Ella su traje, su usanza, y su ropa? Parece que le decía al gentil: *vide et cognosce*; mira en mí tu ropa, mira tu traje, y si no te avienes a mí por mí, vente a mí siquiera por tu traje y por tu ropa. Digan ya con razón y con verdad los poetas a vista de esta Imagen que las flores son estrellas, que las

estrellas son flores, que nuestra tierra es un cielo de estrellas florecidas. . .”

Varios otros sermones se publicaron durante el siglo xvii pero poco importantes. En 1684 el franciscano fray Lorenzo Benítez, nos asegura que en la zarza ardiendo que vió Moisés en el monte Horeb, “se estaba como ensayando la mano del Señor para sacar en estos tiempos la Imagen de su Madre,” idea que veremos explicitada en el siglo xviii, que empieza con un sermón titulado *El Fénix de las Indias, único por immaculado, floreciendo en una tilma de palma, María en su Concepción Purísima aparecida en Guadalupe, trasuntada en Thamar y aplaudida de Judas Phares y Zaran, con emblemas, empresas o jeroglíficos. . .* cuyo título ya da idea del alambicado barroquismo de sus conceptos.

Principia en esta época una serie de comparaciones bíblicas, siguiendo a Sánchez, o evangélicas, que agotan toda imaginación. Es, en 1701, el “segundo retrato” de la Virgen María, en el Sermón del padre Juan de San José o en *La Maravilla Inmarcesible y milagro continuado (que) iguala permanencias con el Augusto Sacramento, de quien imita la milagrosa presencia en su pintura. . .*, de Juan de Goycochea, comparación que otros seguirían con fervor, como el bachiller Francisco de Fuentes, quien, en su Sermón de la Asunción, de 1707, nos dice que tanto Cristo, como la Virgen “subieron (*Ascención y Asunción*) para bajar, para quedarse acá”, Cristo en el pan y María en la tilma “en cierto modo sacramentada, pues parece a la vista este cuadro un ayate y parece que no es lo que parece, pues debajo de estos accidentes, materia y color, forman en este milagroso cuadro una como singular, admirable semejanza de Cristo en su divino Sacramento”. Y termina Fuentes con que la Virgen de Guadalupe vino a la tierra “de tal modo que gozamos los hombres acá en la tierra el día de hoy como si estuviéramos en el cielo”, tanto que “los ánge-

les le gritan: *revertere*, porque están celosos y no sufren ver otro cielo tan hermoso, tan gloriosamente formado acá en la tierra. . .”

Comienza también una nueva ayuda de la guadalupana más allá de las fronteras mexicanas, como intercesora en las guerras hispánicas. Goycochea, en 1710, predica un sermón en que declara que *La rosa por la rosa María Santísima de Guadalupe sustituida a María Señora del Rosario en el naval triunfo de la Argos China conseguida por su Jasón el general don Fernando de Angulo, de tres fragatas de guerra inglesas en el Mar Pacífico*, y fray Manuel de Argüello, en 1711, predica una *Acción de gracias a María Santísima de Guadalupe (por) las victorias que consiguió personalmente la Majestad del señor D. Felipe V en Vi-ruega y Villaviciosa. . .*

Fray Juan Antonio de Segura predicó en 1719 su *Milagro de la Pintura y Belleza de Milagro*. Vuelve a ser la Virgen de Guadalupe la salvadora de las aguas, pues “es Imagen que por sus privilegios defiende a la Ciudad que patrocina, porque muestra México, antes sujeta a mares de inundaciones, por el favor de esta Imagen se ve libre de sus avenidas”.

Asegura después que “es una Imagen en quien el divino Pintor gastó, no siete años, sino todos los siglos de la eternidad en delinearla y todo el cuidadoso estudio de su Omnipotencia en pulirla”, por lo que resulta la aparición mexicana un milagro “mayor” que el de Patmos a San Juan, pues si allá tuvo las luces de sol, luna y estrellas, “las tenía a la mano”, mientras que aquí “sólo de unas flores sacó colores para retratar estas luces”. Dice el orador que va a hablar de Guadalupe como pintura “aunque digan que me meto a oficio ajeno y que no sé lo que me pinto”, pero en realidad ensarta una serie de confusas comparaciones que ni entonces ni ahora son inteligibles. Dios, “por unas partes que no podían dar hermosura, hizo una perfección milagrosa” y bosqueja a Guadalupe, “para probarla milagro”,

de la siguiente peregrina manera: En Abraham la cabeza “por haberle ofrecido a este patriarca la generación de María en forma de estrellas” (tu generación será tan numerosa como las estrellas); en David el vientre “porque a éste se le prometió el vientre porque había de concebir a Cristo”; en San José la planta “porque fué quien deslumbrando al demonio y al mundo hizo sombra a la planta de María para la Encarnación de Cristo.”

Y con la Historia, “auxiliado” de la Astrología, mete a sus oyentes y lectores en tremendos galimatías: “por los colores que tiene en la cabeza no podía ser hermosa según el arte, pero la coronan estrellas, mostrando que con esos colores es su hermosura del Cielo, porque contra las reglas del arte salió hermosa de milagro”. Lo único claro de esto es una piadosa falsedad: que la guadalupana tuvo estrellas como corona. Por otra parte Dios se presentó a Ezequiel y a San Juan con rostro oscuro, color de jaspe y si el jaspe es variado en su entonación, bien concuerda con Guadalupe, pues “asintiendo a los que dicen que queriendo mirarla con cuidado, muda de colores su rostro”. Leyendo aquí entre líneas se ve que a principios del siglo XVIII se hablaba que la Virgen mudaba de color. Si las cruces temblaban, si los Cristos sudaban o se renovaban ¿por qué la Señora del Tepeyac no iba a hacer algún insólito cambio? Sin embargo, no cuajó este delirio imaginario, pues hasta hoy es la única mención que tenemos.

Más importante es su comparación astrológica. Recuerda que la constelación llamada “El indio” es un hombre con flechas y carcaj que mira hacia la Corona Austral y que pisa o va encima de la Hidra o Serpiente ¿qué quiere decir todo esto? “que era Tepeyac madriguera de dragones, abrigo de serpientes, esto significa el nombre que le daban de *Coatope*, por cuya consonancia le pusieron los españoles *Guadalupe*, pero al aparecer al indio la Corona de Estrellas, que es lo mismo que llenar a Juan Diego la imagen de favores, triunfa de la serpiente el indio y la avasalla con

la planta, repitiendo aquí en hollar la serpiente de la idolatría la victoria que obtuvo la Señora sujetando al dragón de la culpa”.

Sin acordarse más de Abraham, pasa el padre Segura a David, a quien se le prometió el fecundo vientre y “de esta maternidad nació su original pureza y por eso en el retrato de la Señora tiene el cuerpo más latitud de la que pide la simetría; no fuera bella la Imagen con tanto espacio si fuera de mano humana, pero es hermosísima, porque, contra las reglas comunes, es pincelada de mano divina”.

Le parece también que “cuando el Pintor Soberano toma en la mano el tiento le abulta el vientre contra las leyes de la pintura humana” y en cuanto a los pies, uno es de color oscuro, y es el que muestra y otro es claro, o sea el que retira, “con claros y sombras deslumbró al mundo el ser María Madre desposada, ese era el pie que mostraba, pero encubría la maternidad de un Dios, ese era el pie que escondía. . .” [?]

Parece que había los rumores antiaparicionistas, que ya se vieron en Becerra Tanco contra las imperfecciones del lienzo, que el padre Segura salva a lo piadoso anticipándose a Miguel Cabrera.

Fray Miguel de Aroche, en 1731, prosiguió la tesis de la incorruptibilidad de la pintura en su sermón *Flor de la Edad de la milagrosísima Imagen de María Santísima de Guadalupe*, en el cual se admira de que en dos siglos cumplidos la pintura no se hubiese alterado a pesar del salitre y la humedad de la Villa, por ser hecho “a los diestros golpes de un divino pincel” y el censor recuerda que si “otro pincel divino” grabó en un zafiro la imagen de María, que se conserva en Roma, este milagro mexicano es más meritorio, pues huelga decir la diferencia que hay entre la dureza de la piedra y lo deleznable de la manta. Mas el paso más importante de Aroche es la comparación de la permanencia de Guadalupe con la permanencia de la Eucaristía. Sin reticencias proclama lo siguiente: “Ostentar hoy

el Cuerpo de Cristo por muchos siglos su permanencia, es para darle a la permanencia de la milagrosa Imagen de Guadalupe más cuerpo en aquestos siglos". Eso de que la Eucaristía sea para darle al milagro del Tepeyac *más cuerpo*, vuelve a parecer herejía, pero Aroche era Calificador del Santo Oficio. "Comparemos —prosigue—, entre sí estos retratos y los veremos tan parecidos aún en la duración de los tiempos, que ellos mismos nos publican que son sus pinceles de una mano. . . con los mismos colores que nos pintó el Cuerpo de Cristo en el Sacramento le dió tanto cuerpo a este tan milagroso trasunto. . . goce el rey Agabaro el rostro del Redentor; goce Jaen el lienzo de la Verónica; gocen los duques de Saboya el santo Sudario, pero a la Imagen de María aparecida en los páramos de Guadalupe sólo la han de gozar los moradores dichosos de nuestra América." Y aún le parece poco y, forzando las equiparaciones, ve a la Virgen de Guadalupe prefigurada en el Eterno sedente del Apocalipsis según la visión de San Juan, lleno de rayos de sol y un mar de vidrio a sus pies, diciendo: *Ecce facio nova omnia*. "¿No es ésta la imagen de Guadalupe —se pregunta convencido Aroche— que hoy se aplaude? Sí, y a su vista se han de hacer nuevas todas las cosas del Universo". El impulso de Miguel Sánchez seguía triunfante. El pueblo que oyó el sermón y los que después lo leyeron, tuvieron que guardar por mucho tiempo en sus mentes esta unión de milagros, de la Eucaristía o del Dios apocalíptico, con la Virgen del Tepeyac. Y una última frase epilodal quedó temblando en el recinto sagrado de la iglesia: *Super matrem mean miserunt fortem*.

Otro eslabón criollo, de 1738, es la *Imagen Humana y Divina de la Purísima Concepción*, sermón predicado en la Merced por fray Miguel Picazo. Esta "Imagen" es la Virgen de Guadalupe, quien todavía para principios del siglo XVIII era una "Purísima Concepción con el título de Guadalupe", según dice la portada del folleto. Y digo *todavía*, porque ahora se ha olvidado, se ha perdido esta conno-

tación de *concepta sine macula* en la Virgen de Guadalupe (me refiero a la representación plástica exclusivamente) y nadie hoy la confunde con la tradicional figura de las Purísimas que la imaginación barroca, sobre todo la española, ha dado al mundo; pero no así en 1738, en que en un sermón sobre la Virgen de Guadalupe es la "Imagen" de la Purísima y el grabado ornamental que lleva la obrita de Picazo es la tradicional efigie apocalíptica de la Virgen. Ahora no se ocurriría insertar una ilustración de una Purísima en un escrito sobre Guadalupe, porque ya la Virgen del Tepeyac es sola y única, sin antecedentes, borrada ya toda relación con las demás figuras plásticas marianas.

Recuerda Picazo que la Virgen se apareció en un Monte, y urgido, como todos, de encontrar un paralelo bíblico, le viene a la memoria el monte Horeb, como a Benitez, con la escena de la zarza ardiendo. La zarza ardía sin quemarse; desprendía llamas y rayos y permanecía intacta; en medio del fuego surgió una imagen, quien habló a Moisés: "Y apareciósele el ángel de Jehová en una llama de fuego en medio de una zarza: y él miró, que la zarza ardía en fuego, y la zarza no se consumía" (Éxodo, cap. 3, ver. 2). Moisés exclamó: *Videbo visionem hanc magnam* y se cubrió los ojos. Mas el padre Picazo los abre bien y olvidando al Ángel habla solamente de la "imagen", que luce *fulgens clarissima*. "En medio de la zarza —dice—, se descubrió una Imagen peregrina que en realidad no tuvo semejante porque no fué menos que divino el simulacro" y trayendo citas de Filón, de Nueros y del Pinciano, asegura: "la zarza, cuando se vió esta Imagen, se cubrió toda de rosas, así como el monte todo, que brilló como el cristal". Nada de esto dice el Éxodo, pero la fecunda imaginación poética de estos teólogos le va dando al predicador todo el hilo necesario para la madeja de su tesis que resume en este párrafo de singular trascendencia en la formación teológica del guadalupanismo mexicano: "¡Qué sé yo si me engaño en confesar que la Imagen de Moisés es la que adoráis en Gua-

dalupe!, pero son tan unívocas las señas que vivo en el concepto de que adoró Moisés el diseño primero de esta Imagen". Y agrega ante la muchedumbre de fieles que le escuchaban: "Haced allá de monte a monte algún careo, veréis la proporción de uno a otro simulacro". No puede ser más claro. Para el orador mexicano la imagen de la zarza fué Guadalupe, o su "diseño primero", su anuncio, lo que adoró Moisés. Resulta, entonces que ya no fué San Juan el primero que la vió en la revelación de Patmos como poetizaron Sánchez y Florencia, si no mucho antes, el propio Moisés la había visto en el monte Horeb, trasunto bíblico del monte Tepeyac. El cumplimiento total, *material*, no sólo de la imagen apocalíptica, sino de la imagen mosaica, viene a darlo Guadalupe. He aquí el tema, ya dicho en poesía por Felipe Santoyo, en la oratoria sagrada.

Para redondear su tesis, Picazo, apoyándose en otro antiguo teólogo, le surge la pregunta de por qué pudo ser escogida una zarza siendo una planta tan "inadecuada", pues "como allí ostentaba su poder, escogió materia la más débil, en recomendación de su milagro", para llegar con ello a lo "inadecuado" del ayate de Juan Diego, para pintarse. Mas no detiene aquí su entusiasmo fray Miguel y pretende hacer creer que fué mayor prodigio el de la mariofanía del Tepeyac que el ángel de Jehová en el Horeb. He aquí sus palabras: "Aun menos que en Horeb, subió de punto la verdad en Guadalupe, porque se estampó María en el ayate del indio, aún más leve materia que la zarza, porque reconocidos los sucesos de uno y otro monte, sólo el de Guadalupe se debe conocer en la esfera de prodigios a título de grande". ¿No parece dar todo esto, otra vez, un sabor de heterodoxia? Y no le basta al suspicaz mercedario y busca más motivos de grandeza en el milagro tepeyacense, pues recuerda que la zarza se mantenía sin el "nativo pábulo" *flamma sine alimento perseverabat*, o sea que "esto le hace señas al Divino Sacramento porque allí se ven los accidentes sin la sustancia nativa": la guadalupa-

na “es, en buen dictamen, inseparable de la Hostia, como que todo el Ser de la Señora es el ser del Sacramento; parentesco de consanguinidad que tienen estos dos misterios, porque la carne y sangre que en María se concibe limpia, se sacramenta en la Hostia. . . y el primer Ser de Guadalupe siempre ha de llevar consigo la relación a el Sacramento”. “He acabado —agrega—, habiendo dado el conocimiento del Ser de María Inmaculado en esas dos imágenes que en la Hostia y Guadalupe nos ofreció la Providencia [que] uno y otro retrato son copia inmortal de su grandeza. . .”

Al doctor José Fernández de Palos, rector de la Universidad, le fué sencillo declarar en 1742, en su pavoroso sermón llamado *Triunfo Obsidional* (cuyo “elegante” adjetivo, según su censor, de “obsidional” quiere decir auxilio, término bélico de los romanos) que si “María de Guadalupe es deidad contra las aguas, le toca particularmente la defensa y el estrago del ejército que por sus ondas nos viene a seguir enemigo. . .” Se refiere al ataque de los ingleses a los puertos de Veracruz y Acapulco. “Envainen las espadas —dijo—, que sólo con Guadalupe está seguro el reino y aun toda América”, ya que con la intercesión de María, “aun el mismo Dios contiene sus rigores”. Y después de llamarla “Thetis divina” e “Invicta Belona” recurre también a las Sagradas Escrituras para fundamentar sus tesis: “Dios —dice—, olió agradable [sic] el sacrificio de Noé, y si Noé fué de América, según Hugo Grocio, fundo yo la congruencia de que aquel templarse Dios en sus rigores oliendo las fragancias de Noé, fué caso respectivo a las flores del país como barruntando ya la providencia el milagro que en los futuros tiempos habían de formar las mismas flores para defensa de la América en que la divina Imagen de Guadalupe escogiera las flores de esta tierra para su pintura. . .”

Forzado y de mal gusto es este oler de Dios las flores mexicanas, pero sus oyentes, que “salieron inflamados del elocuente orador” llevaron grabados en su memoria que

Noé fué mexicano —si bien, por escrúpulo, dice de paso que no cree en Grocio, pero deja el dato como importante— y de que era obligación de la Virgen del Tepeyac el defender América de los codiciosos ingleses. El valor práctico de la Imagen como protectora se destaca ya con todo vigor en este mediados del siglo XVIII.

Un predicador famoso en su época fué don Bartolomé de Ita y Parra, quien publicó varios sermones guadalupanos, desde 1731 a 1746. En la oración del segundo centenario habló de la “Imagen de Guadalupe como Señora de los Tiempos” y en 1743 fué la “Imagen del Patrocinio”. En este sermón se vuelve, en la Dedicatoria, a la idea del Paraíso Americano que se ha visto en los autores del siglo XVII: “Adán fué ingrato porque no agradeció el haberlo Dios creado y verse en un paraíso. . . si callásemos al reconocimiento los indianos, seríamos herederos, como de su naturaleza, de su ingratitud, cuando debemos confesar que, creándonos en la América, nos formó en un Paraíso”. Y aún afirma, aunque con reservas, que el Paraíso fué o estuvo en América; “refiérello Maluenda —dice—, y así lo juzgó Colón” y si el Edén era bastante a contener en sí a todos los hombres “¿por qué no pudo estar en la Nueva España que tanto se extiende que aun no se sabe dónde termina?”, además, el nombre de *América* o de *Indias* es impropio, pues sólo le compete el de Nuevo Mundo, mundo que nos dió Dios “como separándonos y distinguiéndonos de las demás gentes que salen a luz en el antiguo”. La frase es tan interesante como grave, políticamente hablando, a pesar de que la oculte con adular al rey español con que en *su* mundo le es necesario este otro mundo, pues *unus non sufficit orbis* para tan grande monarca “primer Adán de este Nuevo Paraíso”.

Y este Nuevo Mundo es, como el Paraíso, inalterable y delicioso, “siempre primavera en que no se da día que no tenga flores varias y olorosas”. (Se olvida que era una premisa necesaria, para exaltar el milagro, hablar del ho-

rrible frío de diciembre, el mes "floricida" de Castro, o en las frases de Mendoza de 1672.)

En el fondo esta Dedicatoria es una apasionada defensa, como toda la oratoria colonial, del criollismo. Aprovechando las estupideces del deán de Alicante Manuel Martí, que produjeron, entre otras obras, la *Biblioteca* de Eguiara y Eguren, o sea la colección de escritores americanos habidos hasta entonces para probarle al deán que esto no era un desierto cultural, dice Elizardi, el firmante de la citada Dedicatoria, que "todas las demás gentes nacen en el polvo de la tierra; sólo a los Indianos les labró Dios de oro y plata su cuna", frase petulante si las hay, pero ineludible en momentos de exaltación patriótica, y el censor Torrubia afirma que si el Salmo 55 se compuso por un pueblo "sería, digo yo, por el mexicano", cosa que, rele-yendo el salmo no nos da ninguna impresión de amor a España.

Ya en el sermón Ita y Parra se pregunta "¿qué es patrocinio?" y se responde: remediar el poderoso al necesitado. Y eso hizo la Virgen de Guadalupe, uniéndose en el patrocinio de tal manera la Virgen con Juan Diego que "sólo puede ser explicación la otra que admiró el profeta: la Encarnación del Verbo", y apoyándose en San Ambrosio que dice que Cristo fué *Imagen* sustancial del Padre y el hombre *imagen* de Dios, luego encarnar fué venir a la tierra una Imagen para otra imagen, por lo que el padre Ita asienta con aplomo: "La Imagen que vino a la tierra encarnando el Verbo [Cristo] se apareció para original de esta otra imagen que formó María dejándose ver en Guadalupe". Es decir, que el nacer la Virgen María encarnando a Cristo fué *para* original de Guadalupe. No puede haber mayor audacia ni mayor providencialismo nacionalista. Y a esto le llama Ita "darle un nuevo sentido a las palabras ambrosianas". "Yo no digo que encarnó María apareciéndose en Guadalupe, pero ignoro que se dé cosa más parecida a la Imagen del Verbo Encarnado que ésta de

María de Guadalupe”, y si el Verbo, Emmanuel, es “Dios con nosotros”, en la Encarnación es “María con nosotros”, con nosotros, claro está, sólo en su especial mariofanía de Guadalupe.

En su indigesto pero interesante sermón *Círculo del Amor formado por la América Septentrional jurando a María en su Imagen de Guadalupe*, declara que “al jurar a la Virgen de Guadalupe [el pueblo mexicano] ya no iguala, pero excede al israelita el indiano; ya es superior a Judea la América”. Y para los que se empeñan en que fué Benedicto XIV *el primero* en aplicar el versículo sálmico del *Non fecit taliter omni nationi*, nos recuerda que “la docta pluma jesuíta [de Florencia] dió este panegírico a la América gravándolo por ser maravilla no concedida a otra nación”.

Y como muestra de delirio, basta este botón: “En el ara de Atenas decía: esta ara se consagra a los dioses de Asia, Europa y África”, y falta América —dice Ita—, pero no por no estar descubierta, “pues pienso, con Calmet, que eligió María a América para heredad suya y *anteviéndolo* la Providencia no quiso se infamase en padrón con otras deidades”.

Y para terminar vuelve al indigenismo de Guadalupe: “Es una hermosa y modesta indiana; la túnica, el manto, el traje es todo de su nación”, pues la púrpura, las joyas de Ofir, todo eso lo deja en los Cantares, y si Cristo “vino a lo suyo”, es decir, se vistió de humanidad judía por todos los hombres, María también vino a lo suyo y se hizo indiana por los americanos, y si en el Calvario, cuando se le dice “Mujer, he allí a tu hijo”, resulta Madre de los hombres por los judíos, en el Tepeyac lo es por los mexicanos. “Sólo te digo, Señora, Emperatriz Universal de los Cielos y de la Tierra, que te señaló el Altísimo este Monte de Guadalupe para trono de tu grandeza.” Aquí en América está, pues, la grandeza de María y, digamos, su maternidad integral. ¿No parece todo esto un especial me-

sianismo femenino, una réplica del mesianismo viril de Cristo, éste para el Viejo Mundo y aquél para el Nuevo?

Entre estos sermones y los múltiples de la segunda mitad del siglo xviii, aparecieron dos libros de importancia para el desarrollo del guadalupanismo: el *Escudo de Armas de México*, del presbítero Cayetano Cabrera y Quintero, en 1746, y la *Maravilla Americana* del pintor Miguel Cabrera. El primero fué ordenado por el arzobispo Vizarrón para perpetua memoria de haber librado la Virgen a la ciudad de México de la peste que padeció de 1736 a 1737, un "milagro", como el de la inundación de 1629, pues murieron más de 200,000 indios. Se pidió a todas las imágenes devotas de México se apiadasen de la ciudad. No fué la guadalupana la primera imagen a la cual se recurrió; tuvieron que pasar algunos sucesos curiosos para que el arzobispo- virrey, el español Vizarrón, se decidiese. Resulta que "se corrió de bocas de indios que una fatal deidad los mataba", y hasta un enfermo, en su delirio, vió a la propia Fiebre, en forma de mujer, en la calzada de Guadalupe que la aconsejó se fuese a la Villa, que allí se aliviaría. Una india gritaba en el Santuario: "Está bien, Madrecita, que mueran los indios, pero que también mueran los españoles", y llegaron los indios a tener tal iracundia o "rabiosa envidia" porque no se contagiaban los gachupines que echaban cadáveres de apestados en los acueductos y ponían sangre de enfermos en el pan. Había, pues, que recurrir a la Virgen india, a la mexicana, por lo que el Ayuntamiento pidió al arzobispo que fuese traída la Imagen. Voces se levantaron en contra diciendo "que era nueva la advocación" (¡aun el eco del padre Bustamante de 1556!), y que "por más que se atropelle el mundo a sus cultos y se crea piadosamente milagrosa, no la tiene aprobada la Iglesia", y aun debe haberse dicho algo de la pintura como obra humana, pues por algo Cabrera y Quintero tiene que decir en su libro que, "sea quien fuera el autor de la Ima-

gen y prescindiendo de la aparición”, se recurrió a Ella porque es “santa y santísima”. El arzobispo, ante esto, sugirió prudencialmente que mejor se le hiciese una novena y se le jurase patrona de la Ciudad. Este hecho, el juramento del Patronato, trajo incalculables beneficios: el entusiasmo del país después de la peste y su primer anclamiento en Europa.

Por lo pronto, interesan algunos aspectos del *Escudo de Armas*. La Virgen de Guadalupe como “escudo de armas”, es decir, como enseña y bandera, como representación plástica de la Patria, fué la idea de Quintero. El creer que México no tuvo bandera hasta el flamante ejército de las Tres Garantías es estarse engañando; desde el siglo xvii hubo bandera en la tilma juandieguna y suponer en Hidalgo una gran ocurrencia política al enarbolar a la guadalupana en Atotonilco es ignorar que en la conciencia de todos los mexicanos estaba ya plenamente clara, cuando menos desde mediados del siglo xviii, que la guadalupana era, además de un retrato único de la Madre de Dios, un símbolo patriótico para reconocer y diferenciar a México del resto del mundo, que eso es una bandera. Por eso en la pintura que hizo José de Ibarra para que Troncoso grabara la portada del libro aparece la Virgen con el lema plutarquiano: *Peltam in salutem urbis missam*: envió a la ciudad escudo para su salud.

Lo primero que nos endilga Quintero en su pesado volumen es algo que, aunque parece superficial, tiene una raíz importante: dice que leyó en fray Luis de Hennepin, misionero belga del norte de América, que había encontrado en las tribus indígenas una creencia muy generalizada de que el origen de la raza o razas de este continente se debía a una Mujer que bajó del Cielo y se detuvo, volando, sobre las aguas hasta que una gran tortuga le ofreció su concha para que posase sus pies; concibió la Mujer en el lomo del quelonio una doncella, que sería la Madre del género humano. “Sea para ellos quien fuese esta deidad

—dice Cabrera y Quintero—, para mí y la veneración de los fieles no fué otra que María Santísima en su bella Imagen de nuestro mexicano Guadalupe, que, apareciendo sobre este Nuevo Mundo, anegado más en las aguas de la iniquidad que de sus vecinas lagunas, giró en el aire como iris. . .” Tal era la necesidad de ligar a la Virgen de Guadalupe con antecedentes superhumanos, bíblicos o no, y mejor, americanos, que hasta ese mito del norte primitivo, recordado subconscientemente en Coatlicue y Tonantzin, pareció de perlas al buen Cabrera para considerarlo, nada menos, que “la primera aparición de Nuestra Señora de Guadalupe”, y en el cerro del Tepeyac a la tortuga que prestó su espalda, “pues su figura y simetría es como una corpulenta tortuga que sobreaguada en la mexicana laguna”, trayendo en su apoyo estos versos de Francisco de Castro:

Haz cuenta que ya viste Guadalupe,
doblez de tierra, corpulenta ruga,
si ya del llano al agua no es tortuga.

Todo el grueso volumen, interesante en cien aspectos, es una historia de la ciudad de México en esa época y una nueva crónica de la historia guadalupana, sin mayor novedad que su entusiasmo y su difusión en España.

El Patronato produjo en Madrid la “Real Congregación de Nuestra Señora de Guadalupe de México”, en la que el primer congregante y hermano mayor fué el propio Felipe V, firmando con él el Libro la reina y muchos miembros de la nobleza, del alto clero y del comercio. Se publicó un libro sobre la *Relación y Estado del culto, lustre, progresos y utilidad* de la Congregación y se pensó levantar un Santuario en la Capital de la Monarquía a la Virgen Mexicana, además de imprimir 3,000 compendios latinos de la aparición, 40,000 estampas de la guadalupana y 50,000 triduos devotos para que “se bebiese el suceso”.

Veamos los motivos de tan insólito honor de España. Entre las "utilidades" de la Congregación están: "en la Imagen de Nuestra Señora de México afianza la monarquía la seguridad de aquellos dominios..." La política española se dió cuenta, por fin, que había que halagar a los americanos y honrar a *su* Virgen para... "seguridad de sus dominios" y por eso: "María Santísima se vale de la Real Congregación de Madrid cual de instrumento para promover las glorias de su aparición en México y de aumentar su culto, mayormente estando entendiendo en que se extienda a toda la Monarquía el Oficio y Misa..." Nos dice también que en Europa había una confusión tremenda con las dos guadalupanas: "no se lisonjeen los americanos creyendo que por el nombre de Guadalupe entienden en España y en Europa a la Imagen de María Santísima aparecida en México", por cual se pone cuidadosa la Congregación en explicar las diferencias. Pero lo más importante de la piadosa institución es lo que dicho sin hipocresías aparece como la cuarta "utilidad": "Será un cuerpo en quien se pueda cautelar la pérdida frecuentemente lamentada de los caudales de Indias a causa de ser preciso remitirlos o dejarlos encomendados a personas particulares." En México, sin embargo, se exaltó con exageración el devoto gesto del rey sin ver que España lo hacía exclusivamente por su provecho político y económico. Claro que se logró un gran triunfo al lograr México, por medio de su bandera religiosa, ser más conocido en Europa y que las cabezas coronadas de sus soberanos se inclinasen ante la Virgen criolla, a la cual se dedicó una capilla en la iglesia de San Felipe el Real, dedicación que desapareció con la utilidad de Guadalupe en España... Sin embargo, ya en 1711 el oidor Juan Díez de Bracamont decía en la Dedicatoria del sermón de fray Manuel de Argüello *Acción de Gracias a la Soberana Reina del Cielo y María Santísima de Guadalupe*, refiriéndose a Felipe V, que: "si sois vencedor (en Viruega), por vuestra Católica piedad sois vencido ante las aras

de la Sagrada Belona y Palas bajada del cielo, María Señora de Guadalupe”. Y más aún: “antes de unirse el cordero de oro de España que abrigáis en el pecho (el Toisón) a vuestros franceses lirios, era víctima como muerta, pero no coronada (el cordero); le formaron el cerco vuestras flores, pero pudiera temerse que el Aquilón las marchitará más sacrificando las lides a la Rosa Indiana habéis dado eterna duración a la corona de aquel cordero víctima” y “lo mayor de su milagro [de Guadalupe] es la perpetuidad de vuestro cetro”.

El libro de Cabrera, el pintor, no es sino la afirmación, por el más famoso artífice de México, de que la Imagen guadalupana es de origen divino y no humano, aun vista la pintura “científicamente”, documento de primer orden para acallar dudas, aclarar objeciones y definir posiciones. Su carácter técnico no corresponde a este ensayo, por lo que prefiero examinar otros sermones del siglo XVIII con las ideas teológicas creadoras del guadalupanismo mexicano.

En 1749 predicó en el Santuario guadalupano de San Luis Potosí el bachiller Antonio Flores Valdés, un sermón que llamó *La Celestial Concepción y Nacimiento mexicano de la Imagen de Guadalupe*. La dedica el editor, don Ildefonso de Eguía, al obispo de Michoacán, y le dice que la *genetliaca oración* (generadora) del Br. Flores tiene por objeto la Imagen guadalupana, “imagen —dice arrebatado—, dibujada de astros y matizada de flores”, la cual hace que “en cada voz conciba una estrella, en cada rasgo escriba una flor y en cada hoja amarre un ramillete”, y al censor, el jesuíta Lazcano, le parece el sermón un “discretísimo horóscopo”.

Comienza el orador recordando que las mejores ciudades de Grecia se disputaron el honor de ser la cuna de Homero y se pregunta: ¿quién podría disputar con México la cuna de María? Y resuelve: sólo el Cielo. “Para que conozcamos los singularísimos favores con que acaricia María Señora a esta gran cabeza del Nuevo Mundo, aun con-

tra el mismo Cielo que contiene, debería declararse la cuestión en favor de México”, y este párrafo: “que se conciba en el cielo y que haya de nacer en la tierra, y que haya tierra tan feliz que quite al Cielo sus conceptos, esto sí que excede toda admiración”. ¡Imaginémonos el muy legítimo orgullo de los mexicanos, oyentes y lectores, ante esta despampanante aunque patriótica declaración. Y lo demuestra: “el hombre es de donde nace, no de donde se concibe; el hombre es de donde habita permanentemente, no de donde está de paso; *ergo* si María *nació* en México y en él permanece, le gana al Cielo, donde fué concebida en la mente del Padre”. “Si la Virgen escogió a México por su patria, en esta ocasión quiso tomar para sí el sobrenombre de *Mexicana* antes que el apellido de *Celestial*.” Vuelvo a recordar que por menores motivos se movió a veces la Inquisición. Hasta en el moderno folklore musical se reflejan estos anhelos coloniales. Dice una canción:

Como México no hay dos,
no hay dos en el mundo entero,
aquí la Virgen María dijo
que estaría mucho mejor,
mejor que con Dios
y no lo diría no más por hablar...

No puede olvidar (aunque después, al final del sermón sí lo hará) que la Virgen María nació en Nazareth, que quiere decir “florida”, pero “su verdadero” nacimiento está en el “segundo Nazareth”, en México, “que siempre fué Nazareth florido, porque es y ha sido el pensil del Mundo, escogido de Amaltea para derramar sobre él la opulenta amenidad de su celebrada cornucopia”. Y no le importa al bachiller Flores que sea una figura pagana la que haya escogido a México para verter su cornucopia, ya que las citas clásicas, fuesen o no atinadas, eran necesarias en la literatura barroca. Le interesa señalar al bachiller —por otra parte—, que por fin ha sido respondida la in-

juriosa pregunta: “¿qué de bueno ha salido de Nazareth?” Pues. . . Guadalupe.

Un punto oscuro del Evangelio de San Mateo cree Flores aclarar por medio de la Virgen del Tepeyac. Enumera el evangelista los ascendientes de Cristo, desde Abraham hasta San José, aunque forzando el texto se empeñan los intérpretes que esta genealogía caiga directamente en la Virgen María, en cuyo caso faltan San Joaquín y Santa Ana. ¿Por qué los calla el evangelista? Muy sencillo: “porque habla de la concepción y nacimiento de María de Guadalupe y la imagen de Guadalupe no tuvo padre ni madre”, es “concepción celestial y nacimiento indiano. . .” ¿Y dónde quedó Nazareth y la verdadera concepción y nacimiento de María? Lo ha olvidado el predicador. La Virgen hebrea, madre de Jesucristo en el espacio y en el tiempo, no existe ya, ya no hay distinción alguna. La Virgen María *es* la de Guadalupe.

San Juan ya “delineó” a la Virgen en su capítulo 12 del Apocalipsis, pero esta “imagen” se apareció en el Cielo y la “imagen” aparecida a Juan Diego fué en la tierra, en México. “Si la visión del evangelista —dice—, hubiera sido en estos tiempos, yo dijera que porque es México el Cielo de todo el mundo; que si hay Cielo de Cielo, también hay Cielo de Tierra y ése es México.” Y en términos poéticos, más que teológicos, si bien confusos, declara Flores: “pero si la aparición a San Juan fué hace más de mil años, antes de la fundación gentil de México, habló desde el Cielo Empíreo o Cielo del Cielo y, si así fué, ¿cómo pudo ser María de Guadalupe la que apareció en el Cielo? Pues por eso mismo, porque es María de Guadalupe, y aunque esta Imagen nació en México, se concibió en el Cielo, y por eso fué en el Cielo su primera aparición. Pero como no se concibió María de Guadalupe para quedarse en el Cielo, se trajo consigo a todo el Cielo para nacer con él en México”. Declaro sinceramente que no entiendo el parrafito, salvo el deseo de que la Virgen María

fué concebida en el Cielo, en la mente de Dios, pero no fué concebida para quedarse allá, sino para nacer en la Tierra, y fué México (ya Nazareth está olvidado) el lugar escogido.

Prosigue Flores imitando a Miguel Sánchez en su comparación del Apocalipsis con las mariofanías tepeyacenses (aunque sin citarlo, como acontece con *todos* los predicadores e historiadores guadalupanos coloniales, cosa digna de meditar, por cierto). Recuerda que tomó alas, pero “las alas son necesarias para subir, no bara bajar”, dice, tal vez inconsciente, de semejante falsedad. Y se responde: “¿para qué María de Guadalupe aparece sin alas en el Cielo y por qué las pide para su aparición en México? (Nótese que ya aquí la Virgen Apocalíptica de San Juan no es la “Mujer” o la “Virgen”, sino la guadalupana. Ella, Ésta, nuestra guadalupana del Tepeyac, *es* la que vió San Juan. En Patmos se apareció y desapareció y sólo la vió Juan Zebedeo. En México se apareció, y no desapareció, se imprimió para siempre en la tilma de Juan Diego.) “Se concibió en el cielo, mas no para quedarse allá, por eso está en pie, como quien está de partida, porque había de venir a México a nacer”, dice más adelante. Y ya que pide o tiene alas (“Y fueron dadas a la mujer dos alas de grande águila”, cap. 12, ver. 14), “por qué han de ser determinadamente de águila?”, se pregunta Flores. Y se responde: “¡Con alto misterio a la verdad! Porque la imagen de Guadalupe no subió al cielo, sino que allá se concibió; por eso no fueron entonces necesarias las alas, mas como bajó del cielo para nacer en México, le fué indispensable tomarlas de Águila, porque éste es el Blason de los Mexicanos”. Dividió María la patria de su Imagen; dió su Concepción al Cielo y su nacimiento a México, y por eso tomó ambos blasones: como concebida en el cielo lleva sol, luna, estrellas y ángel, elementos celestes; como nacida en México tomó las alas de águila, de la “insignia” mexicana. Sólo una poderosa fantasía puede juntar todo esto con amoroso e

ingenuo convencionalismo. Y va más allá. El salmo 40, dice, “da claros indicios de ser toda aquella celebridad para María en su Imagen de Guadalupe”. No entiendo por qué el salmo 40, ni ninguno otro, esté escrito para la Virgen y para la Virgen de Guadalupe, mas para Flores todo es claro: “no son menester muchas señas para saber que habló David de María de Guadalupe”.

Habla David de que fueron acabadas las guerras y reinó la paz y Flores aprovecha: “María de Guadalupe ha evitado las guerras, pues es en América donde no hay guerras”; luego —concluye— David se refería a la Virgen de Guadalupe y previó a América. “A ti se debe —exclama al final—, que México esté libre de la saña infernal de los demonios; por ti no se oye el violento estruendo de la pólvora; por ti no se sienten los furiosos estragos de las balas.” Esto lo decía don Antonio Flores en 1749. . .¹

Por último, quiero recordar que, según este predicador, también Salomón previó y presintió a la Virgen de Guadalupe cuando explica en los cantares el nacimiento de María (según forzadas interpretaciones de exégetas europeos) por medio de flores, “pero parece que habla Salomón con más especialidad del nacimiento de María de Guadalupe, pues dice *flores apparuerunt in terra* y sólo en México nació María de flores aparecida”. Y concluye: “El Cielo y México unidos fueron cabal Patria de esta Imagen.” Y los potosinos primero, y luego todos los lectores de Nueva Es-

¹ Esta ayuda divina de la Virgen de Guadalupe en los combates llegó al colmo en 1847, cuando el carmelita fray Pablo Antonio del Niño Jesús predicó ante el Ayuntamiento de Puebla: “Esta corporación patriótica, a la vez que religiosa, acordó auxiliar desde aquí a nuestros hermanos que combaten en México, escogió los medios y felizmente descubrió el más seguro: el de la oración, el de la invocación de Dios mediante los méritos de su divina Madre la Virgen del Tepeyac. . . cubramos con un denso velo el cuadro ignominioso de la historia de México y humillémonos besando la mano adorable que así nos azota en castigo de nuestras iniquidades. . . y ahora no olvides, Virgen, que ha llegado el momento solemne de manifestarte poderosa para que no sean inmolados nuestros generales y nobles ciudadanos. . .” [?]

paña, se quedaron muy orondos, convencidos de que la Virgen María es la de Guadalupe y que sus profetas fueron, nada menos, que David y Salomón.

Entre los muchos sermones de la jura del patronato hay uno en el que el autor se atreve a esta corrección bíblica: dice el Evangelio que “de María nació Jesús, que se llama Cristo”, pero debe ser al revés: “de María nació Cristo, que se llama Jesús”, pues Cristo significa la persona connotando las dos naturalezas, la divina y la humana, y si se le llamó en realidad, Jesús Nazareno, el evangelista debió decir del segundo modo y no del primero. Pero ¿con qué probamos esto? Con la Virgen de Guadalupe, porque si nazareno quiere decir “florido” y la guadalupana nació de flores, es Ella quien nos permite corregir a San Mateo. Con esto cumplió su cometido en Cuernavaca fray Antonio Martínez de los Ríos en su sermón de 1756.

El día 12 de diciembre de 1756 oyó la ciudad de México dos sermones conmemorativos, uno en la Catedral, por el conocido bibliógrafo don Juan José de Eguiara y Eguren, y otro en la Colegiata por el Dr. Mariano Antonio de la Vega. A la misma hora unos oían esto: “Yo pienso que ningún ángel fué el pintor de la Imagen; fué la misma Madre de Dios quien inmediatamente se pintó. Becerra Tanco dice que por el sol, que daba a sus espaldas, se dibujó la sombra en el ayate del indio, que estaba delante de ella postrado; los colores los tomó la Señora de las flores. Así como Dios no se sirvió de nadie y grabó con su dedo dos veces las Tablas de la Ley, así María de Guadalupe no utilizó servidores y ella misma se pintó en el ayate” (Doctor Eguiara). Otros oían: “Niego la gloria de pintarla a los hombres a los ángeles y aun a la misma Señora. A los hombres, porque es ingenua, reverente confesión suya como lo publica el nuevo erudito Papel (la *Maravilla Americana* de Cabrera) que logra la luz pública; a los ángeles, porque si en el traje de luces y hábito en que la adoramos no

acaban de comprenderla bien, ¿cómo podrían bien pintarla? Y niego a la misma Señora, porque ya oigo que nos dice con Teofilacto: No soy pintor, tabla rasa soy para que pinte en mí el Supremo Artífice lo que quisiere; luego sólo el divino pincel pudo tirar tan maravillosas líneas” (Dr. de la Vega). ¿Qué resolverían los devotos comentadores y después lectores de ambos sermones? Por esos tiempos un predicador decidió que el pintor había sido San Miguel, idea que inmediatamente encontró eco en la pintura, según puede verse en el gracioso lienzo de la Universidad de Guanajuato, en que sustituye el arcángel al querubín original, haciendo de “rúbrica”, según quería Becerra Tanco en el siglo xvii.

Un siglo después de Vidal de Figueroa, en 1757, plantea el padre José de Gama, en el Santuario de San Luis Potosí, el asunto de por qué no fué Cristo el representado y estampado en la manta. Con más sencillez emotiva, con más seguridad amorosa, sin las abstrusas profundidades de Figueroa, el predicador potosino, da un salto en la rápida ascensión de la mariolatría mexicana: “Dios dispuso que en el ayate de Juan Diego se estampase la imagen de su madre y no la suya, dándonos a entender que toda la felicidad de esta América, todas las dichas de este Reino, se nos declaraban más seguras en el Patrocinio de María.” Y añade: “el medio más suave de alcanzar las piedades de Dios, el más oportuno y seguro de conseguir sus misericordias es nuestro recurso a su madre, cuya santidad no nos infunde el miedo y espanto que de la soberanía del Hijo concebimos”. Expliquen los freudianos este párrafo.

Del mismo año es el sermón de don Cayetano Antonio de Torres, en el que dice que los milagros del Antiguo Testamento fueron para los israelitas; los del Nuevo para la fundamentación de la Iglesia; los de María para los indios. Mas le sale al paso una duda: ¿por qué si la Virgen trató de proteger a los indios tardó diez años en aparecerse,

hasta 1531? Y encuentra que ya se había aparecido antes, oportunamente, en Ozumba y Tutultepec, donde “ensayó” las apariciones de 1531, que después estampó definitivamente en el ayate juandieguino, y entrando en el ancho campo de la imaginación discurre que en esas apariciones pre-tepeyacenses “llevaba ya el mismo traje con que diez años después copió su bizarra imagen” y así “en los lejos y sombras de la más fatal noche empezó a rayar la divina aurora de Guadalupe”.

Una ardiente defensa del Patronato fué el *Sermón* del Dr. Ignacio Luis Valderas predicado en Querétaro en 1757. Defensa porque, como se verá, las críticas a ciertas palabras del *Breve* pontificio no comenzaron con don Juan Bautista Muñoz. Antes de entrar de lleno en su asunto, Valderas tiene que ensayar su entronque bíblico-guadalupano diferente del de sus predecesores; lo encuentra en Malaquías, quien en su capítulo 4, versículo 2, habla de Jehová “como un sol de justicia que en sus alas traerá salud”. Asustó este sol al célebre jesuíta Vieyra y lo declaró “monstruoso”, pero a Valderas, más tranquilo, le parece que “el profeta habló en otro sentido viendo en espíritu el viaje felicísimo que había de hacer desde el Cielo a nuestra América la restauradora de este Nuevo Mundo, volando en las alas del Sol a iluminar las montañas del Tepeyac”. Lástima que suelte esta insólita comparación para sentirse más seguro con San Juan Bautista, porque hubiera sido interesante ver cómo resolvía la visión guadalupana de Malaquías. La Virgen visitó a Santa Isabel y San Juan dió saltos de alegría en el vientre de su madre y “quedó libre la esclavitud de la culpa, de la servidumbre de su origen”; asimismo con el infante Juan Diego (según la leyenda, Juan Diego tenía 57 años, pero era infante en la fe), libertó de la esclavitud de la idolatría a sus hermanos los indios. Pero le urge a Valderas llegar al Patronato, al patronato Pontificio, “no el juramento con que la reconocimos por tal en 1737”, ya que

“fué América torpemente ingrata por más de dos siglos sin embargo de la cruda guerra con que varias veces se la acordaron las pestilencias”, y se apresura a repetirnos con el padre Valladolid ya citado, y muchos años antes que Borunda, que la Virgen de Guadalupe no necesitó escritura auténtica de su aparición por ser ella misma una escritura al modo indígena: “yo discurrí no ha mucho que acomodándose María Santísima al estilo de los americanos naturales (simula no conocer a Valladolid, aunque cita el libro de Florencia) que no escribían de otro modo que por pinturas y jeroglíficos, les quiso poner en la copia de su belleza, como en un mapa, las que principalmente hablan de la Señora. . .” Por eso Benedicto XIV, al ver el “mapa” o sea la copia hecha por Miguel Cabrera que el jesuíta López le llevó, adivinó la importancia, y sin hacer caso de papeles, instituyó el patronato. “El milagro de Guadalupe, que vence y triunfa de los siglos, ganó al pontífice, y si ha durado intacta 225 años, ¿ha de necesitar escritos? No creáis tal, señores; las escrituras son remedio contra el tiempo, y lo que no está sujeto a las leyes del tiempo no necesita de escrituras”, y muy orondo con el disparate, comete otro: “La Virgen es imagen del Arca de Noé, de la vara de Moisés, del tabernáculo”, etc. Mas ¿dónde están todas estas representaciones? “Ya está dicho con decir que es antigua la Escritura que las menciona; todas pasaron y se acabaron con el tiempo, porque así que pasó el tiempo les quitó y borró el ser; no así la Imagen de Guadalupe, que permanece. . .”

Muchos de sus oyentes le dijeron que el Papa había dicho sólo *fertur*, es decir, que *dicen* que se apareció, palabra que “formó un monte de dificultades y con la que algunos tropiezan con desconsuelo”, pero Valderas sale al paso diciendo que si Benedicto XIV hubiera dudado, no hubiera dicho *mirabiliter*, milagrosamente, con lo cual tranquilizó a sus lectores. Y, para terminar, justifica dos aspectos que hacen diferencia entre la Virgen apocalíptica y

la guadalupana, ya que, superando a Sánchez, dice Valderas que “San Juan escribió aquella visión profetizando en ella su venida y aparición en América”, pero entonces, ¿por qué no lleva las doce estrellas del Apocalipsis como corona? Pues porque ya lleva 46 en el manto y las demás se las llevó el dragón, del cual dice San Juan: “y su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo”. Y en cuanto al versículo de que estaba la Mujer preñada y clamaba con dolores de parto, no es que fuese por el parto indoloro de Jesús, sino que, como dice San Bernardo, que llevaba en su vientre muchos miserables pecadores por los cuales gemía [?], estos miserables son, para Valderas, “los infelices americanos, tan despreciados y abatidos antes que viniera la Señora, que había llegado a tan lamentable y casi increíble estado su desgracia, que se dudaba si eran racionales”. A frase como ésta conducen la indigestión patristica y la ignorancia histórica.

La autoridad del culto jesuíta Francisco Xavier Lazcano entró también en la oratoria provocada por la concesión de Misa y Oficio propios de Guadalupe. El 12 de diciembre de 1758 publicó su *Sermón Panegyrico*, en el cual declara, jugando con las palabras, que en las demás imágenes de la Virgen se conserva el *fecit* o el *sculpsit* o el *excudit* de sus humanos autores, pero el ayate guadalupano es, justamente, el *non fecit* humano, el *fecit* divino. . . , y hablando en términos de plena poesía, aunque infantil, nos asegura que ese *fecit* milagroso fué obra directa de la misma Virgen, pues si sabía bordar tan felizmente que “los ángeles le devanaban el hilo, ensartaban la aguja y tramaban las telas”, ¿por qué no iba a hacer Ella su autorretrato en la tela del Tepeyac?

Encuentra que en América varió el “estilo” de la conversión de los infieles, pues si las demás naciones llegaron a la verdad por Cristo, América sólo por María, y también varió el “conducto”, porque al Viejo Mundo entró la fe

por los oídos; en el Nuevo, por los ojos, al ponérseles a los “Moctezumas” (los indios) la “cartilla” de la guadalupana, que “quiso ser paisana nuestra, ser natural y como nacida en México, ser conquistadora y como primera pobladora”, y yéndose, como todos, a la necesidad de relacionar a la Virgen de Guadalupe con las Sagradas Escrituras, ve que en México “hizo ventaja” a cuantas visitas o apariciones haya hecho María en este mundo, antes y después de su muerte corporal, pues todas fueron “de paso y extranjeras” [*sic*], y si en Nazareth nació corporalmente, en México nació “prodigio”, y si en Belén, en Hebrón, en Jerusalén, en Egipto, fué como huésped, “en México fijó para siempre su habitación pidiendo casa, domicilio, palacio y templo. . .”, porque “reservaba para los primores de su poder la tierra mexicana, teatro dichosísimo al mayor de los milagros”. El orgullo criollo le hace exclamar también: “Si México recibió la fe de Roma, ya le pagó a Roma con creces, pues dobló la Tiara la rodilla”, y si España dió la “cultura” a México, éste “la retornó ya a la Corte con usuras” al erigirse la Congregación Guadalupeña de Madrid, de la cual el primer sumiso congregante fué el propio rey de España, como se ha dicho. Nada tienen que ver estas comparaciones, pero su auditorio y sus lectores quedaron convencidos de que México, por medio de la guadalupana, había pagado sus cuentas con Europa. Y era Lazcano el que atraía, según se citó antes con las palabras de Eguiara, “a los eruditos y a los ignorantes”.

Un devocionario con sus párrafos de historia publicó después el padre Lazcano, el *Guadalupano Zodíaco para recibir de la escogida como el Sol, María Señora Nuestra, los más propicios influjos*, de 1760. Esta devoción un tanto astrológica está explicada por el autor con bases, aunque no lo cite, de Becerra Tanco: “El indio tenía el rostro al sur, con inclinación al oriente y, por consiguiente, María se apareció con el rostro hacia el Septentrión para manifestar que venía, si a favorecer a toda la India española, muy

especialmente a esta Mexicana Septentrional, y si el sol corre en el año entero el Zodíaco, que es una luciente faja, círculo compuesto de doce signos por los cuales en los doce meses del año llena este planeta al mundo por medio de sus favorables influjos de vida, riqueza y hermosura, así el sol guadalupano, de quien recibe continuamente este hemisferio inundaciones de favores, para lo que es decoroso agradecimiento el que sea venerada María en su mexicano cielo, tributándole la devoción amables y cariñosos recuerdos en el día doce de cada mes, formándole un Zodíaco de luminosos afectos del día 1 al 12 de diciembre”. En los trozos de historia que pone en cada día de su zodiacal oración se declara “tulpetlaquista”, es decir, sigue a Becerra Tanco en lo de que Juan Diego residía en Tulpetlac y no en Cuauhtitlán, y tiene esta interesante frase a propósito del amable diálogo entre la Virgen y el indio: “¿y qué dirán a esto los españoles soberbios que se atreven a despreciar a los indios?”

También de 1758, y en San Luis de la Paz, surgía la voz del padre Sancho Reynoso, después impresa, como *La Injusticia por Derecho justificada por Gracia*, en donde, con impresionantes y chabacanas audacias, trata de probar que, si bien por derecho María pertenece al Cielo, por gracia pertenece a México. y aun más: “el Cielo se vino tras los olores de nuestras rosas. . .” Imagina el gerundiano Reynoso una increíble disputa entre el Cielo y la Tierra, entre el Cielo y México, para poseer para siempre a la Virgen. Argumentos: la Virgen nació, en su carne, en Nazareth; de manera celestial *nació* en México y aquí permanece, y “si el árbol es del dueño del solar donde crece y arraiga, México es dueño de María, donde nació hecha Cielo”, por lo que América dice “que es suya y que no la dará ni al Cielo, pues nació acá y no en el Cielo, como de contrario se intenta, sin que les valga San Juan, quien sólo certifica que en el Cielo apareció María, mas no dice que allá nació”. Y concluye: “aunque diga San Juan que

es del Cielo, y aunque lo diga el Cielo y lo contradigan los Ángeles declamando leyes y méritos, con todo, es nuestra por ley y privilegio del amor, pues Amor *ignorat iudicium, ratione caret*", y, si no, es nuestra y no del Cielo por prescripción, pues pasa de cien años nuestra posesión de su *nacimiento celestial*, y aquí *gana* la Iglesia militante a la triunfante. . ." ¿Dormían los señores inquisidores?

De paso nos da una noticia curiosa respecto a las medallas y grabados que en 1670 mandó hacer el padre Florencia en Europa con el *Non fecit taliter omni natione*, de que "lo licencioso, al parecer, de la aplicación y lo inaudito de aquel favor excitó no sé qué tanta envidia, algunos juicios y no pocas voces. . ."

En Zacatecas la sequía era grande. Fué llevada del convento de Guadalupe la imagen titular, como todos los años, a la parroquia, predicándose un *Sermón de Rogativa* por fray Jorge Alfaro y Acevedo. En él se sigue afirmando lo de que la Imagen guadalupana es un *cielo*, es el *cielo* en la tierra, y como el cielo, lleva al sol, a la luna y a las estrellas. Ahora bien, Dios puso a los astros en el cielo "para señal de las lluvias", de lo cual se sigue que aquí, en la tierra, la celeste Imagen es "la más cierta señal de las lluvias". Dice la Sagrada Escritura que la luna es mensajera de lluvia cuando su color no es brillante, sino mate, y si la luna de la Virgen de Guadalupe es como "tierra oscura, entre verdinegro y pajizo o caliginoso", es porque guarda un "misterio", misterio que resuelve San Basilio diciendo que este calor oscuro de la luna sólo puede observarse en la zona tórrida. "Claro está que es así —dice Alfaro—, pues el color oscuro de la luna sólo se ve en la prodigiosa Imagen de Guadalupe, que se apareció en la tórrida zona". Y afirma: "no hay, pues, que temer que falten las aguas, por más que parezca se nos retiran, porque al especialísimo imperio de esta milagrosa Imagen, obedientes las tendremos." Pasa luego a una actitud un tanto ridícula:

“Preciso es que logremos el agua —dice volviéndose a la Virgen— que pedimos y tanto necesitamos, porque de lo contrario, dadme licencia para que os reconvenga y diga. . . mas ¿quién soy yo para reconvenir a Vuestra Majestad? Pero. . . si no gozamos de las lluvias, nos hemos de quejar de Vos, aunque no hay duda que si no nos las dais será por nuestras culpas.” Y de paso la compromete: “También es preciso que esta Divina Reina dé a los mineros opulenta prosperidad en sus minas y, si no, ¿será crédito de una patrona y protectora tan ilustre como María Santísima que los habitantes de esta ciudad, por la escasez de metales y leyes en sus minas no alcancen ni un vestido que ponerse, ni un pan que comer?” Sobran comentarios, pero es algo así como para que la Virgen le negase todo al ultragerundiano predicador.

Para muestra de sermones, basta por ahora, ya que muchos no son sino repeticiones de los más agudos y brillantes. De otros libros, como el *Manifiesto Satisfactorio* del doctor Ignacio Bartolache, ya se ha ocupado mejor pluma que la mía, la del doctor don Alfonso Méndez Plancarte, en las columnas de *El Universal*, y en cuanto a las ideas guadalupanas de un Servando Teresa de Mier, con todo su contenido político, visto y expuesto tan inteligentemente por el doctor Edmundo O’Gorman, o la primera negación científica de Juan Bautista Muñoz, no competen a este estudio, por no ser tesis constructivas del movimiento religioso mexicano. La ardua polémica que se inicia a fines del siglo XVIII y continúa todavía, es materia de otro trabajo diferente a éste. Por ello termino ya este fatigoso ensayo con un recuerdo a la labor guadalupana en Europa de los jesuitas expulsos. Son ellos los que hacen el último esfuerzo de solidificar y aumentar el guadalupanismo, rebasando las fronteras hispánicas, publicando sus obras en italiano y en latín.

Todos los jesuitas americanos que fueron violentamen-

te expulsados en 1767, sintieron enorme nostalgia de sus patrias. Y los que más, los mexicanos. Casi no hay libro de ellos editado en Italia que no esté dedicado a México, ya sea a su capital, a alguna Institución o a alguna persona, y cuando no es esto, recuerdan siempre en alguna forma que son mexicanos y hasta de la provincia donde nacieron. Es ese afán que tendría después el pintor José María Velasco de firmarse en sus cuadros "mexicano", no por vano nacionalismo, sino, como dice Justino Fernández, "con el deseo de que sus buenos éxitos se le apuntasen más bien a su país que a él mismo".

Fué en el destierro donde los jesuítas recordaron la Historia de México y la escribieron, y hasta descripciones de sus ruinas prehispánicas, como Pedro José Márquez con Xochicalco y Papantla, o Agustín de Castro, que cantó en verso las reliquias zapotecas de Mitla o las ruinas de Huatusco. Junto a este ardor patriótico no podía faltar el tema guadalupano que, en diversas formas, difundieron por Europa. En 1754 había publicado José Francisco López el *Oficio* propio de la fiesta y misa de Guadalupe, que se reimprimió en 1781 en Roma, y luego en Ferrara, en 1784. En 1773, el jesuíta potosino Andrés de la Fuente publicó en Faenza su *Guadalupana Mariae Virginis Imago quae Mexici colitur carmine descripta*, y en el mismo año, y también en Faenza, Pedro Gallardo daba a las prensas el himno *Inmaculatae Virginis Deiparae Sancta Maria de Guadalupe*. Más fecundo fué José Mariano Gondra, con su poema *De Imagine Guadalupanensis Mexicana*, de 1774, y su completa traducción al italiano, con prólogo y notas, de la *Maravilla Americana* de Miguel Cabrera, en 1783, así como un himno y un triduo publicados en Roma. El guatemalteco José Ángel de Toledo editó en Bolonia un *Triduo a la Festa di Maria S. di Guadalupe*, con una breve relación de sus apariciones, que se volvería a editar en Piacenza en 1802, y en Valencia en 1829. Pero el más importante de ellos, Francisco Javier Clavijero, quiso ocu-

par su pluma, a la vez que escribía la estupenda *Storia Antica del Messico* y de la California, con el tema guadalupano, del cual escribió el *Breve ragguaglio della rinomata Imagine di Guadalupe del Messico*, publicado en Cesena en 1782, en el que, en preciosa edición y en magnífico italiano, repite y cita a sus antecesores de México. Es interesante señalar que el anónimo pintor que hizo su retrato y que se conserva en el Museo Nacional, al ponerle la pluma de ave en la mano como señal de escritor y unos libros que recordasen su obra, como se usaba entonces, escogió la *Historia Antigua* y la *Historia de la Virgen de Guadalupe* (así, en español, a pesar de que nunca se ha traducido). Nada nuevo añaden estas obras al guadalupanismo, ni ése era su objeto, sino dar a conocer a la Virgen, acrecentar su culto y satisfacer así su nostalgia de México. Harto significativo es el grabado que alguno de ellos publicó en Italia de un viejo tema simbólico que representa la creación del *Alma* de María que se corporaliza en la Concepción, de pie sobre una flor cuyas raíces se hunden en los corazones de San Joaquín y Santa Ana. Bien habían visto el tema en el monumental cuadro de Cabrera, en el Colegio de San Pedro y San Pablo de México, pintado en 1760, que se conserva hoy en la Escuela de Medicina. Mas lo insólito del grabado italiano es la compostura, pues el *Anima*, creada directamente por la Trinidad (una blanca doncella en el tema tradicional), es aquí la Virgen mexicana de Guadalupe. El entronque es perfecto, sutil y fácil de aprehender. La misión americanista de los jesuitas expulsos se cumplió en todos sus aspectos.

La enorme iconografía guadalupana, desde sus orígenes europeos hasta sus transformaciones mexicanas, no ha sido estudiada todavía. Su raíz es, evidentemente, la Mujer Apocalíptica, con los citados atributos del capítulo XII de la Revelación de San Juan, que comienza con la Baja Edad Media. Es posible citar, como un ejemplo entre cien,

la virgen de un tapiz de la Catedral de Reims, que es un antecedente directo, en su parecido plástico, con la Virgen de Guadalupe mexicana. Junta sus manos en idéntica actitud; vuelve ligeramente el rostro hacia su derecha; pliega el manto y la túnica en parecida forma y lleva estrellas, luna y los haces solares irradiantes de su cuerpo; la circundan nubes y ángeles. Es del siglo xv y, como ella, hay muchas. Más parecida es la Virgen de Berlín, grabado de 1468, de origen flamenco, la cual, salvo el Niño, es idéntica a la guadalupana, hasta el ángel que le toca el manto bajo sus pies. Los editores mexicanos del grabado, con malicia, dicen al reverso de la estampa que fué ejecutada en Brujas, “puerto de Flandes, donde se embarcó fray Pedro de Gante en 1552 para ir a Inglaterra en busca de Carlos V antes de pasar a la Nueva España”.

Curioso resulta que, en el siglo de la negación del culto guadalupano, el xvi, la iconografía a la que podemos recurrir sea también, en cierto modo, negativa, de que sea esa “virgen gótica”, de que habla Angulo y de que muchos piensan que de esas imágenes europeas, sobre todo de la flamenca Virgen de Berlín, se haya inspirado la Virgen mexicana. El siglo xvii, el de la formación de la historiografía guadalupana, nos da ya materiales nuestros, como la exacta y hermosa copia de Lorenzo de la Piedra o el grabado de Samuel Stradano, o las viñetas y grabados en libros, sermones y novenas, tan especiales y mexicanos, como el de la portada del libro de Miguel Sánchez. Siglo en que comienzan también las escenas del prodigio, ya sea en las sencillas ilustraciones de Sánchez o en las de la complicada teoría científica de Becerra Tanco, pero toda esta iconografía es ya mexicana y positiva. En el siglo xviii es ya toda una serie de representaciones que sólo tienen sentido a lo mexicano, como esa desesperada y magnífica intención de unir a la Virgen con el águila del escudo nacional, como en la genial pintura popular de Toluca o el recurso teológico de representarla en el momento en que es pintada por Dios como en

el caso de San Juan Tilapa. Los cientos o miles de pinturas guadalupanas del siglo XVIII van de acuerdo con el movimiento literario y patriótico de su momento.

Hay un extraño caso plástico que no volvió a repetirse: el de suponer a San Lucas pintando a la Virgen de Guadalupe, relieve que está en la enjuta izquierda del arco de la portada principal de Guadalupe, en Zacatecas. Sólo a una mente muy europea pudo ocurrírsele esta interpretación, es decir, a fray Antonio Margil de Jesús, fundador del convento. Ni la mexicana exaltación de que los ángeles o el propio Dios pintó a la guadalupana, ni quitarle lo milagroso haciéndola por manos humanas. Se acogió a la tradición antigua eclesiástica de que San Lucas había pintado a la Virgen María y la aplicó a la guadalupana; ni Dios ni hombre: un santo. Por último, dos pinturas, una en Toluca, de Manuel de Arburu, de 1771, y otra en Tasco, anónima, nos dan la tesitura en las artes plásticas de la oratoria colonial: la Virgen de Guadalupe como Asunción. No es ya la Virgen María, la hebrea madre de Cristo, la que sube en cuerpo y alma del sepulcro ante la admiración de los apóstoles, sino la Virgen morena de Guadalupe. La Virgen María fué, es, quiso ser, la mexicana del Tepeyac; Ella, y no otra, no en otra forma, está en los cielos en su traje, cuerpo y alma, por la Eternidad. *Guadalupe assumpta est*. Y si en Acámbaro, en la sacristía de su Santuario, el árbol genealógico de María remata en una guadalupana —aplicando a México la frase medieval de Ricardo de San Laurencio: *Ipsa Virgo Virginum vernans in fructum suavitate apparet media*, a la que un predicador mexicano interpretó: “pues entre los patriarcas se aparece como si se apareciera entre flores la imagen de María”— de seguir este camino hubiéramos encontrado en México a la Virgen de Guadalupe en Belén, ante el pesebre, y en el pretorio tras las rejas, y en el Calvario y en Pentecostés, más o menos adecuada en cada momento solemne, pero mostrándonos que es Ella, la Virgen de Guadalupe mexicana, la que antes, en y

después del Tiempo, es la verdadera Madre de Dios. No conozco, ni creo que exista en el mundo católico, un caso semejante.

Y termino con las frases finales de mi primer ensayo *Los Evangelistas de Guadalupe y el Nacionalismo Mexicano*: “La tradición oral que parte de la segunda mitad del siglo xvi; los anales, papeles y relaciones indígenas de que nos hablan los cronistas; la fundamentación teológica de Miguel Sánchez; la generalización idiomática y la indigenización de Lasso de la Vega; las bases científicas de Berra Tanco; la devotería y popularización de Florencia; la Poesía y la Oratoria, en fin, construyen la rotunda imagen del fenómeno guadalupano, cuyo centro es ese afán incontenible de tener algo propio y único donde representarse, donde recrearse, donde descansar.

De esa necesidad interna, esencial, de un pueblo que comienza a ser; de la fe y el esfuerzo de los criollos del siglo xvii; de la intuición poética; de la exaltación oratoria; de la imaginación creadora que anhela su propio símbolo, nace Nuestra Señora de Guadalupe, Virgen Madre, Águila, redención y esperanza; escudo y blasón en que se juntan lo ancestral y lo mitológico; la raíz prehispánica y la savia occidental; lo religioso y lo patriótico, que puede encerrarse en tres palabras simbólicas y significativas: *Cuauhtli-Tonantzín-Guadalupe*: Bandera, Madre Antigua, Madre Nueva, Madre Nuestra.”

Ese fué el ideal religioso y espiritual que hacía exclamar al Rector de la Universidad Real y Pontificia en 1742: “No debiera este Mexicano Imperio despertar jamás del sueño en que reposa su grandeza.”

Mas los sueños, sueños son...

APÉNDICE

En los muros de la sacristía del Santo Desierto de San Luis Potosí existen, o existieron, pues iban a ser encalados en el momento en que se copiaron, nueve sonetos dedicados a la Virgen de Guadalupe que, si bien carecen de toda belleza literaria y la inspiración poética anda escasa, son un espléndido resumen de esta serie de sentimientos religiosos expresados en la historiografía y en la oratoria coloniales. Debieron ser escritos por algún piadoso sacerdote de fines del siglo XVIII o principios del XIX que conocía muy bien su literatura guadalupana. Nos dice en el primero:

El amor de María nos asegura
que habitar en la América es su intento. . .

y en el segundo que: “a *sus* americanos acaricia. . . la Indiana Sacratísima María”. La comparación con el Santísimo Sacramento está tan bien planteada como en la oratoria, así como el “atraerse en su Imagen todo el cielo” en que tanto insistieron los predicadores. El amor a la Patria, la maternidad entrañable de la Virgen, en fin, son el tema de algunos sonetos, sobre todo en éstos, por casualidad, hermosos versos del último:

Rompiendo sombras amanece Aurora
Divina Madre del eterno día;
a asegurarnos vino esta Señora
Maternidad amable, dulce y pía. . .

por lo que me ha parecido justo darlos a conocer y salvarlos del olvido.

I

Parece que Jesús no se sacía
con no a dar la vida en un madero,

pues antes de sentir golpe tan fiero
instituye la Sacra Eucaristía.

A impulso del amor que siempre ardía
en este amante Padre verdadero,
empeña su poder con tierno esmero
para hacernos constante compañía.

Pues si Jesús en este Sacramento
de amor la última prueba dar procura
con nosotros quedándose de asiento,

el amor de María nos asegura
que habitar en la América es su intento
y a ese fin nos endona esa Pintura.

2

El mismo Dios, el mismo que asegura,
que es vivir con los hombres su delicia,
cuando más nos ahoga y beneficia
que en el monte Tabor nos transfigura.

María, llena de amor y dulzura,
al Tepeyac baja y muy propicia
a sus Americanos acaricia
y a un ayate transfiere su hermosura.

Si pintó el Salvador toda la gloria
que al humano linaje prevenía,
en la visión haciéndola notoria;

también en su pintura pretendía
dar de su protección prenda y memoria
la Indiana Sacratísima María.

3

Cuando quiso Jesús, Padre amoroso,
con los hombres quedar sacramentado,

sobre un pan, de la tierra dimanado
Este es mi Cuerpo, dijo, misterioso.

Nos acredita el Todopoderoso
que siendo el hombre para el Cielo criado
aun su lodo sería glorificado
por medio de un suceso portentoso

Émula de Jesús obró María,
en misteriosas flores, que asegura,
y por señal de su persona envía;

Este es mi Cuerpo, dice, o mi figura,
ministrando al portento de ese día
el suelo, el lienzo, el Cielo, la Pintura.

4

Entre los israelitas exaltada
fué en el desierto (æqué oportunamente!)
la de metal benéfica serpiente
del tósigo mortal triaca sagrada;

María, en su amado reino entronizada,
fué auspicio tierno de la Indiana Gente
cuando se vería mísera y doliente
del veneno infernal atosigada;

fué del demonio eterno el desconsuelo
y humillado a pesar de sus querellas:
vió el celestial, guadalupano Velo.

La tierra alegre dió las rosas bellas
y se atrajo en su Imagen todo el Cielo,
el sol, la luna, el ángel, las estrellas.

5

No es de admirar que en Tepeyac naciesen
en tiempos que reinó la idolatría,

espinas sólo, porque no podía
dar cosas que lo estéril desmintiesen.

Ni es de admirar que allí se produjesen
flores que al punto que llevó María
de la fe dulces aguas de alegría
que los Indios ya dóciles bebiesen.

el riego de la fe ya lo tenemos,
con la dicha mayor imaginable;
la flor de tu hermosura poseemos

¡Oh Reina! con gusto inalterable;
frutos de honor y honestidad queremos
nos dé tu caridad inagotable.

6

Si al humano linaje una manzana
flores dió a Juan que acomodó en su seno,
dándole a su linaje, aunque moreno,
cuanto la otra Eva le quitó inhumana.

Ella lo adopta en Juan por su hijo amado;
en la fe que ha abrazado lo radica;
lo restituye a un Cielo tan deseado;

las gracias del Señor le multiplica
y en su ayate, con materno agrado,
el ardor todo de su amor explica.

7

Lleno de luz un globo cristalino
al cerro Tepeyac sirvió de aurora
y en caminante que el misterio ignora,
se ve absorto en el monte peregrino;

ya seguir quiere..., ya mudar camino...,
ya una vez le detiene encantadora;

ya él replica y le dice la demora
que le impide llegar a su destino.

No te detengas, Indio venturoso,
vé, que te ven sus ojos soberanos,
que te llama Hijo Juan ¡hijo dichoso!

no prives de esta gracia a los indianos;
te habla la Madre del amor hermoso:
¡No dejes ir tal dicha de tus manos!

8

Humilde Juan: tu tilma venturosa,
al físico contacto de María,
dejando de su sér la grasería,
se convierte en la prenda más hermosa.

Apenas tu nación abjura ansiosa
los ritos de execrable idolatría,
cuando logra por ti que regalía
que hará siempre a la América gloriosa.

Allá del Tepeyac en la eminencia
Hijo te llama, llena de ternura,
la que es de Dios divina complacencia.

En tu tilma su amor nos asegura
y en prueba de su gran beneficencia
nos dejó retratada su hermosura.

9

¡Levantáos gente de este Nuevo Mundo!
Levantad vuestros ojos hacia arriba;
vuestra felicidad ved en qué estriba
y vuestra dicha ved en qué la fundo.

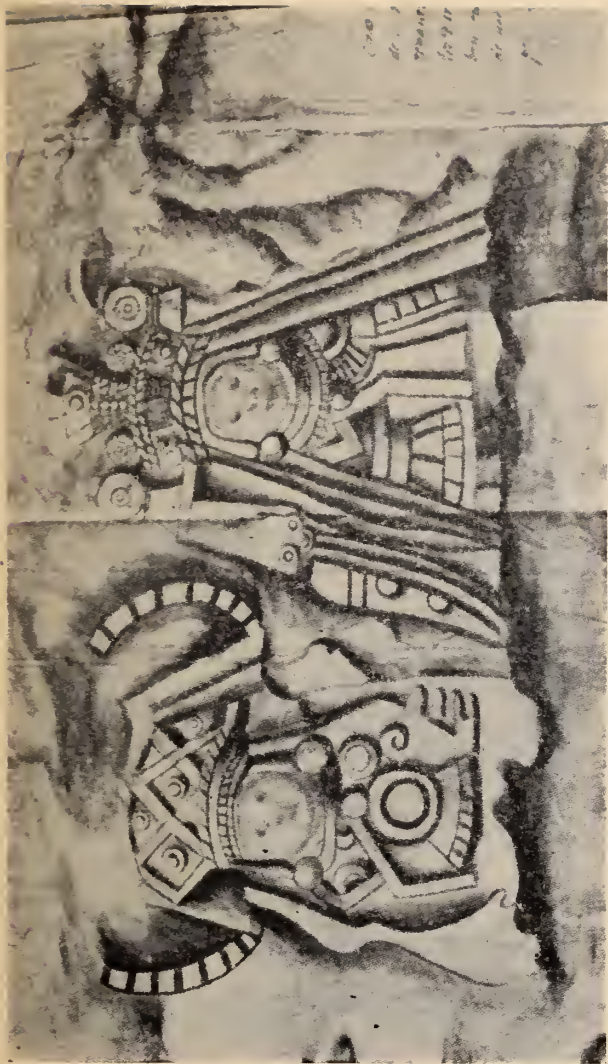
¡Veis a esa Criatura que de inmundo
borrón la preservó la gracia altiva?

pues sabed que de lo alto se deriva
por singular portento sin segundo.

Rompiendo sombras amanece aurora
Divina Madre del eterno día;
a asegurarnos vino esta Señora

Maternidad amable, dulce y pia;
mas ¡oh! con qué delicia vemos hora
nueva progenie santa de María.

ILUSTRACIONES



1. La diosa Tonantzin según Boturini.



2. Pintura de 1625. San Luis Potosí.



3. Grabado del siglo XVII, hacia 1620.



Añode

1648.

CON LICENCIA. Y PRIVILEGIO,
 En Mexico, En la Imprenta de la Viuda de Bernardo Calderon.
 Vendese en su tienda en la calle de San Agustín.



5. La impresión solar según Becerra Tanco.



6. La Virgen llevada por San Miguel.



7. La Virgen sobre el Águila.



8. El Espíritu Santo pinta a la Virgen.



9. San Lucas pinta a la Virgen.



10. La Virgen y la epidemia.



11. El Alma de la Virgen es la gaudalupana.



12. *Guadalupe assumpta est.* Toluca.



13. *Guadalupe assumpta est. Tasco.*



14. Grabado alemán del siglo XVIII.

Handwritten mark

Se terminó de imprimir este libro el día
20 de julio de 1953, en los talleres de
Gráfica Panamericana, S. de R. L., Nico-
lás San Juan, esq. con Parroquia, Méxi-
co 12, D. F.

